

Laura Gallego

mandràgora



Lectulandia

Cornelius, el sabio de la corte del rey Héctor, desaparece en extrañas circunstancias. Se busca un sustituto inmediato, y el erudito Zacarías llega a la corte acompañado de su hija, la joven Miriam. En las sombras, alguien conspira contra el rey para derrocarlo y apoderarse del reino. Miriam y Zacarías se verán envueltos en una trama de ambición, venganza y magia negra que pondrá sus vidas en peligro.

Lectulandia

Laura Gallego García

Mandrágora

ePub r1.1
fenikz 10.09.14

Laura Gallego García, 2003

Editor digital: fenikz

Corrección de erratas: Haiass

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

«Nosotras conocemos el rostro femenino de Dios —dijo la muchacha cuando nos pusimos a caminar de nuevo—. Nosotras, las mujeres, que entendemos y amamos a la Gran Madre.

Pagamos nuestra sabiduría con las persecuciones y las hogueras, pero sobrevivimos. Y ahora entendemos sus misterios».

PAULO COELHO, A ORILLAS DEL RÍO PIEDRA ME SENTÉ Y LLORÉ.



PRÓLOGO

El nigromante



as noches de luna nueva son las más apropiadas para practicar la magia negra.

La persona que se hallaba aquella noche en los sótanos del castillo del rey Héctor lo sabía.

Había estudiado durante años, grimorios arcanos y tratados prohibidos sobre las artes nigrománticas. Había practicado con cientos de pequeños conjuros, con la esperanza de que así, poco a poco, su mente y su alma fuesen abriéndose a las oscuras fuerzas que pretendía invocar aquella noche. Había reunido pacientemente todos los secretos ingredientes que necesitaba para tal fin, viajando a los rincones más remotos del mundo y corriendo graves riesgos personales para obtenerlos. Había conversado con los demonios para conseguir azufre del mismo infierno, y volado hasta el corazón de la noche a lomos de una arpía para arrancarle una pluma grisácea y reseca. Había sobrevivido a la mirada del basilisco para arrebatarle un colmillo, y había vivido otras experiencias semejantes que prefería no recordar.

Pero había valido la pena.

El nigromante se permitió un momento de descanso en su trabajo para imaginar lo que ocurriría cuando llevase a término el conjuro. No pudo reprimir una risa siniestra. Se acabarían los años de obedecer órdenes y de fingir que no era más que un inofensivo ratón de biblioteca. Ya no tendría que soportar la sonrisa pretendidamente magnánima del rey Héctor, aquel zoquete que no entendía más allá de guerras, armas y caballos, pero que se creía un gran monarca. Sí, se acabaría todo aquello. Por fin.

Respiró profundamente y se secó el sudor de la frente. Por supuesto, sabía que siempre existía un riesgo. Si el conjuro salía mal...

Reprimió aquellos pensamientos y siguió trazando los símbolos arcanos en el suelo mientras murmuraba las palabras de la invocación final, palabras de un lenguaje maldito sólo recordado por unos pocos que, como él, buscaban el poder en las artes oscuras. Percibió que algo cambiaba en el ambiente a medida que las iba recitando, pero procuró no sentirse eufórico por el momento. Si perdía la concentración, aunque

sólo fuera un instante, los poderes tenebrosos que estaba invocando podían desbocarse, y él podía morir de cien espantosas maneras diferentes, que era mejor no imaginar.

Sintió que se abría un vórtice en el centro del pentáculo que había dibujado en el suelo. Fue horriblemente consciente de que aquella abominación que había creado se alimentaba de toda su fuerza, sorbiendo cada vez más energía y dejándolo a él exhausto y vulnerable; pero no cedió.

Por fin, cuando el vórtice se agrandó lo suficiente como para dejar entrar a aquello que había invocado, una profunda oscuridad se adueñó de la estancia y un silencio sobrenatural acalló todos los sonidos de la noche.

Cuando el nigromante alzó la mirada, la criatura ya se hallaba en el centro de la habitación, con sus ojos clavados en los de él. Y un espantoso frío espectral se coló en todos los rincones de su cuerpo, helándole hasta el tuétano de los huesos.

No pudo evitarlo: gritó.



El sabio y su aprendiz



Querido, esto *no* puede seguir así —dijo la reina Leonora—. La torre está muy abandonada desde que Cornelius se fue.

—¿Y qué quieres que haga? —gruñó el rey Héctor, que estaba preocupado porque su halcón favorito se había escapado—. Nadie sabe dónde encontrarle.

—Además —añadió la reina sin enfadarse—, está el asunto de esos estúpidos rumores que difunden los criados...

—¿Rumores? —repitió el rey, perdido.

—Dicen que Cornelius murió en extrañas circunstancias y que su espectro ronda la torre por las noches —explicó la reina, frunciendo el ceño—. Y estas absurdas historias de fantasmas no favorecen, ni mucho menos, el prestigio de una corte como la nuestra. Es evidente que necesitamos un nuevo sabio que habite la torre y haga callar a los supersticiosos.

—¿Para qué molestarnos? Cornelius sale a menudo de viaje. No tardará en volver, y entonces se aclarará todo.

—Pero ¿y si no regresa? Nunca se había ido sin avisar... Querido, han pasado más de seis meses y no tenemos nuevas de él. Y me pregunto... ¿qué clase de sabio desaparece sin más, sin siquiera pedir licencia a su rey? No es un comportamiento serio ni apropiado; aunque volviese, no deberíamos mantenerlo en nuestra corte.

El rey detuvo su nervioso pasear por el patio de armas para considerar la propuesta de su esposa. Lo cierto era que le costaba evocar los rasgos de Cornelius, a pesar de que llevaba en la corte más tiempo del que podía recordar; pero el sabio era un hombre gris que se pasaba el tiempo encerrado en la torre, con sus libros, y sólo salía de allí cuando el rey lo mandaba llamar para consultarle algún asunto. Ni siquiera lo veían a las horas de las comidas, porque estaba siempre tan atareado que, ya desde el principio, había dado instrucciones de que le subieran comida tres veces al día y no lo molestaran a no ser que fuera por mandato real.

El monarca suspiró. Era cierto que al tal Cornelius apenas se le veía fuera de la

torre, y que en los últimos años se había ausentado del castillo en varias ocasiones, pero no dejaba de ser un individuo útil. Porque el rey Héctor sabía cómo dirigir a sus caballeros en una batalla, cómo gobernar sus tierras, cómo tratar a sus iguales y sus inferiores, cómo recaudar sus impuestos y cómo impartir justicia, pero poco más. Y Cornelius estaba en la corte para suplir aquellas carencias. El rey lo llamaba cuando quería hacerle consultas sobre legislación, botánica, geografía e incluso astrología. Cornelius parecía saberlo todo y, si había algún detalle que ignoraba, no tardaba en ir a consultarlo en sus gruesos volúmenes para regresar momentos después con la respuesta a la pregunta que se le había formulado. Porque, aunque el rey Héctor era capaz de leer razonablemente bien, lo cierto era que no sabía gran cosa de latín, la lengua que solían emplear los eruditos para escribir sus tratados.

—Tienes razón —dijo finalmente, con un enérgico cabeceo—. Necesitamos otro sabio.

La reina carraspeó delicadamente.

—Ten en cuenta que las cosas han cambiado bastante por aquí desde que Cornelius llegó. Tu reino es ahora mucho más poderoso y floreciente.

El rey Héctor hinchó el pecho, lleno de orgullo. Sabía que era un buen rey. Desde su llegada al trono había ampliado considerablemente el territorio heredado, añadiendo a sus posesiones los condados de Rosia y Castel Forte. Su corte se había llenado de jóvenes que acudían allí para que él los armase caballeros, y su hija, la princesa Ángela, tenía como doncellas a las damas más nobles. Mercaderes de todos los reinos acudían a venderle todo tipo de maravillas procedentes de tierras lejanas, y los ojos de todas las princesas casaderas del continente estaban puestos en su primogénito, el apuesto príncipe Marco.

—Lo sé —dijo, con una sonrisa—. Pero ¿qué tiene que ver eso con Cornelius?

La reina sonrió, indulgente. Su esposo era un buen rey, pero no terminaba de comprender las sutilezas de una corte medianamente refinada.

—Un castillo como el tuyo, querido —le explicó—, no debería conformarse con un sabio gris y desconocido.

—¿Ah, no?

—No —confirmó la reina con energía—. Debe tratarse de un sabio famoso, un sabio a quien todos los reyes del mundo querrían tener. ¿Sabes quién fue el sabio de Alejandro Magno? ¡Nada menos que Aristóteles! ¿Por qué ibas tú a conformarte con menos?

—Querida, Aristóteles está muerto...

—Lo que quiero decir es que el sabio de tu corte debería ser tan importante como Aristóteles —explicó la reina pacientemente.

El rey se acarició la barbilla, pensativo. La reina casi podía ver los engranajes de su cerebro analizando la cuestión. Se estaba preguntando si era realmente necesario

tomarse la molestia de buscar al sabio más importante de todos, si no serviría igual cualquier otro sabio y si le iba a costar muy caro.

—¿Has pensado en alguien en concreto, querida?

Ella se ruborizó levemente, en un gesto que el rey consideraba delicioso.

—Sí, me había tomado la libertad de pensar en ello. Verás... Nemesius, el sabio del rey Simón, tiene fama de ser el más instruido. Nadie lo aventaja en conocimientos y saber.

El soberano frunció el ceño. Hacía relativamente poco que había firmado un tratado de paz con el rey Simón, y no era cuestión de provocar una disputa robándole a su sabio. Además, el rey Héctor sabía que, si bien podía confiar en el criterio de su esposa para la mayoría de las cosas, conocía también su afición a compararse con la reina Viviana, la esposa del rey Simón, a quien envidiaba abiertamente. La corte del rey Simón era a todas luces más refinada y elegante que la suya, pero Héctor, que lo había derrotado en una justa, no veía grandes ventajas en ello. Estaba claro que un rey valía lo que su espada y su caballo.

Desgraciadamente, la reina Leonora no pensaba igual.

—Querida, no sé si el rey Simón verá con buenos ojos que traslademos a su sabio a nuestra corte. Sobre todo si, como dices, es el más famoso de nuestro tiempo.

Su esposa frunció los labios. Era su modo de decir que estaba disgustada. El rey sabía que era demasiado discreta como para discutir con él en público, pero sabía también que lo esperaba una buena reprimenda en cuanto estuvieran a solas en la alcoba.

Trató de buscar rápidamente una solución.

—Pero enviaré a mis mensajeros en busca de un sabio más sabio que ese tal Menesius.

—Nemesius —le recordó la reina, aún con gesto de enfado.

—Los enviaré muy lejos —siguió diciendo el rey, deprisa—, a Oriente. ¿No te gustaría tener un sabio que procediese de Oriente?

—¿Un sabio pagano? —se horrorizó la reina.

—¡Oh, no, querida! Hay reinos cristianos en Oriente. Podemos traer a un sabio griego. ¿Qué te parece? Como Aristóteles. O de los nuevos reinos cristianos de Tierra Santa. O...

—Querido, las cortes de Tierra Santa no son nada refinadas. Sus reyes están todo el tiempo peleando contra los infieles.

—... incluso puedo enviar heraldos al reino del Preste Juan —concluyó el rey.

—¿Al reino del Preste Juan? —Los ojos de la reina Leonora relucieron, ilusionados; el mohín desapareció.

Todo el mundo sabía que para llegar al mítico reino del Preste Juan había que emprender un larguísimo viaje lleno de peligros y amenazas, a través de tierras

pobladas de salvajes inhumanos y bestias pavorosas. En el caso de que algún mensajero lograra llevar a cabo la proeza de llegar hasta allí... razonablemente vivo, habría que esperar después que regresara con el sabio. Era mucho suponer y, ahora que la reina había logrado convencerlo de la necesidad de encontrar un nuevo erudito, el rey Héctor no estaba dispuesto a dejar tantas cosas al azar.

—Le pediré al Preste Juan que nos envíe al mejor sabio de su corte —le aseguró a su esposa, no obstante—. O al segundo mejor, si es que no quiere desprenderse del primero —al ver que los labios de la reina comenzaban a fruncirse de nuevo, añadió rápidamente—: Siempre será mejor que el sabio de Viviana, ¿no?

La reina sonrió.

Aún tuvo que recordárselo no menos de cinco veces antes de que el rey enviara por fin los mensajeros que había prometido; y los envió no sólo a Oriente, sino en todas direcciones, con un bando que proclamaba que la corte del poderoso rey Héctor necesitaba un sabio instruido en todas las artes, que hablara latín y griego con tanta fluidez como su lengua materna y que tuviera también amplios conocimientos de otras lenguas «de sabios», como el hebreo, el arameo y el árabe. Debía ser una eminencia, asimismo, en todas las artes del *Trivium* y el *Quadrivium*, lo cual incluía, por supuesto, Gramática, Lógica, Retórica, Aritmética, Música, Astronomía y Geometría. A esto debía añadirse un gran dominio de otras ciencias, que el rey llamaba «naturales» y que encontraba de suma utilidad para ciertas cosas: botánica, medicina, zoología, geología y, a ser posible, algo de alquimia. Además debía ser un erudito en cuanto a Teología cristiana (de esta manera, el rey se aseguraba de que ningún sabio pagano acudiese a su llamada).

Y, para que no quedara ningún cabo suelto, el monarca añadió entre los requisitos conocimientos en materias tales como historia, leyes, geografía, lenguas modernas y, si no era mucho pedir, que supiera citar dichos latinos y frases de personajes célebres de la Antigüedad (el rey Simón solía hacerlo a menudo, y el rey Héctor no quería ser menos).

Pasó el tiempo, y ningún sabio importante contestó a la llamada del rey. Este estaba empezando a desesperarse cuando, una soleada tarde de invierno, uno de sus emisarios regresó con una carta de un conocido erudito. El rey la leyó. El sabio solicitaba ocupar el puesto vacante en la corte del rey Héctor, y sólo pedía como condición especial que se le permitiera conservar a su lado a su aprendiz.

El rey casi no podía creer su buena suerte. Por lo que había averiguado, aquel sabio en cuestión jamás había servido a ningún noble ni monarca, porque había dedicado su vida a recorrer mundo, visitando las bibliotecas más importantes de todas las culturas conocidas. Los rumores afirmaban que incluso había llegado hasta el reino del Preste Juan en su largo peregrinar. Los entendidos lo consideraban el hombre más sabio de su tiempo.

El rey Héctor se apresuró a redactar una obsequiosa respuesta en la que dejaba bien claro que tanto él como su aprendiz serían bien acogidos en la corte.

Después, corrió a comunicar las noticias a la reina Leonora.

—Es un gran sabio, querida mía —le aseguró—. Un hombre que no sólo ha dedicado su vida al estudio, sino que además ha viajado por todo el mundo. Y estuvo en la corte del Preste Juan.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no es el sabio del Preste Juan?

—Querida, querida —respondió el rey, saboreando de antemano su victoria—, ahora viene lo mejor. Él no quiso trabajar en la corte del Preste Juan. De hecho, ha rechazado los requerimientos de todos los reyes que lo han solicitado... excepto el nuestro.

A la reina le brillaron los ojos de nuevo.

Por fin llegó el día en que el sabio debía presentarse en la corte. El rey consideró oportuno recordarlo durante la comida, pero nadie prestó demasiada atención.

La princesa Ángela hablaba en susurros apresurados con sus doncellas, Valeria e Isabela, y de vez en cuando las tres soltaban risitas tontas. El príncipe Marco fingió que escuchaba, pero en realidad estaba pensando en el nuevo caballo de guerra que su padre le había prometido por su decimosexto cumpleaños. En cuanto a sus compañeros, hijos de nobles encomendados a la tutela del rey Héctor para que los instruyese como caballeros, también tenían la mente en otras cosas. Darío devoraba su pierna de cordero como si no existiese nada más en el mundo; Rodrigo trataba de atraer la atención de la princesa Ángela, y Santiago parecía sentir más interés por su laúd, que estaba afinando en aquellos momentos, que por lo que se decía en el otro extremo de la mesa.

El rey no los regañó; al fin y al cabo, eran jóvenes. Pero la reina les dirigió una mirada severa que no presagiaba nada bueno. Y aunque el ama Brígida llamó la atención a las doncellas, ellas no le hicieron caso.

Al caer la tarde, el sabio y su aprendiz aparecieron en el camino que llevaba al castillo, pero sólo la reina, que se había asomado al balcón y oteaba el horizonte con impaciencia, los vio llegar. Los observó con atención. El chico iba envuelto en una capa y ayudaba a caminar a su maestro, que parecía todo lo anciano que debe parecer un sabio y, además, lucía una larga barba blanca. La reina suspiró, satisfecha. Todo lo que Cornelius había conseguido en sus largos años de estudio en la torre era una mediocre barba gris. Estaba casi segura de que su nuevo erudito podría vencer al de la reina Viviana en un concurso de longitud de barbas.

Corrió a avisar a su esposo cuando los recién llegados se detuvieron ante la puerta del castillo. Nadie les preguntó su nombre ni su identidad. Los guardias se limitaron a bajar el puente levadizo y a abrirles de par en par las puertas de la morada del rey Héctor.

Momentos después, los dos se hallaban en presencia de los reyes.

—Majestades —dijo el sabio, inclinándose ante sus anfitriones—, es para mí un honor encontrarme hoy aquí. Si lo deseáis, os haré una breve relación de mis estudios y aptitudes para...

—Oh, no es necesario, maese Zacarías —interrumpió el rey, sonriendo ampliamente—. Vuestra fama os precede. Si lo preferís...

—¿Zacarías? —interrumpió la reina, mirando al sabio como si no hubiese oído bien.

—Así me llamo, señora —dijo el anciano.

La reina lanzó una mirada acusadora a su esposo. Este se encogió ligeramente de hombros.

—¿Ocurre... algo con mi nombre? —vaciló el sabio.

—No es nombre de sabio —declaró rotundamente la reina—. Todos los sabios llevan nombres latinos. De modo que, mientras habitéis en este castillo, atenderéis al nombre de maese Zacarius.

—¿Za... Zacarius? —repitió el erudito, con una cómica expresión de desconcierto.

Su aprendiz carraspeó abruptamente, en un claro intento de reprimir una risa, y la reina se fijó por primera vez en él. Se había retirado la capucha de la *cabeza*, y una larga mata de cabello castaño rizado caía sobre sus hombros. Fue entonces cuando la reina se dio cuenta de que lo que llevaba bajo la capa era un vestido. Porque el aprendiz del sabio Zacarías... o Zacarius... era...

—¡Una doncella! —exclamó la reina, desconcertada.

Una muchacha, se corrigió inmediatamente. Estaba claro que no era de noble cuna. Tendría trece o catorce años. Sus ropas eran vulgares, su cabello crecía suelto y descuidado y su rostro era moreno y con unas saludables mejillas sonrosadas salpicadas de pecas. Nada que ver con los finos semblantes de porcelana de las doncellas de su corte.

—¡Oh, sí, lo olvidaba! —exclamó Zacarías; parecía todavía algo perplejo por la cuestión de su nombre—. Mi discípula... Miriam.

La muchacha se inclinó ante los reyes. No fue una reverencia muy correcta ni elaborada, pero la ejecutó con decisión y energía.

—Una muchacha —repitió la reina, como si todavía no diera crédito a sus ojos.

—Se trata de mi hija, majestad —explicó el erudito.

La reina se levantó y caminó lentamente en torno a Miriam, observándola con atención. La chica cambió el peso de una pierna a otra, inquieta.

—¿Por qué no te has peinado hoy? —le preguntó la reina.

—Pero si me he peinado... —respondió Miriam, sorprendida—. Majestad —añadió rápidamente.

—¿Dónde está el resto de tu vestuario? ¿No tienes nada mejor que ponerte?

—Este es el mejor vestido que tengo, el de los días de fiesta. El otro me lo pongo durante la semana.

—¿Y tus joyas?

—No tengo, señora.

—¿Sabes tañer la vihuela?

—No, señora.

—¿Sabes bordar?

—No, señora. Pero sé zurcir medias y calzas.

La reina estaba horrorizada. Se volvió hacia Zacarías.

—¿Pero qué clase de educación se le ha dado a esta criatura?

El sabio iba a responder, pero Miriam se le adelantó:

—Sé leer en latín y en griego, y un poco de hebreo. He leído a Aristóteles, Platón, Cicerón, Séneca, Escoto, Prudencio, Avicena, Horacio, Casiodoro...

—Es suficiente, gracias —cortó la reina con sequedad, pero Miriam siguió hablando:

—... Boecio, Averroes, Ovidio, Justiniano, Hipócrates, Salustio, Virgilio, Euclides...

—¡He dicho que es suficiente!

Aunque Miriam calló, seguía brillando un destello de rebeldía en sus ojos castaños.

—Como veis —añadió suavemente—, he recibido una esmerada educación.

—Eso parece —intervino el rey—. Pero, si no me equivoco, casi todos los autores que has mencionado son paganos.

—Conozco la Biblia —replicó ella; aunque parecía un poco más insegura—. Y he leído las obras de algunos Padres de la Iglesia, como San Agustín o Santo Tomás...

—Esa no es la cuestión —interrumpió la reina, intentando volver a tomar las riendas de la conversación—. No me parece decoroso que una doncella sea tan...

—¿Leída? —la ayudó el rey.

—Exacto. Todo el mundo sabe que la erudición es una cosa de hombres.

—Pero... —empezó Miriam; su padre se le adelantó:

—Majestad, si me permitís... Miriam es mi única hija. Es mi voluntad que sea la heredera de mis conocimientos.

La reina frunció los labios. Estaba claro que no aprobaba nada de todo aquello.

—Se me concedió permiso para instalarme aquí con mi aprendiz —le recordó el sabio.

—No especificasteis que se tratase de una doncella, maese Zacarius.

—Con todos mis respetos, majestad..., no comprendo cuál es el problema.

—Es evidente. Si fuese una muchacha cualquiera (aunque eso es exactamente lo

que parece), la mandaría con las criadas. Pero, al ser vuestra hija, debemos concederle un trato especial. ¡Y no es lo bastante refinada como para relacionarse con mi hija y sus doncellas!

El rey intervino oportunamente.

—Sin embargo, maese Zacarius tiene razón. Le concedí permiso para traer a su aprendiz, y yo soy un hombre de palabra.

—Os lo agradezco, majestad.

El rey miró a su esposa y vio que estaba a punto de montar en cólera.

—Aunque —añadió rápidamente— la joven Miriam deberá comportarse como una doncella de noble cuna. Aprenderá con la dama Brígida a vestir y actuar de acuerdo con su nueva posición en nuestra corte.

—¿Y mis estudios? —preguntó Miriam, asustada; y añadió enseguida—: Majestad.

—Rogaría a sus majestades que le permitiesen continuar estudiando conmigo —la apoyó Zacarías.

—En tal caso, deberá repartir su tiempo entre ambos menesteres —dictaminó el rey; miró de reojo a su esposa y comprobó que esta parecía bastante menos disgustada—. He dicho.

»Y ahora, los criados os acompañarán a la torre, maese Zacarius. Sin duda estaréis cansado del viaje. Había hecho preparar un rincón para vuestro aprendiz en la misma habitación, pero, dadas las circunstancias, creo que será mejor que la joven Miriam ocupe un cuarto en el ala oeste, donde se encuentran los aposentos de las doncellas y el de la dama Brígida. ¿Ese es todo el equipaje que traéis?

—No, majestad —respondió el sabio—. Tras nosotros viene un carro cargado con todos nuestros libros. Los mozos que lo conducen deben de estar al llegar.

—Me ocuparé de que los libros sean trasladados a la torre en cuanto lleguen —asintió el rey—, aunque no los necesitaréis: Cornelius dejó allí toda su biblioteca.

Zacarías arqueó una ceja y cruzó con su hija una mirada significativa. Ella asintió.

—Bien, maese Zacarius, podéis retiraros —declaró el rey.

El sabio se inclinó de nuevo. Los reyes se quedaron mirándolo expectantes. Hubo un incómodo silencio.

—¿Y bien? —preguntó entonces la reina Leonora, frunciendo el ceño.

—¿Perdón? —vaciló el sabio, inseguro.

—Mi esposa está esperando que, como buen erudito, os despedáis con alguna cita o adagio latino —explicó el rey.

Zacarías parpadeó, perplejo.

—¡Oh, bien! Yo... —meditó un momento—. Con vuestra licencia, regresaré a mis estudios, ya que *Ars loriga, vita brevís*, es decir, «la tarea es larga y la vida es breve».

La reina asintió, satisfecha.



En la corte del rey Héctor



os sirvientes los condujeron fuera de la sala. En el pasillo se cruzaron con tres doncellas que los miraron descaradamente, muertas de curiosidad. Al reparar en Miriam, una de ellas cuchicheó algo a sus compañeras, y las tres se rieron disimuladamente. Miriam sabía que, como plebeya, debía mostrarse humilde con ellas, puesto que eran nobles, pero no pudo evitarlo: les devolvió una mirada resuelta y desafiante. Mientras subían las escaleras, Zacarías le susurró a su hija:

—¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—Qué, ¿comportarme como una doncella de noble cuna y fingir que soy tonta, presumida y superficial? —replicó ella en el mismo tono—. Me pides demasiado.

—Si disgustas a la reina, te echarán del castillo. Y te necesito para averiguar dónde está Cornelius.

—Si ni siquiera es amigo tuyo, padre. ¿Por qué te tomas tantas molestias?

Zacarías no respondió, porque en aquel momento llegaron a su nueva habitación en la torre. Miriam llegó a vislumbrar las docenas de libros que se acumulaban en las paredes, pero no tuvo ocasión de echarles un vistazo, porque los criados la condujeron inmediatamente al ala oeste del castillo.

La habitación que le proporcionaron, inundada por la luz del crepúsculo, no era muy grande, pero sí confortable. Tenía una cama con dosel, una cómoda y un tocador, y una palangana con agua en un rincón. Miriam había estado en habitaciones como aquella, e incluso más lujosas, porque, acompañando a su padre, se había alojado en palacios y castillos tanto de Oriente como de Occidente. Pero nunca se habían quedado mucho tiempo.

Aquella vez, según le había dicho Zacarías, era diferente, de manera que Miriam volvió a contemplar su nueva habitación y se hizo a la idea de que, definitivamente, era la suya.

Se echó sobre la cama —sólo para comprobar si era cómoda— y se quedó dormida.

La dama Brígida era la viuda de un conde que había muerto cuando un noble rival había invadido sus tierras, apropiándose también de su castillo. Ella había logrado escapar; el rey Héctor la había acogido en su corte y, como ya no tenía edad para volver a casarse, había aceptado ser el ama de cría de la princesa Ángela. Ahora que ella ya era mayor, Brígida se encargaba de cuidar de ella y de sus doncellas, y no era una tarea sencilla. La dama Brígida era una mujer seria y severa, y aquellas revoltosas chicas la agotaban. Pero, como jamás se habría atrevido a admitir ante los reyes que no podía con ellas, la mayor parte de las veces las doncellas lograban salirse con la suya, y Brígida no las delataba.

Las había dejado arreglándose para la cena porque la reina le había encomendado una tarea.

Por lo visto, el nuevo sabio había traído consigo a su hija, una jovencita malcriada y medio salvaje, a la que había que enseñar buenos modales. En otros tiempos, el ama habría aceptado la tarea con entusiasmo —no podía permitirse que hubiese jovencitas malcriadas en ningún castillo decente—, pero ahora estaba, sencillamente, harta de las jovencitas, y deseando que se casasen todas para poder gozar de un bien merecido descanso.

Cuando entró en la habitación de Miriam y miró a su alrededor, esperando ver a la muchacha salvaje de la que le había hablado la reina, sólo vio a una chica profundamente dormida sobre la cama. Se le escapó una leve exclamación consternada, y Miriam se despertó.

—¿Eh... qué ocurre? —preguntó, algo aturdida.

El ama olvidó sus reparos y avanzó hacia ella derrochando energía y determinación.

—Que es casi la hora de la cena, perezosa, y todavía no te has preparado. ¿Qué van a decir los reyes si llegas tarde?

—Oh... —murmuró Miriam, haciéndose cargo de la situación—. Yo... lo siento. Me quedé dormida. El viaje ha sido largo...

La dama Brígida la contempló con un nuevo interés. La princesa y sus doncellas no solían disculparse por nada, a no ser que se las obligase.

—Espera aquí —le dijo finalmente—. Buscaré un vestido que puedas ponerte. Mientras tanto, lávate la cara.

Y salió de la habitación.

Miriam se quedó sola. Se sentía incómoda. Aunque no era la primera vez que se alojaba en un castillo, nunca antes se la había considerado un miembro de la corte y, por tanto, nunca antes había tenido que actuar como tal. Y no se sentía a gusto. Para no pensar en ello, fue a la palangana y se lavó la cara, el cuello y las manos. Se

preguntó entonces si habrían llegado los libros, y se sintió inquieta. En cualquier parte del mundo, los libros eran caros porque el papel escaseaba. Miriam y su padre llevaban una auténtica fortuna en aquel carro, pero, en realidad, para ambos el valor de los libros no estaba en el papel, sino en el contenido, en toda la sabiduría y enseñanzas que atesoraban en su interior. Por este motivo, cada volumen era valiosísimo, porque para hacer un duplicado, un monje debía copiarlo a mano, al pie de la letra, página tras página. Era un trabajo lento y laborioso. Pero valía la pena.

Zacarías había tardado muchos años en reunir aquella biblioteca rodante, y Miriam apreciaba sus libros casi tanto como él.

Por eso, los dos se habían percatado de algo que los nobles de la corte habían pasado por alto: el hecho de que un erudito como Cornelius jamás habría dejado atrás sus libros voluntariamente.

Miriam suspiró. Tal vez su padre estuviera en lo cierto, y la desaparición de Cornelius no tuviese nada de normal.

Se dirigió a la puerta, dispuesta a averiguar qué había sido de sus preciados libros, pero en ese mismo momento el ama entró en la habitación. Traía un vestido de seda, unos zapatos, un cepillo y una redecilla de hilo plateado para el pelo.

—Ponte esto, deprisa —dijo—. Se hace tarde.

Miriam obedeció. Cuando se hubo puesto el vestido, el ama la observó con gesto crítico.

—Te está un poco estrecho —dijo—, pero creo que te valdrá para esta noche. Después se lo daré a María para que te lo arregle.

—Oh, no es necesario, yo puedo... —empezó Miriam, pero se calló ante la mirada severa del ama.

—Y habrá que hacer algo con ese pelo —prosiguió ella—. No hay tiempo para hacerte unos tirabuzones como Dios manda, así que tendré que recogerlo.

Mientras hablaba, se colocó detrás de Miriam y le echó el pelo hacia atrás. La chica estuvo a punto de decirle que los tirabuzones le parecían un peinado ridículo, pero recordó las instrucciones de su padre y se mordió la lengua. Después, aguantó sin quejarse las horquillas que el ama le fue colocando por toda la cabeza, y luego sintió que le recogía los cabellos en el interior de la redecilla.

—Tienes demasiado pelo —dijo el ama, intentando que no se le escapase ningún mechón—. ¡Y tan rizado!

Miriam calló, pero en su interior se sentía bastante molesta y dolida. Siempre había creído que su pelo era bonito.

Cuando el ama terminó, la chica casi suspiró de alivio.

—Mmm... —murmuró Brígida, estudiándola con ojo crítico—. ¡Esa cara pecosa...! Debería haberte maquillado con polvos de arroz, pero no tenemos tiempo. Ya intentaremos arreglarte un poco más para el baile.

—¿El... baile?

—El baile que organizan sus majestades la semana que viene con motivo del aniversario del príncipe —le explicó el ama pacientemente.

—Pero yo no tengo que asistir, ¿verdad? —preguntó Miriam, horrorizada; los bailes, fiestas y demás fastos cortesanos le parecían absurdos y muy aburridos.

—¡Oh, sí, claro que asistirás! —replicó la dama Brígida en tono severo—. Pero hablaremos de ello en otro momento. Vamos, sígueme. Llegamos tarde.

Miriam obedeció. Los zapatos le venían un poco pequeños y le hacían daño al andar, pero se esforzó por mantener el ritmo del ama.

Por fortuna, llegaron al comedor antes de que comenzara la cena. Caballeros y damas estaban de pie todavía, hablando entre ellos en pequeños grupos, esperando a que llegasen el rey y la reina. Miriam localizó a su padre un poco más allá. Aliviada, se dispuso a dirigirse hacia él, pero la dama Brígida la retuvo por el brazo y la obligó a seguirla hasta el fondo del salón, donde tres doncellas conversaban animadamente. Miriam las reconoció: se había cruzado con ellas en el pasillo aquella tarde.

—Alteza —dijo la dama Brígida dirigiéndose a la más alta y rubia de todas—, esta doncella es Miriam, hija de maese Zacarius, nuestro nuevo erudito. Miriam —añadió—, te hallas ante la princesa Ángela, hija del rey de estas tierras, y sus doncellas: Isabela de Rosia y Valeria del Lago.

—Es un honor —respondió Miriam con voz inexpresiva, inclinándose ante ellas. Oyó que se reían con disimulo, y les dirigió una mirada molesta.

—A partir de ahora, alteza —prosiguió el ama—, y por orden de vuestro padre, el rey, Miriam será una más de vuestras doncellas.

Miriam advirtió enseguida que a la princesa y sus compañeras se les helaba la sonrisa en los labios. Ángela le dirigió una fría mirada despectiva, pero no hizo ningún comentario hasta que el ama se alejó. Entonces dijo:

—¿Eso que lleva puesto es mi viejo vestido?

Miriam la miró, desconcertada, hasta que se dio cuenta de que la princesa no estaba hablando *con* ella, sino *de* ella.

—Diría que sí —respondió Isabela—. ¿Cuánto tiempo hace que no te lo pones?

—Un mes —dijo Ángela, como si eso fuese mucho tiempo—. ¿Cómo se habrá atrevido el ama a dejarle mi viejo vestido?

—A ti te sentaba mejor —comentó Valeria.

—Desde luego. Fijaos en esa cintura: le está estrecho.

Las tres se inclinaron para observarla mejor, y Miriam retrocedió un paso, con el rostro encendido de rabia y vergüenza.

—¿No tienes nada que decir, Miriam de...? —la princesa se interrumpió y la miró con fingido desconcierto—. Lo siento, no he oído bien el resto de tu nombre.

—Miriam —respondió ella, irritada, pero insegura de pronto—. Sólo Miriam.

—Miriam de Sólo Miriam —repitió Ángela—. ¿Y qué tipo de feudo es Sólo Miriam? ¿Un reino, un principado, un ducado, un condado, una baronía... o nada de nada?

Valeria e Isabela se echaron a reír, y Ángela se unió a ellas.

Miriam jamás se había sentido tan humillada. Iba a responder cuando, de pronto, se hizo el silencio en la sala y entraron los reyes. Mientras todos se acercaban a la mesa para ocupar sus respectivos asientos, Miriam se aproximó a Zacarías.

—Me siento ridícula, padre —protestó—. ¿Cuándo vamos a marcharnos?

—Ya lo sabes: cuando averigüemos qué pasó con Cornelius. No olvides que esa es la razón por la que hemos venido aquí.

En aquel momento, el rey Héctor se aproximó a ellos.

—Maese Zacarius, os he reservado un asiento a mi lado —dijo obsequiosamente.

—Gracias, majestad, es un honor...

—Me alegro de que hayáis decidido uniros a nosotros. Cornelius prácticamente no salía de esa torre, y no creo que sea bueno ese exceso de libros y estudio, ¿no creéis?

—No, majestad, desde luego. —El rey miró fijamente a Zacarías y este añadió, de prisa—: Ya lo decían los latinos: *primum vivere, deinde philosophare*.

—Que significa: «primero vivir y después filosofar», ¿no es cierto? —preguntó el rey, muy contento—. ¡Ese es bueno! Tengo que apuntarlo...

Miriam vio entonces que la dama Brígida la llamaba con un gesto y, suspirando con resignación, acudió junto a ella.

Los reyes se sentaron a la mesa, que tenía forma de U, y el resto de comensales tomó asiento a su vez. Siguiendo las instrucciones del ama, Miriam se sentó en un extremo, y respiró aliviada al ver que la dama se colocaba a su lado, entre ella y las doncellas. Y, aunque se encontraba aislada del resto de los asistentes, se sentía mejor así.

Mientras servían la comida, Miriam se dedicó a estudiar a los comensales. El rey había sentado a su nuevo sabio a su izquierda, y los dos conversaban animadamente. A la derecha del rey se hallaba la reina, y junto a ella, la princesa, sus doncellas y algunas damas. Al otro lado de la mesa se sentaban varios caballeros y el capellán del castillo. Miriam advirtió que había cuatro sillas vacías, y tampoco se le escapó que la reina las miraba con preocupación.

Estaban sirviendo la sopa cuando cuatro jóvenes caballeros entraron en el comedor, armando un alboroto considerable. Miriam los observó con curiosidad. Debían de tener entre catorce y dieciséis años, y eran evidentemente nobles de alta cuna.

Uno de ellos era fuerte y robusto, aunque su rostro, cuadrado y de ojos pequeños, mostraba cierta expresión estúpida. Lo acompañaba un chico más ligero y esbelto, de

cabello negro que le caía sobre los hombros, facciones delicadas y ojos brillantes, indudablemente guapo. Tras ellos esperaba un muchacho algo enclenque, que portaba un laúd a la espalda y miraba a su alrededor con gesto aburrido e indiferente, aunque sus ojos parecían observarlo todo con calculada atención.

Pero fue el cuarto joven el que despertó el interés de Miriam. Era más apuesto que sus compañeros, de pelo claro y rostro atractivo, y sus ojos azules parecían comerse el mundo. Cuando su mirada pasó por el extremo de la mesa donde Miriam se encontraba sentada, la muchacha sintió que el corazón le latía más deprisa.

Lo observó saludar a los reyes con respeto, aunque con evidente familiaridad, y apreció entonces su parecido con el rey Héctor.

—Es el príncipe Marco —le susurró el ama, como si le hubiese leído el pensamiento—. No mires con tanto descaro.

«No lo estaba mirando», se dijo Miriam, molesta. Pero bajó la vista hacia el plato. No obstante, en cuanto el ama se distrajo de nuevo, volvió a mirar a hurtadillas al príncipe Marco. El joven se había sentado a la mesa y bromeaba con sus amigos. «No es más que otro noble presuntuoso», se dijo Miriam. Sin embargo, a lo largo de la cena siguió echándole miradas furtivas cuando el ama no estaba pendiente de ella. Hasta que, en un momento dado, de pronto su mirada tropezó con unos ojos oscuros clavados en los suyos. Parpadeó, sorprendida. Se dio cuenta entonces de que era el muchacho del laúd quien la observaba fijamente, con un destello burlón en su mirada. Miriam bajó la cabeza, molesta. Fingió interesarse en lo que decían las doncellas, pero apenas las escuchaba.

Entonces, el chico del laúd se puso bruscamente de pie.

—¡Señoras y señores! —exclamó, plantándose ante los comensales—. ¡Majestades! —añadió, haciendo una exagerada reverencia ante los reyes—. Hoy recibimos a un nuevo sabio entre nosotros, y desearía darle la bienvenida como se merece.

Los nobles rieron, y Miriam adivinó que estaban acostumbrados a aquellas salidas de tono. La chica había visto a muchos bufones, y sabía que aquel no lo era. No vestía un atuendo de colores chillones ni llevaba cascabeles; y, aunque no presentaba la complexión atlética de sus compañeros, y que era propia de los caballeros jóvenes, resultaba evidente, por sus finas ropas, que se trataba de un noble.

—Adelante, Santiago —dijo el rey, sonriendo.

El llamado Santiago volvió a inclinarse ante el monarca, con otra de sus floridas reverencias. Después se situó ante Zacarías, pulsó un par de cuerdas de su laúd y recitó:

—¡Oh, sabio entre los sabios! ¡Vos, que tantos libros habéis leído, que tantas tierras habéis visitado, que a tantos eruditos habéis dejado en ridículo! ¡Contestadme, sabio entre los sabios, a una sencilla pregunta!

La gente rio. Miriam observó que su padre parecía incómodo, y sonrió para sí misma sin poderlo evitar.

—No voy a preguntaros —prosiguió Santiago— cuál es el más poderoso de todos los reyes, quién es el más viejo de todos los hombres o dónde vive la más hermosa de las mujeres, qué animal es el más rápido, qué estrella la más brillante ni qué ave vuela más alto. ¡Aunque podría hacerlo! Y no dudo que sabríais contestar —añadió, con una sonrisa picara.

La gente rio de nuevo. Zacarías esbozó una media sonrisa insegura.

—¡No! —clamó Santiago; sus dedos recorrieron las cuerdas del laúd, arrancándole una melodía que acabó en un tono alto—. Lo que deseo saber es mucho más simple.

Comenzó a pasear arriba y abajo. Miriam seguía sus movimientos con interés, pero se sobresaltó al darse cuenta de que aquellos paseos lo acercaban cada vez más a ella.

—Lo que deseo saber —concluyó Santiago—, es cómo un hombre tan viejo y feo como vos puede ser el padre... —se detuvo ante Miriam y le dirigió una mirada penetrante— de una criatura tan joven, bella y delicada como esta.

La corte entera estalló en carcajadas. Miriam, enrojando intensamente, alzó la mirada hacia Santiago y sus ojos se cruzaron. El muchacho, con un gesto teatral, se echó hacia atrás, como herido por un rayo.

—¡Hermosa doncella, no me miréis de esa forma, que me destrozáis el corazón!

Miriam se levantó de un salto, hirviendo de ira, y le cruzó la cara de un bofetón. Los comensales reían a mandíbula batiente.

—Ya he tenido bastante —declaró.

Y salió corriendo hacia a su habitación, mientras, a sus espaldas, los nobles seguían riéndose estruendosamente.



La biblioteca secreta de Cornelius



quella noche, Miriam tuvo un sueño muy extraño.

Soñó con una mujer que la miraba con unos ojos tan profundos como el corazón de un bosque. Miriam no la había visto nunca, pero sentía que la conocía desde siempre.

«Mandrágora», dijo la desconocida.

«¿Quién eres?», preguntó Miriam, pero los labios de la mujer susurraron:

«Mandrágora... Vuelve... Recuerda»...

Y la oscuridad se cerró sobre Miriam, como si fuese a devorarla.

Despertó en su cama, angustiada. Aunque tardó un poco en darse cuenta de que todo había sido un sueño, eso no la hizo sentirse mucho mejor.

Se arrebujó de nuevo entre las sábanas y trató de dormir; no lo consiguió. Dio varias vueltas sobre la cama y después optó por quedarse quieta y en silencio, esperando que el sueño la venciese.

Y entonces lo oyó.

Al principio pensó que se había tratado de su imaginación, pero aguzó el oído y escuchó el inconfundible sonido de unos pasos deslizándose por el pasillo. Miriam se incorporó, intrigada. ¿Quién andaría por allí a aquellas horas de la noche? Se levantó, dispuesta a averiguarlo; se estremeció cuando sus pies tocaron el frío suelo de piedra, pero no se detuvo, y salió con cuidado de la habitación.

Pegada a la pared, se asomó al pasillo para poder espiar sin ser vista. Los pasos se oían todavía en alguna parte. Era tan sólo un rumor, pero en el silencio de la noche se escuchaban con mucha claridad. Miriam miró a su alrededor. No vio a nadie, y eso la llenó de inquietud. Se acurrucó aún más contra la pared. Sabía que había alguien, lo estaba escuchando. Los pasos avanzaban pasillo abajo... ¡pero seguía sin ver a nadie!

Aunque estaba asustada, la curiosidad pudo con ella. Haciendo de tripas corazón, siguió el sonido de aquellos pasos corredor abajo, procurando hacer el menor ruido. Estuvo a punto de perder la pista en una bifurcación, pero volvió a escucharlos un poco más arriba, y se dio cuenta de que aquel ser invisible estaba subiendo las

escaleras.

Ella también subió. Se sentía en una especie de sueño, siguiendo algo que oía pero no veía. Tal vez fuera aquella la razón por la cual tardó un poco en darse cuenta de que se encontraba en la torre donde habitaba su padre.

Cuando se percató del detalle, se despejó de pronto y decidió correr a avisarlo. Empujó la puerta para abrirla, pero esta ya estaba abierta, de modo que entró...

La habitación estaba a oscuras, únicamente iluminada por la luz de la luna, que se filtraba por la ventana. Miriam distinguió una figura junto a las estanterías, rebuscando entre los libros.

—¿Padre? —murmuró, insegura.

La figura se quedó quieta un momento, y entonces avanzó hacia ella. La luz de la luna iluminó un rostro pálido, demacrado, espectral, parcialmente oculto por una barba encrespada.

Miriam gritó y retrocedió hasta la pared. La figura gruñó algo ininteligible, se retiró hacia las sombras... y desapareció.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa? —se oyó la voz adormilada de Zacarías.

Muerta de miedo, Miriam corrió al catre donde dormitaba su padre y lo sacudió sin contemplaciones.

—¡Despierta! ¡Despierta! —lo llamó con urgencia—. ¡Hay alguien en la habitación!

Para cuando lograron encender una vela, el misterioso visitante se había ido.

Miriam todavía temblaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zacarías, mirándola con seriedad—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Miriam le contó en pocas palabras lo que había visto... y lo que no había visto. Zacarías la escuchó, pensativo.

—¿Seguro que no ha sido un sueño?

—No —replicó Miriam—. Oí los pasos pero no había nadie. Y ese hombre extraño...

—¿Cómo era?

—No lo vi con claridad. Era alto y delgado, parecía viejo. Llevaba barba, y tenía los ojos hundidos...

—Podría ser Cornelius —dijo Zacarías, al cabo de un momento de silencio.

—Pero... no lo entiendo. He seguido sus pasos por el castillo, y no lo he visto.

—No olvides lo que hemos venido a investigar. Las Guardianas del Bosque dijeron que alguien estaba usando magia negra en este castillo, y cuando se trata de magia negra, todo es posible. Tal vez Cornelius haya encontrado la manera de hacerse invisible.

—Padre, siempre me hablas de esas Guardianas del Bosque a las que no conozco.

¿Cómo puedes estar seguro de que no se equivocan?

—Porque la magia negra es la magia de la muerte, lo contrario a la vida a la que ellas rinden culto. Si alguien ha estado utilizando artes prohibidas en este lugar, no les debe de haber resultado difícil detectarlo.

Miriam reflexionó sobre aquello, impresionada. Después, sugirió:

—¿Y si no fuera invisible? ¿Y si murió y ahora es un fantasma, un alma en pena?

—Tampoco podemos descartar esa posibilidad, por descabellada que parezca.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? Espectro o no, me da muy mala espina. Podría volver.

—En eso tienes razón. Si ha venido a esta torre, será por algún motivo. Seguramente volverá a intentarlo.

—¿Y qué supones que anda buscando?

—Lo único de valor que hay aquí: libros.

—Eso tiene sentido —asintió ella—. Porque lo he visto ahí, junto a esas estanterías.

Zacarías se acercó al lugar señalado por Miriam y examinó los libros a la luz de la vela. La muchacha se sentó sobre un taburete y miró a su alrededor, fascinada.

—Este lugar es increíble —comentó—. Ese Cornelius debe de estar muerto; nadie abandonaría todos estos libros por propia voluntad.

Zacarías no la escuchaba. Sacó algunos libros de la estantería y los depositó con cuidado sobre la mesa.

—Son volúmenes sobre gramática latina —murmuró—. ¿Por qué querría Cornelius recuperar estos libros y no otros?

—Tal vez Satanás le haya pedido que dé clases de dicción a sus malhablados diablillos... ¿Qué estás haciendo?

Estaba muy concentrado examinando la estantería, y no contestó. Miriam lo observó, intrigada. Zacarías había introducido la mano por el hueco que había dejado en el estante al sacar los libros, y manipulaba algo que, al parecer, estaba detrás, en la pared. Dejó el volumen sobre la mesa y se acercó para mirar, con curiosidad.

De pronto, Zacarías retrocedió y la estantería entera comenzó a moverse. Miriam ahogó un grito, convencida de que se les venía encima, y retrocedió a toda prisa. Entonces, la joven se dio cuenta de que la estantería no se caía, sino que toda la pared se deslizaba hacia un lado, dejando al descubierto...

—¡Más libros! —exclamó, sorprendida.

Efectivamente: tras aquella falsa pared había un pequeño cuarto con más estanterías llenas de volúmenes y pergaminos. Miriam se adelantó un paso, pero su padre la retuvo.

—Espera —dijo.

Entró en el cuarto y echó un vistazo a su alrededor. Su rostro se ensombreció a

medida que fue leyendo títulos.

—Las Guardianas tenían razón —dijo finalmente—. Aquí dentro se encuentra la colección de libros de nigromancia más completa que he visto en mi vida. Parece que nuestro amigo Cornelius hacía algo más que jugar con las artes prohibidas: es un auténtico experto.

—Entonces, ¿crees que sigue vivo?

—No lo sé. Puede que invocase a algo peligroso, algo a lo que no le hizo mucha gracia que un simple mortal como Cornelius lo invocase... Pero, en el caso de que fuera su espectro lo que has visto, ¿qué razones tendría para volver aquí?

—Bueno, ya sé que esta no es una torre muy acogedora, pero supongo que un viejo grajo como Cornelius podría considerarlo un bonito hogar.

—Sin sarcasmos, Miriam. Esto es serio.

—De acuerdo. Me estás diciendo que Cornelius era un nigromante, pero aquí no veo más que libros. ¿Dónde están los ingredientes para los hechizos, los amuletos y todo eso? Y, por otro lado, ya sé que el rey Héctor no es muy listo, pero, si su sabio invocase a demonios y cosas por el estilo, ¿no se habría dado cuenta?

—En tierras del rey Héctor, la brujería se castiga con la hoguera. No es de extrañar que lo mantuviese en secreto, ¿no te parece?

—Es verdad. ¡Pero no entiendo nada! ¿Está o no está vivo? Si lo está, ¿cómo se las arregla para ser invisible? Y, en cualquier caso, ¿qué es lo que busca aquí?

Zacarías movió la cabeza, pensativo.

—Parece que ha venido por estos libros. Voy a examinarlos con calma. Tal vez encuentre alguna pista.

—Y yo, ¿qué hago?

—Intenta averiguar algo sobre Cornelius. Haz algunas preguntas..., pero sé discreta.

Zacarías volvió la mirada hacia la ventana y vio que el horizonte comenzaba a clarear.

—Hablabamos más tarde —concluyó—. Vuelve a tu habitación antes de que la dama Brígida descubra que no estás.

—Oh, no —suspiró Miriam, al recordar de pronto sus desastrosos comienzos como dama de la corte—. ¿Voy a tener que aguantar a Ángela y sus doncellas hasta que nos vayamos?

—Mmmm... Respecto a eso, la reina me dijo que estaba muy disgustada contigo. Ya sabes, por el asunto del joven trovador.

—Él se lo buscó —gruñó Miriam. Al captar la mirada severa de su padre, añadió—. Está bien, intentaré ser una buena doncella para que la reina no tenga queja de mí.

—Así me gusta.

Miriam dio media vuelta para marcharse. Cuando ya estaba en la puerta, vaciló un

momento.

—¿Padre?

—¿Sí?

—¿Qué significa «Mandrágora»?

—Es una planta que chilla.

—¿Que chilla?

—Eso dicen. ¿Por qué lo preguntas?

Miriam dudó un momento.

—Por nada.

Salió de la habitación, sin percatarse de la extraña mirada que le dirigió Zacarías.

‡ ‡ ‡

El día siguiente no fue mejor. La dama Brígida le consiguió un vestido más apropiado: era de su talla y un poco más discreto que cualquiera de los viejos trajes de Ángela, con lo que se sintió bastante más cómoda. Sin embargo, después el ama se empeñó en transformar sus espesos rizos en delicados tirabuzones, y la joven tuvo que aguantar los tirones de pelo y las quemaduras de las tenacillas calientes en la nuca y las orejas durante toda la mañana. Aun así, el resultado no fue exactamente lo que el ama había pensado. La mitad de la abundante cabellera de Miriam seguía siendo rizada, mientras que la otra mitad tenía una conformación imprecisa y sólo algunos tirabuzones aparecían claramente definidos.

—No puedo con este pelo —capituló finalmente el ama, secándose el sudor de la frente—. Deberías haber domado estos rizos desde pequeña, en lugar de dejar que creciesen así, sin más. ¿No pensó tu madre en eso?

—No llegué a conocer a mi madre, señora —respondió Miriam.

No pretendía inspirar compasión. Lo había superado hacía mucho tiempo, a pesar de que su padre nunca hablaba del tema. Pero la dama Brígida debió de sentirse conmovida, puesto que no insistió más con las tenacillas y se limitó a trenzarle el cabello con hilo dorado. No quedaba mal del todo.

Después, trató de disimular el tono moreno de su piel maquillándola con polvos de arroz. Pero, cuando aquel fino polvillo se le metió por la nariz, a Miriam le dio un ataque de estornudos, y el ama tuvo que renunciar a seguir acicalándola.

Dejó el resto en manos de María, una joven criada que, según le dijo a Miriam, sería su camarera personal. Miriam estuvo a punto de responder que ella no necesitaba que nadie la ayudase a vestirse y a peinarse todas las mañanas, puesto que sabía hacerlo sola, pero se lo pensó mejor y no hizo ningún comentario.

El ama las dejó solas. María estaba terminando de adornarle el pelo, y ella esperó unos minutos antes de preguntar:

—¿Hace mucho que sirves en el castillo, María?

—Desde niña, mi señora.

—Por favor, no me llames así. Llámame Miriam.

—Oh, no, mi señora, no podría. La dama Brígida no lo consentiría.

—Pero si yo no soy noble.

—Sin embargo, pertenecéis al séquito de su alteza la princesa Ángela, y se os debe guardar el respeto que corresponde —replicó María, como quien recita una lección aprendida de memoria.

—Pero yo no soy como ellas —insistió Miriam—. Soy la hija del sabio, ¿lo sabías?

—Sí, mi señora, me lo habían dicho.

La miró de forma extraña, con cierto temor, y Miriam se sintió inquieta.

—¿Cómo era el otro sabio?

María vaciló.

—Maese Cornelius era un hombre muy... solitario. No solía participar en las actividades de la corte.

—¿Y nunca hablaste con él?

—No, señora. Sólo soy una criada.

—Nadie me ha contado por qué se fue. ¿Sabes algo?

La criada guardó silencio. Miriam decidió tirar más de la cuerda.

—Si ofendió a los reyes de alguna manera, me gustaría saberlo —añadió—. No quería que mi padre cometiese el mismo error.

—Oh, no, mi señora, no es por eso —dijo rápidamente María, bajando la voz—. Vuestro padre debe de saberlo. Al fin y al cabo, vive en la torre, ¿no es cierto?

—No lo entiendo... ¿qué tiene eso que ver?

María echó un vistazo alrededor, para asegurarse de que nadie la escuchaba, y añadió en un susurro:

—Los señores actúan como si nada sucediera, pero los criados sabemos la verdad: maese Cornelius fue asesinado y su espectro vaga por los pasillos en las noches sin luna. Muchas veces se le oye caminar, pero casi nunca podemos verlo.

El corazón de Miriam empezó a latir más deprisa.

—¿Tú lo has visto alguna vez? —preguntó, bajando la voz.

María volvió a mirar a su alrededor antes de decir:

—Sí, una vez lo vi. Veréis, mi señora, una noche me desperté de madrugada y oí ruidos en el pasillo. Me asomé y vi a maese Cornelius vagando por el castillo en dirección a la torre. Le vi la cara cuando pasó junto a la ventana. Parecía un loco. Y de pronto entró en una habitación... ¡y desapareció!

María calló de golpe, porque el ama entró en la estancia y se quedó allí hasta que la criada se retiró. Miriam suspiró para sus adentros. Tendría que continuar con sus pesquisas en otro momento.

La dama Brígida la condujo a un salón donde, sentadas en un estrado, la princesa Ángela y sus doncellas charlaban animadamente mientras bordaban.

Miriam se quedó en la puerta, indecisa, pero el ama le puso un bastidor entre las manos.

—Vamos, adelante. Debes aprender a bordar como una doncella bien criada.

La muchacha se sentó un poco más allá y fingió elegir los colores que iba a emplear en su bordado. Cuando el ama salió de la habitación, Miriam suspiró aliviada y apartó los hilos.

—¿Qué estás bordando, Miriam? —preguntó entonces Ángela.

Ella se volvió y se dio cuenta de que las tres doncellas la miraban fijamente.

—Todavía no he empezado —repuso.

—Bueno, entonces, ¿qué vas a bordar? Yo estoy acabando un paño con la imagen de la dama y el unicornio.

Le mostró su bordado, y Miriam tuvo que reconocer que era muy bonito; representaba a un unicornio apoyando la cabeza sobre el regazo de una doncella sentada en un prado.

Isabela le enseñó su pañuelo con primorosos diseños de lilas y azucenas, y Valeria exhibió orgullosa una mantelería cuya figura central mostraba a una dama caminando sobre las aguas para entregar una espada a un caballero.

—Son el caballero Lancelot du Lac y su hada protectora, la Dama del Lago —le explicó—. Mi linaje se remonta nada menos que a la Tabla Redonda.

—Bien, yo... todavía no sé lo que voy a bordar.

—Lo que pasa es que no sabes bordar —replicó Ángela, burlona.

—¡Claro que sé! —mintió Miriam—. Y voy a bordar un pañuelo con un... un... —miró a su alrededor en busca de inspiración y la encontró en uno de los tapices—. ¡...Un dragón! —dijo por fin.

—¿Vas a bordar la batalla de San Jorge contra el dragón? —preguntó Valeria.

—No... sólo pensaba bordar un dragón.

—¿Para qué quieres bordar un monstruo si no hay un caballero matándolo? No lo entiendo.

—Empezaré con el dragón —cortó Miriam, molesta—. Y luego ya veremos.

Se puso manos a la obra. Mientras intentaba plasmar en su lienzo la figura de un dragón, escuchaba lo que decían las doncellas.

Estaban hablando del príncipe Marco y sus amigos. A Santiago ya lo conocía, pero aquella tarde se enteró de que el joven grande y fuerte era Darío, y el otro, el de pelo negro que era tan guapo, se llamaba Rodrigo de Rosia, y era hermano de Isabela. Por lo visto, la mitad de las doncellas del reino suspiraban por él y, aunque se decía que al joven no le disgustaba ser tan admirado, llevaba meses detrás de la única doncella que no estaba interesado en él: la princesa Ángela.

—Si te casases con mi hermano, seríamos casi hermanas —le decía Isabela.

Isabela era prima de Ángela, y la doncella de más alto rango en la corte después de la princesa. Su padre era el conde de Rosia, hermano del rey Héctor y gobernante de una floreciente ciudad que privilegiaba las artes y el conocimiento. Pese a ello, nadie habría dicho de Isabela que fuese culta, aunque sabía leer algo mejor que sus amigas.

—Ya te lo he dicho muchas veces, yo me tengo que casar con un príncipe, y no con el hijo de un conde. Pero sabes que seremos hermanas de todas formas.

Y las tres rieron como tontas. Miriam chasqueó la lengua, con disgusto. Toda aquella charla le parecía estúpida y sin sentido. Se obligó a sí misma a calmarse y ser paciente. Por la tarde estaría de nuevo con su padre en aquella maravillosa torre llena de libros.

—Y tú —añadió Ángela, dirigiéndose a Valeria—, deberías dejar de pensar en Darío, sabes que no tiene muchas luces. Le interesan más los caballos que las doncellas.

—Pero yo le haré cambiar de opinión —dijo Valeria con tozudez.

—Ángela tiene razón —intervino Isabela—. Vendrán muchos caballeros al cumpleaños de Marco. Conocerás a más gente.

Miriam aguzó el oído al escuchar el nombre del príncipe. Pero enseguida sacudió la cabeza y siguió con lo suyo. ¿Por qué habría de preocuparse por un príncipe que, seguramente, sería tan necio y engreído como su hermana? Por no mencionar el hecho de que él jamás se fijaría en ella.

Apretó los dientes, frunció el ceño y siguió con su bordado, pero no era tan sencillo como parecía en un principio. Una hora después de haber empezado, había roto varios hilos, y su dragón era algo alargado con muchas patas y ojos saltones.

—¡Mirad lo que ha bordado Miriam! —gritó entonces Valeria, espiando por encima de su hombro. La muchacha intentó esconder el lienzo, pero era demasiado tarde: Ángela le quitó el bastidor de las manos para estudiarlo a la luz.

—¿Qué es esto? Parece una enredadera de color rojo.

—Es un dragón —dijo Miriam de mala gana, y las tres se echaron a reír nuevamente—. ¿Qué pasa? ¿Es que no conocéis el estilo de Bizancio?

Las doncellas dejaron de reír y la miraron, perplejas.

—¿El estilo de Bizancio? ¿Qué es eso?

—El tipo de bordado que está de moda en las más refinadas cortes orientales —mintió Miriam, recuperando su bastidor—. Consiste en hacer un bordado algo más abstracto, de manera que haya que adivinar las figuras que representa. Pero claro —añadió, con tono inocente—, olvidaba que no habéis viajado mucho y, por supuesto, jamás habéis estado en Constantinopla...

Las tres doncellas cruzaron una mirada y estudiaron el bordado con nuevos ojos.

—¿Me dejas copiarlo? —preguntó Ángela con voz melosa.

—Os lo regalo, alteza —respondió Miriam con voz solemne, tratando de que no se le notase que estaba aguantando la risa—. No me cuesta nada hacer otro.

Dejó a las doncellas examinando su lienzo y salió de la sala apresuradamente, riendo entre dientes. Iba con tantas prisas que no se dio cuenta de que alguien caminaba en dirección contraria, y estuvo a punto de chocar contra él. Cuando alzó la mirada con una disculpa en los labios, descubrió que ante ella estaba el príncipe Marco en persona, observándola con curiosidad. Enrojeció intensamente y no fue capaz de decir nada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el príncipe con amabilidad.

Miriam asintió, sin poder hablar todavía, y sintiéndose torpe y ridícula.

—Ten cuidado, Marco —dijo una voz burlona, que Miriam conocía bien—. No seas demasiado gentil con ella, que te pegará.

Miriam descubrió entonces que Darío, Rodrigo y Santiago estaban también en el pasillo, tras el príncipe. Y la voz era de Santiago.

Marco rio alegremente.

—Te lo tenías bien merecido, Santiago, por tratar de seducir a una doncella decente como ella delante de todo el mundo. Si yo hubiese estado en su lugar, también te habría pegado.

Miriam sonrió y se quedó mirando a Marco, embelesada.

—¿Nos dejas pasar? —dijo el príncipe.

Miriam reaccionó.

—¡Oh! Por supuesto, yo... ¡qué tonta soy! Disculpad, alteza.

Se apartó de su camino, con las mejillas ardiendo. Los jóvenes caballeros pasaron junto a ella. Santiago la miró, riéndose entre dientes. «Estúpido bufón», pensó Miriam, resentida.

Sintió de pronto unas ganas terribles de llorar, y corrió a refugiarse en la torre.



¿Cuál es mi lugar en el mundo?



iriam entró en el salón y todos dejaron de bailar y se volvieron para mirarla. Hubo murmullos de admiración. La muchacha llevaba un precioso vestido de terciopelo rojo bordado con oro y diamantes, y una diadema cuajada de joyas deslumbrantes. Sus cabellos castaños estaban primorosamente peinados en perfectos tirabuzones, y todas las pecas habían desaparecido de su rostro, que ahora era suave y marfileño.

El príncipe Marco estaba bailando con una bella princesa extranjera, pero la dejó para acercarse a Miriam y pedirle un baile. Ella sonrió gentilmente y aceptó con un gesto. La pareja comenzó a bailar en el centro del salón, mientras Santiago trataba de cantar, pero no podía porque se había quedado afónico, y la princesa Ángela y sus compañeras, olvidadas en un rincón, bordaban compulsivamente al «estilo de Bizancio».

Todo era perfecto, hasta que el príncipe dijo que Miriam estaba muy hermosa aquella noche. Ella sonrió y respondió citando versos de Ovidio... en latín. El príncipe cambió de conversación y le habló de la luna y de las estrellas, y a Miriam sólo se le ocurrió recitar un pasaje de Hesíodo... en griego. Los intentos posteriores fueron de mal en peor. Marco trataba de hablar con ella de cualquier cosa, pero Miriam no podía responderle nada que no hubiese leído en los libros, hasta que todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarla como si fuese una atracción de feria, murmurando entre ellos y señalándola con el dedo. Marco se apartó de ella, horrorizado, y Miriam trató de pedirle que no se marchase, pero sólo consiguió pronunciar parte de uno de los discursos de Cicerón. Los nobles de la corte reían abiertamente, y fue entonces cuando Miriam se dio cuenta de que ya no llevaba puesto aquel precioso vestido, sino sus ropas más viejas... Gritó una cita del Venerable Beda, y sólo obtuvo por respuesta las crueles carcajadas de la gente que la rodeaba...

«Mandrágora...», susurró la voz de la mujer desconocida, mientras los nobles seguían riéndose.

Miriam despertó súbitamente, con el corazón latiéndole con fuerza. La luz de la tarde le hacía daño en los ojos, y parpadeó sorprendida. Las risas todavía se oían en alguna parte. Fue consciente entonces de que estaba sentada ante un escritorio, junto a la ventana de la habitación de su padre en la torre. No había ningún baile. Todo había sido un sueño. Había estado estudiando y se había quedado dormida sobre el libro de botánica. Las risotadas de los caballeros jóvenes, que se ejercitaban en el patio armando un alboroto considerable, la habían despertado.

—¿Has dormido bien? —se oyó la voz de Zacarías—. Te he visto tan cómoda que no he querido despertarte.

Miriam se volvió hacia él y lo descubrió ocupado examinando los tratados de nigromancia de Cornelius.

—¿Cuánto hace que me he dormido? —preguntó, sintiéndose culpable.

—No lo sé, no me he fijado. ¿Es muy aburrido ese libro?

—No, no es eso. Es que no duermo bien por las noches.

Zacarías no hizo ningún comentario, y Miriam volvió a centrarse en el libro, con un suspiro resignado.

Las cosas no marchaban bien, por varios motivos. En primer lugar, en los últimos días había seguido preguntando sutilmente a los criados por el desaparecido Cornelius, pero no había llegado a ninguna conclusión. La mayoría juraba que habían oído al fantasma de Cornelius recorrer el castillo por la noche, pero sólo dos personas más, aparte de María, lo habían visto. De todas formas, los relatos eran vagos e imprecisos y no le habían aportado nada.

En segundo lugar, la princesa Ángela había descubierto que le había mentado con respecto al «estilo de Bizancio». Se le había ocurrido enseñar al ama el desastroso dragón de Miriam, diciendo que lo había bordado ella misma. La dama Brígida había reprendido a la princesa por haber confeccionado un bordado tan tosco y mal hecho, y le había asegurado que no existía ningún «estilo de Bizancio» y que, en el caso de que existiese, había sido inventado por alguien que no sabía bordar. Por supuesto, ahora Ángela y sus amigas la aborrecían abiertamente, y hacían todo lo posible por mortificarla.

Además, María le había contado lo de Marco e Isabela.

Bueno, en realidad no había nada entre ellos dos, le había asegurado.

—Pero, desde niñas, Ángela ha estado diciendo a todo el mundo que su prima Isabela se casaría con su hermano —le explicó—. Y, aunque no es oficial, todos en la corte lo dan por hecho. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero he oído decir que el rey no lo vería con malos ojos. La condesa de Rosia, madre de Isabela, estaba emparentada con la realeza inglesa.

—¿Y por qué no se casa Ángela con Rodrigo de Rosia?

—No es sencillo, ¿sabéis? La princesa tiene las cosas muy claras. Dice que se

casará con un príncipe. Y, en cuanto a lo de su hermano... —bajó la voz—, ella e Isabela se las han arreglado para espantar a todas las pretendientas del príncipe Marco.

—¿En serio? —se asombró Miriam; luego pensó que de aquellas arpías podía esperarse cualquier cosa—. Sin embargo, sin duda los reyes tendrán sus propios planes para sus hijos...

—¡Oh, pero la princesa es la niña de sus ojos, mi señora! Una vez, el rey sugirió casarla con el hijo del duque de Alta Roca. Ella lloró y pataleó, y se encerró en sus habitaciones y no quiso comer ni hablar con nadie hasta que el rey le prometió que no la casaría con aquel joven. Y no era mal partido, señora, no lo era. Pero ya veis...

Lo peor era que, a pesar de que Miriam se repetía que en absoluto le importaba lo que hiciera Marco, no le había gustado nada enterarse de que el príncipe formaría pareja con Isabela en el baile que se celebraría al día siguiente en el castillo.

Miriam se había cruzado con Marco en varias ocasiones. Aunque nunca habían hablado más de cuatro palabras, no podía dejar de pensar en él.

—¿Pero qué me pasa? —se dijo, furiosa, intentando concentrarse de nuevo en el tratado de plantas medicinales que tenía ante sí.

La botánica era su especialidad. Desde niña, su padre había puesto un especial interés en que aprendiese todo lo que había que saber acerca de las plantas, y ahora había descubierto en la biblioteca de la torre un volumen sobre el tema escrito por un desconocido sabio árabe que, no obstante, parecía toda una eminencia. El libro era difícil y oscuro, y Miriam llevaba toda la tarde intentando estudiar. Sin embargo, el tratado no tenía la culpa de que se hubiera dormido. Eran aquellos extraños sueños. Le impedían descansar por las noches. Intuía que significaban algo, aunque no sabía qué. Habría querido decírselo a su padre; pero Zacarías estaba tan preocupado por el asunto de Cornelius que Miriam tenía la sensación de que cualquier otro problema era una tontería comparado con aquel.

Intentó volver a concentrarse, pero no lo consiguió. Los jóvenes caballeros hacían demasiado ruido.

Molesta, echó un vistazo por la ventana. Aquella mañana había llegado al castillo el nuevo caballo del príncipe Marco, y él y sus amigos estaban en el patio, admirando su planta y montándolo por turnos, bajo la supervisión de León, el capitán de la guardia. Los cascos del caballo sonaban como truenos en el silencio de la tarde. Además, los chicos hablaban a gritos, y estallaban en escandalosas risotadas con cada gracia de Santiago.

Miriam volvió a centrarse en el libro. Al pasar la página halló un dibujo de una planta baja con flores acampanadas de color purpúreo.

—La mandrágora —murmuró.

Leyó con atención lo que se decía de ella. La raíz tenía forma de homúnculo, y el

autor del libro aseguraba que la planta chillaba cuando se la arrancaba de la tierra. También añadía que con la raíz de la mandrágora podían elaborarse venenos, narcóticos y filtros amorosos.

—Filtros de amor —susurró.

El corazón empezó a latirle un poco más deprisa. ¿Sería aquel el motivo por el cual la mujer de su sueño había pronunciado la palabra «Mandrágora»?

Siguió leyendo con renovado interés las propiedades de la raíz de Mandrágora. De pronto, los jóvenes del patio se echaron a reír de nuevo, rompiendo su concentración. Furiosa, cerró el libro de golpe.

—¡Se acabó! —exclamó—. Así no se puede estudiar.

Oculto tras el muro para no ser vista, se asomó un poco a la ventana y miró lo que sucedía abajo. Los chicos habían sacado del establo sus respectivos caballos y cabalgaban juntos por el patio. Miriam descubrió en un balcón a la princesa Ángela y sus doncellas, quienes contemplaban a los muchachos soltando aquellas risitas que tan tontas le resultaban.

«Son unos estúpidos», pensó. «Todos ellos».

Sin embargo, no podía dejar de mirar al grupo, caballeros y doncellas, y se sintió de pronto muy sola. No le caían bien, era cierto, pero en el fondo los envidiaba, y no sólo porque fueran ricos, atractivos y admirados, sino, sobre todo, porque formaban parte de algo.

Miriam sabía que era diez veces más inteligente y culta que todos ellos juntos. «Aunque... ¿de qué me sirve si estoy sola y no tengo amigos?», se preguntó con amargura. Ni siquiera encajaba con los plebeyos, porque todos ellos eran, en general, incluso más ignorantes que los señores. «¿Cuál es mi lugar en el mundo? ¿Dónde encajo yo?». Podía seguir desdeñando a Ángela y sus amigas pero, por mucho que se burlara, en el fondo deseaba ser como ellas. Tal vez porque cualquiera de ellas tenía la posibilidad de atraer la atención de un chico como Marco.

«¡Despierta!», se dijo a sí misma. «Él es un príncipe y jamás se fijará en ti. Además, por muy guapo que sea, seguro que es tan tonto como su hermana».

Sin embargo, se le encogió el corazón cuando vio que Marco se plantaba con su nuevo caballo bajo el balcón de las doncellas y lo hacía realizar unas cuantas cabriolas en su honor. Isabela dejó caer su precioso pañuelo de seda, y Marco lo recogió y se lo anudó a la muñeca con una cortés reverencia.

—Es propio de caballeros servir a las doncellas —dijo la voz de su padre a sus espaldas—. No se lo tengas en cuenta.

—¿Y a quién le importa? —replicó Miriam bruscamente, separándose de la ventana.

Volvió a sentarse, abatida, frente a su libro de botánica.

—No me has dicho cómo te han ido las pesquisas entre los criados —le recordó

Zacarías.

—Todos creen que Cornelius es un fantasma —respondió Miriam sin mucho interés—. He hablado con Tobías, el chico que le subía la comida, y me ha contado que en los meses anteriores a su desaparición, el sabio se fue volviendo cada vez más raro, arisco e intratable. Además se había descuidado bastante; a veces se olvidaba de comer, no se peinaba y se lavaba más bien poco.

—¡Hum! Eso nos lleva a una interesante conclusión.

—¿Que Cornelius era un guarro?

—¡No, Miriam! Que estaba trabajando en algo muy importante, algo que lo absorbía hasta el punto de olvidarse de sí mismo. Y haz el favor de centrarte, esto es serio —le regañó.

—¿Cómo? —Miriam apartó la mirada de la ventana—. ¡Oh, lo siento! ¿Cómo te va a ti con esos libros de magia negra?

—Todavía me faltan muchos por revisar.

—¿Por qué no dejas que te ayude?

—Ni hablar —repuso Zacarías, muy serio—. Algunos de estos libros son realmente espeluznantes y no quiero que los leas. No sé qué se proponía Cornelius, pero no era nada bueno, te lo aseguro. Sin embargo, echo en falta algunos tratados básicos que deberían hallarse en la biblioteca de cualquier nigromante que se precie. Y no están.

Miriam no respondió. Había vuelto a centrar su atención en la ventana. Zacarías la miró con gravedad.

—¿Estás bien?

Ella no contestó enseguida.

—Nunca me has regalado un vestido bonito —dijo con voz suave—. Nunca he tenido ninguna joya. Todo el dinero que conseguíamos lo invertíamos en nuestros viajes, o en libros. En mi último cumpleaños me regalaste una copia del *De consolatione philosophiae* de Boecio.

—Pensé que te haría ilusión —dijo su padre, consternado.

—Y me gustó, y sé que te costó una fortuna. Pero... oh, papá, ojalá fuera una chica normal.

—¿No lo eres? A mí me parece que sí. Tienes dos ojos, dos orejas, una nariz...

—Vale ya, padre. Esa broma no tiene gracia.

—No es una broma. Vamos a ver —dijo, cogiéndola por los hombros—. ¿Qué tienen esas doncellas que no tengas tú?

«Todo», pensó Miriam, aunque no lo dijo.

—Vaya —comentó entonces Zacarías—, creo que ya empiezan a llegar los invitados a la fiesta del príncipe Marco.

Miriam volvió la mirada hacia la ventana. Un grupo de caballeros acababa de

entrar en el patio del castillo.

—Llevan las divisas del conde de Castel Forte —murmuró *Zacarías*—. Es raro que no los acompañe ninguna dama, ¿no crees? Al fin y al cabo, vienen a un baile.

—¡Oh, no! —exclamó de pronto Miriam, recordando algo—. ¡El baile! Le dije al ama que la ayudaría a bordar los blasones que adornarán el salón.

—Pero si tú no sabes bordar, Miriam.

—Dímelo a mí —suspiró ella, antes de salir por la puerta.

La mañana siguiente pasó muy lentamente. El ama fue a hablar con Miriam acerca del baile, y no le gustó nada enterarse de que no sabía bailar.

—La fiesta es esta noche, y no podré enseñarte gran cosa en un solo día —le dijo, preocupada—. Aunque creo que al menos podrás aprender algunos pasos. ¿Qué opinas?

Miriam dijo que sí, sin prestar demasiada atención. Enseguida descubrió que la danza no era lo suyo. A lo largo de la mañana se equivocó tantas veces con los pasos que la dama Brígida perdió la paciencia y la dejó por imposible.

—Vuelve a tu habitación y dile a María que te arregle ese pelo después de comer. Quiero que estés presentable para el baile.

Miriam obedeció. Durante toda la tarde, mientras el castillo bullía de excitación ante la llegada de los invitados más nobles, ella permaneció sentada ante el tocador, apretando los dientes y aguantando estoicamente el proceso de acicalamiento al que la criada la sometió sin piedad. Y cuando, al ponerse el sol, María terminó su trabajo y la joven se miró al espejo, no se reconoció.

El vestido de raso que el ama había elegido para ella era de un color verde brillante que combinaba perfectamente con su cabello castaño, recogido en un elegante peinado y salpicado de adornos dorados como estrellas. Perfectos tirabuzones caían sobre sus hombros descubiertos. Por otro lado, Miriam pensó que jamás había tenido las pestañas tan espesas, los labios tan rojos y la piel tan fina.

—¿Qué me has hecho? —preguntó, sin aliento.

—¿No os gusta, mi señora?

Miriam no contestó enseguida. «Soy como una de ellas», pensó. «Como Valeria, o Isabela, o tal vez incluso como Ángela». Apenas unos días antes, aquel pensamiento la habría horrorizado. Ahora, no habría sabido decir si se veía muy guapa o muy ridícula.

—Sí, está... bien —respondió, algo confusa.

Salió de la habitación, sintiéndose extraña, y se dirigió al salón donde tendría lugar el baile.

Caminaba pasillo abajo cuando una voz la detuvo:

—Majestad, os lo ruego, si tan sólo me escuchaseis un momento...

La voz del rey Héctor le contestó:

—Conde Gregor, os he dado audiencia para mañana por la tarde. ¿Por qué esta insistencia?

Miriam se detuvo. Las voces venían del interior de una de las salas. La chica se pegó más a la pared y aguzó el oído.

—No puedo esperar a mañana por la tarde, majestad. Puede que ya sea demasiado tarde.

Intrigada, Miriam se asomó un poco para mirar. Vio al rey junto a un individuo pálido y vestido con ropas oscuras, de aspecto algo siniestro.

—Hoy es el aniversario de mi primogénito, conde Gregor. Después de la cena disfrutaremos de un baile...

—¡No he venido para eso! —estalló el conde Gregor, perdiendo la paciencia—. Castel Forte está muriendo, mi señor. No nos recuperamos de las últimas inundaciones, la tierra se ha convertido en un cenagal y el hambre y las epidemias acaban con mi gente...

—Conde Gregor —interrumpió el rey—, yo no puedo hacer nada al respecto.

—Mi rey, sólo os pido ayuda para...

—¿Ayuda? ¿Estáis siendo atacado, acaso? Porque, si es así, no dudéis que mis caballeros y yo acudiremos a apoyaros, como debe hacer todo buen rey cuando los territorios de sus vasallos se ven amenazados por sus enemigos. Sin embargo, el hambre y las epidemias no se pueden combatir con la espada y, por tanto, no son asunto mío.

El rey le dio la espalda al conde Gregor, pero este corrió tras él y lo agarró del brazo con urgencia.

—¡Si sois mi señor, mis gentes son asunto vuestro! —susurró, irritado.

El rey se lo sacudió de encima, molesto.

—¡Guardad la compostura, conde! Y no me amarguéis este gran día con cosas desagradables. Si no sabéis cuidar de *mis* tierras, encomendaré a otro el condado de Castel Forte.

El conde no insistió, pero Miriam apreció que temblaba de rabia. El rey se dirigió a la puerta de la sala, y Miriam se ocultó tras unas gruesas cortinas. Cuando el rey se hubo alejado, oyó que el conde Gregor murmuraba, con una voz repleta de odio:

—¡Necio! ¡Te lo haré pagar!

Con el corazón latiéndole con fuerza, Miriam aguardó a que el pasillo quedase despejado. Entonces se encaminó a toda prisa al salón.



El baile



legó sin aliento, pero se detuvo en la puerta, insegura.

Caballeros y damas ya estaban allí, esperando la llegada de la familia real para sentarse a la mesa. Había mucha más gente que de costumbre. Todos los nobles al servicio del rey Héctor habían acudido con sus familias; además, también se hallaba presente parte de la corte del rey Simón —invitado de honor aquella noche— y diversos caballeros de otros reinos.

—¿Cómo es posible que una doncella tan gentil como vos no esté acompañada? —dijo de pronto una voz suave y bien modulada a su espalda.

Miriam se volvió rápidamente. Descubrió tras ella a un hombre que vestía con exquisita elegancia; en su rostro destacaban un bigote y una perilla perfectamente recortados.

—A-acabo de llegar, mi señor.

—Aun así, no puedo permitir que entréis sola en el comedor —declaró el caballero, y le ofreció el brazo.

Miriam lo aceptó con un titubeo. Ambos entraron en el salón.

—Nunca os había visto por aquí. Decidme, ¿pertenecéis a la corte del rey?

—Soy doncella de la princesa Ángela, mi señor.

—¡Ah! Entonces, sin duda conocéis a mis hijos, la doncella Isabela y el joven Rodrigo.

—¿Vos sois... el conde de Rosia?

—En cuerpo y alma, mi señora —respondió él, con una cortés inclinación de cabeza—. Para servirlos a vos y a todas las damas.

—¿Es cierto lo que se cuenta de la biblioteca de vuestro castillo? —preguntó Miriam, sin poderse contener—. ¿Poseéis la colección completa de las obras de Aristóteles?

El conde le dirigió una mirada divertida. Miriam enrojeció.

—Siento... cierta inclinación hacia el estudio, mi señor —se justificó.

—Muy loable en una doncella. Ojalá mis hijos mostrasen un poco más de interés

por el conocimiento. Por supuesto, estaré encantado de recibirlos en mi castillo cuando lo deseéis, y mi biblioteca estará siempre abierta para vos.

Miriam le dio las gracias efusivamente. En ese momento, dos damas se acercaron para hablar con el conde de Rosia, y Miriam se apartó un poco para que él pudiese atenderlas. Miró a su alrededor y distinguió a lo lejos al príncipe Marco, que acababa de entrar con Isabela de Rosia. Apartó la mirada para no verlos juntos.

Zacarías se reunió con ella.

—Ah, estás aquí. Te he estado buscando y... ¿qué te has hecho en el pelo?

—¿No te gusta?

—Estás preciosa, hija. Sólo que... se te ve tan distinta... No pareces tú.

Miriam tuvo la impresión de que a su padre no le convencía del todo su nuevo aspecto, y cambió de tema rápidamente.

—He conocido al conde de Rosia, padre. Es encantador. No le parece extraño que las doncellas estudien, y me ha dicho que puedo visitar su biblioteca cuando quiera.

Iba a hablarle de la tensa conversación que habían mantenido el rey Héctor y el conde Gregor de Castel Forte, cuando se les acercó un anciano que lucía una larga barba blanca.

—¿Sois vos maese Zacarius? —preguntó.

—Así me llaman —respondió Zacarías—. ¿Y vos sois...?

—Nemesius, el erudito al servicio del rey Simón y la reina Viviana —se presentó el recién llegado—. Me han hablado de vos, y he venido a comprobar si es cierto lo que se dice acerca de vuestra sapiencia. Al fin y al cabo, *stultomm infinitus numerus*, es decir, «el número de tontos es infinito», y la mitad de los que se autoproclaman sabios en realidad no lo son tanto, ¿no creéis?

—Eh... —fue todo lo que pudo responder Zacarías.

Oportunamente, la familia real hizo su aparición en el salón. Tras ellos venían el rey Simón, su esposa y una doncella de profundos ojos verdes y serena belleza, que iba cuajada de valiosas joyas y vestía un traje aún más espléndido que el de Ángela.

—¡Es la princesa Rosalía, la hija del rey Simón! —oyó murmurar Miriam alrededor suyo.

—Hermosa doncella, si me permitís decirlo —comentó Nemesius—. Su matrimonio con el príncipe Marco establecería una alianza segura y duradera entre nuestros dos reinos. Lo cual demuestra que no siempre es verdad el adagio latino que afirma: *si vis pacem, para bellum*, es decir: «si deseas la paz, prepara la guerra».

—Parecéis muy versado en las cuestiones políticas —observó Zacarías.

—Como dijo Terencio, *homo sum; humani nihil a me alienum puto*, lo que significa...

—«Soy hombre y todo lo humano me concierne» —completó Zacarías—. Sé latín, muchas gracias, y también soy hombre, pero no me interesa la política.

—¡Ah! De modo que vos seguís la máxima de Horacio, *Beatus Ule qui procul negotiis*, o, en otras palabras, «Dichoso aquel que huye de los negocios»...

—Parecís un hombre muy instruido, maese Nemesius. ¿Tal vez sois uno de esos *docti cum librum* que basan sus conocimientos exclusivamente en lo que han leído en los libros?

—*Libri fadunt labia*, maese Zacarius, *librifaciunt labia*. Lo cual, en lengua vulgar, significa que la lectura perfecciona la elocuencia. Tengo entendido que habéis viajado mucho. Comprendo que no hayáis tenido ocasión de estudiar demasiado.

—No todo se aprende en los libros, maese Nemesius —repuso Zacarías, algo molesto—. *Oneram discentem turba librorum, non instruit*: «la multitud de libros carga de peso al estudiante, pero no le instruye». Si hubieseis salido de vuestra biblioteca, lo sabrías.

Miriam asistía divertida a la extraña batalla dialéctica que habían iniciado los dos sabios. Casi lamentó la llegada de la reina Leonora, que puso fin a la conversación.

—Veo que ya habéis trabado amistad con nuestro nuevo erudito, maese Nemesius —dijo por todo saludo—, pero el banquete va a comenzar, y debemos sentarnos.

Se llevó la mano a la sien y dejó escapar un quejumbroso suspiro.

—¿Os encontráis bien, majestad? —preguntó Zacarías, solícito.

—No es nada; sólo una ligera jaqueca.

—¡Ah! —exclamó Nemesius—. Permitidme recomendaros, majestad, el remedio que propone Celso: *capiti nihil prodest atque aqua frígida*, es decir, «nada hay mejor para la cabeza que el agua fría».

La reina dirigió una mirada de urgencia a Zacarías, pero no era necesario; él ya estaba contraatacando:

—Maese Nemesius, recordad que *non omnibus aegros decet eadem medicina*, lo cual significa que no a todos los enfermos les conviene el mismo remedio. En mi opinión, una infusión de poleo es mano de santo para cualquier dolor de cabeza.

—Y valeriana —añadió Miriam, deseosa de colaborar.

—Eso es completamente desatinado —replicó Nemesius—. Aunque, ya se sabe, *nihil tam absurdum dici potest quod non dicatur a filósofo*, o, en otras palabras: «por muy absurdo que algo parezca, siempre habrá un filósofo que lo afirme».

—Muchos filósofos griegos y romanos estaban de acuerdo en que *in herbis salus*, es decir, que en el mundo vegetal se encuentra la salud —respondió Zacarías, bastante molesto—. Haríais bien en no despreciar el poder de la madre naturaleza.

Tanto Miriam como la reina asistían al duelo verbal con evidente interés. Miriam habría jurado que los ojos de la soberana iban de la barba de Zacarías a la de Nemesius, como si las estuviese comparando, y se preguntó por qué.

—La cena está a punto de comenzar —interrumpió la reina—. Hablaremos más tarde sobre los remedios contra la migraña.

Los dos sabios cruzaron una mirada recelosa y desafiante. Miriam los vio alejarse hacia la mesa. Aún oyó comentar a Nemesius:

—Me han dicho que van a servir perdices. Le recomendaría a su majestad que tuviese cuidado: *omnis saturatio mala, perdías autem pessima*, lo cual quiere decir: «todo empacho es malo, pero el de perdices es el peor».

Y Zacarías replicó rápidamente:

—Es evidente que maese Nemesius habla por propia experiencia; ya sabemos que *plenus venter non student libenter*, «el estómago lleno no estudia de buena gana»...

Miriam sonrió y acudió junto al ama, que la llamaba por señas. Cuando todos se sentaron a la mesa, echó un furtivo vistazo a Marco, y descubrió que el joven tenía los ojos clavados en la princesa recién llegada. Fue como si le retorciesen el corazón.

Isabela parecía especialmente molesta. Miriam la vio acercarse a Ángela y Valeria —el príncipe, ocupado como estaba en contemplar a la princesa Rosalía, no se dio cuenta de que se quedaba solo— y hablar con ellas en susurros rápidos e irritados.

Miriam comprobó, desilusionada, que las tres brillaban con luz propia, y que, por mucho que María se hubiese esforzado en hacer que pareciese una dama, también ellas habían pasado un buen rato ante el tocador, y estaban realmente encantadoras. Comprendió que seguía sin poder compararse con ellas en belleza y atractivo. Su buen humor se esfumó, y ni siquiera el hecho de que incluso el encanto de Ángela palidecía ante la princesa Rosalía contribuyó a mejorarlo.

Después de la cena no fueron mejor las cosas. Un par de caballeros jóvenes y desconocidos la sacaron a bailar, pero no le pidieron un segundo baile. Miriam tuvo la horrible sensación de que lo hacían para matar el tiempo mientras aguardaban a que Ángela tuviese un momento libre para bailar con ellos.

La princesa estaba rodeada de pretendientes. Repartía sonrisas y caídas de sus larguísimas pestañas, y bailaba con todos los que se lo pedían, pero nunca concedía a nadie un segundo baile.

Miriam no tardó en retirarse a un rincón, forzada a contemplar el baile desde un segundo plano. Mientras esperaba que alguien la sacase a bailar, se dedicó a observar todo lo que sucedía en torno a ella. Marco bailaba con Rosalía; muy cerca de ellos estaba Isabela, que había acaparado a un joven y apuesto caballero extranjero y coqueteaba abiertamente con él, sin duda esperando poner celoso a Marco. Por otra parte, parecía que por fin Valeria había logrado la atención de Darío, porque ambos bailaban muy juntos en un extremo apartado del salón. Y, por su parte, Ángela derrochaba encanto, con la esperanza de eclipsar a la princesa Rosalía. Rodrigo rondaba cerca de ella, esperando que le concediese un segundo baile.

—Por más que se esfuerce, ella no va a aceptar —dijo de pronto una voz junto a Miriam, sobresaltándola—. Ya ha dejado muy claro que quiere casarse con un príncipe, y Rodrigo no lo es. ¿Por qué el amor vuelve tan estúpida a la gente?

Miriam se volvió. A su lado estaba Santiago, observando lo que sucedía en el salón.

—Tú deberías saber de eso —respondió ella fríamente—. ¿No eres un trovador? Santiago la miró, divertido.

—Me estás tuteando. ¿Sabes que soy un noble?

—En primer lugar, no lo pareces. Y, en segundo lugar, creo que, después de nuestro primer intercambio de impresiones, tenemos la suficiente confianza como para ahorrarnos las formalidades.

—Tienes razón —sonrió Santiago, frotándose la mejilla al recordar aquel primer «intercambio de impresiones»—. Y para demostrarte que no te guardo rencor por «impresionarme» con tanta fuerza, me gustaría invitarte a bailar.

Corroboró sus palabras con una exagerada reverencia. Miriam apartó la vista, molesta.

—Olvídalo.

—Eres tan directa con las palabras como con las manos, ¿verdad?

—Está bien, lo diré a la manera de los nobles: mi señor, me siento muy honrada ante vuestra invitación, pero me temo que he de declinar, puesto que mi honor me impide bla, bla, bla.

Santiago soltó una franca carcajada.

—Entonces, ¿vas a quedarte aquí sola toda la noche?

—El que no quiera bailar contigo no significa que no vaya a bailar con nadie más.

—¿Estás esperando a que Marco te saque a bailar? Me parece que no es tu noche, Miriam. Está fascinado con Rosalía.

—Para tu información, el príncipe no me interesa.

—Pues no dejas de mirarlo.

Miriam alzó la mano amenazadoramente.

—¿Quieres que sigamos intercambiando impresiones?

—¡Eres una doncella muy violenta! ¿Nadie te lo había dicho?

Miriam bajó la mano.

—No soy delicada y refinada como otras, ya lo sé. ¿Y qué?

—No, no eres como las otras. Sospecho que eres mucho más inteligente que Ángela y sus amigas, y eso me lleva a preguntarme qué diablos haces aquí, toda emperifollada.

—Vuelves a insultarme.

—No era mi intención. Sólo quería halagarte.

—No eres muy bueno en estas cosas, ¿eh?

—Supongo que no; por eso me lo tomo a risa. Ahora en serio, creo que no tenías muchas ganas de venir a este baile. Creo que, si no hubiese sido por Marco, habrías preferido quedarte en tu torre, con tus libros. Y no lo digo por ofenderte; también yo

he estudiado. Mi padre quería que fuese sacerdote.

—¿En serio? ¿Y qué haces aquí?

—Bueno, me gustan demasiado las damas, aunque me temo que yo no les gusto a ellas. Prefieren a los caballeros altos y fuertes, de los que vencen en las justas y manejan bien una espada. ¿Lo ves? —señaló a un hombre fuerte, de rostro atractivo y penetrantes ojos oscuros—. El duque Alexandro de Alta Roca, el caballero perfecto. Oh, sí, es tan noble —añadió con voz atiplada, imitando a una dama enamorada—, tan fuerte, tan valiente, tan... caballeresco.

—Parece agradable —comentó Miriam, por decir algo.

—¿Agradable? —repitió Santiago con cierto desprecio—. Sólo piensa en sí mismo. Gobierna su territorio con mano de hierro y no tolera que nadie discuta sus órdenes. Vive para guerrear, y si no hay una guerra, o bien se la inventa o bien organiza una justa, un torneo o lo que sea, con tal de pegarle a alguien.

—He oído decir que, después del rey y su hijo, es el caballero de más noble linaje en este reino, porque está emparentado con la casa real francesa. ¿Es verdad?

—¡Mujeres! Sólo os fijáis en el aspecto exterior de los hombres y en su alcurnia.

—¡Eso no es cierto!

—Oh, fíjate en el pobre conde de Castel Forte, no es precisamente el alma de la fiesta —comentó Santiago, cambiando súbitamente de tema—. Tiene un aire tan... deprimido. Tampoco es muy agraciado que digamos y, aunque su tierra tiene gran valor estratégico para el rey, lo cierto es que no es más que un pedrusco poblado por un centenar de campesinos medio salvajes. Evidentemente, nuestro hombre no es el preferido de las damas. Además, resulta un tanto siniestro, ¿no te parece? Tan pálido y amargado...

—No deberías hablar así —le recriminó Miriam con dureza, recordando la conversación que había oído acerca de la desesperada situación de Castel Forte.

—Nada que ver con el hermano del rey, el encantador conde Ricardo de Rosia —prosiguió Santiago sin hacerle caso—. Míralo, rodeado de damas y doncellas. No es un gran luchador, pero es tan elegante, tan cortés y refinado... La baronesa de Torre Bermeja lleva años tratando de cazarlo. Yo diría que lo intentaba incluso antes de quedarse viuda.

—Hablas demasiado. No me extraña que no tengas éxito con las damas: te comportas como un bufón.

Santiago dio un paso atrás con la mano sobre el pecho.

—Ahora sí, me has herido en lo más hondo.

Miriam se apartó de él, irritada, y dio media vuelta para marcharse.

—¿Adónde vas? ¡La fiesta no ha terminado!

—Vuelvo a mi torre, con mis libros —replicó ella.

Salió del salón sin mirar atrás. Santiago no intentó retenerla. Ninguno de los

nobles se percató de que se iba.

Pero no fue a la torre, donde seguramente su padre, que se había retirado después de la cena, seguía examinando los libros de Cornelius, sino que regresó a su habitación y se sentó ante el tocador, alicaída. Echó una breve mirada a la imagen que le devolvía el espejo.

—Padre tiene razón —dijo a media voz—. Yo no soy así.

No se atrevió a decir en voz alta aquello que la preocupaba de verdad: que, si se comportaba como era realmente, el príncipe Marco jamás se fijaría en ella.

Se echó sobre la cama, todavía vestida, para intentar pensar con un poco más de claridad, mientras en el piso de abajo la fiesta continuaba.

Entonces oyó pasos furtivos en el pasillo.



Se descubre el fantasma



e quedó quieta un momento, escuchando. Después, muy despacio y sin hacer ruido, se asomó con precaución al pasillo.

No vio a nadie.

Pero los pasos seguían escuchándose, y se alejaban pasillo abajo. Dispuesta a resolver aquel misterio, se quitó los zapatos y, descalza para no hacer ruido, los siguió.

No tardó en darse cuenta de que, en esta ocasión, el visitante invisible no caminaba en dirección a la torre. Se preguntó, de pronto, si aquel misterioso fantasma podría verla; le entró un ataque de pánico y se pegó a la pared, con el corazón palpitándole con fuerza.

Entonces sintió los pasos justo detrás de ella. Se separó de la pared de un salto y la observó con suspicacia. Sí, los pasos se oían detrás del muro. ¡Pero era un muro exterior! Miriam los siguió, confusa, tratando de asimilar la idea de que alguien caminaba por el interior de la pared... una pared extraordinariamente gruesa.

Lo comprendió.

Corrió tras el misterioso individuo invisible que se alejaba de ella y siguió el sonido de sus pasos hasta el interior de un salón. Se detuvo en la puerta, sin aliento, y llegó a ver una sombra junto a la chimenea. Y de pronto se oyó un sonido extraño, como de algo deslizándose por el suelo... Miriam se ocultó tras la puerta, pero, cuando volvió a asomarse, la sombra había desaparecido.

Miriam se apresuró a acercarse. Se inclinó para examinar la chimenea, pero estaba muy oscuro.

—Buenas noches, mi inquieta doncella —dijo una voz a sus espaldas, sobresaltándola.

Miriam se volvió, asustada. Junto a la ventana había una figura. La luz de la luna iluminaba los rasgos de Santiago.

—¿Qué buscas en la chimenea a estas horas? —inquirió él.

—Me pareció oír algo —replicó ella, de mal humor.

—¿De veras? Pues yo te aseguro que no has oído nada.

Miriam lo miró con suspicacia.

—¿Por qué? ¿Qué estás ocultando?

—Bueno, si insistes tanto, te diré que Darío y Valeria están en el jardín, a solas, y, por supuesto, me han pedido que vigile que nadie se acerque. He entrado aquí porque desde esta ventana se dominan todas las salidas al jardín, y puedo avisarlos en caso de que salga alguien.

—¿Y estás aquí, perdiéndote la fiesta para encubrirlos, porque Darío es amigo tuyo? Me conmueve tu espíritu de sacrificio.

—Bueno, la fiesta no me llamaba mucho la atención. La única doncella que me interesaba se había retirado ya. Por otro lado, Darío es más fuerte y grande que yo. Cuando me pide un favor, no suelo negárselo.

—Eres patético.

—Muchas gracias.

—Y dime... ¿tú no has oído... ni visto nada extraño?

—Si te refieres al fantasma de Cornelius, no, no lo he visto; para eso es un fantasma —bromeó Santiago; Miriam palideció súbitamente, pero estaba demasiado oscuro como para que el joven lo viese—. ¿Por qué lo buscas aquí? Seguro que ronda la torre y...

—¡La torre! —exclamó Miriam de pronto.

Sin una palabra más, echó a correr, dejando atrás al sorprendido Santiago. Subió las escaleras a toda prisa y entró casi sin aliento en la habitación de Zacarías.

—¡Padre! —exclamó.

Miró a su alrededor. La estancia estaba revuelta, y la cámara de los tratados de nigromancia se hallaba abierta de par en par. A Zacarías no se le veía por ninguna parte.

—¡Padre! —repitió Miriam, preocupada.

Esta vez recibió una respuesta: un débil gemido que provenía de algún lugar detrás de una enorme pila de libros. Miriam se precipitó hacia allí y lanzó una exclamación de horror.

Zacarías yacía en el suelo con una fea herida en la cabeza. Miriam se apresuró a limpiarla con su pañuelo. Apreció entonces que tenía varias contusiones en el rostro.

—¡Padre! ¿Qué ha pasado?

—Cor... nelius... —dijo él.

—¡Te dije que cerraras bien la puerta!

—No es... un fantasma.

—Lo sé. No te muevas. Voy a curarte.

—¿Qué diablos...? —dijo de pronto una voz desde la puerta.

Miriam se volvió y vio allí a Santiago, que miraba a su alrededor, desconcertado.

—¿¡Me has seguido!?! —protestó Miriam.

Santiago no se molestó en responder. Acababa de ver a Zacarías y rápidamente corrió junto a ellos.

—¿Qué le ha pasado?

—Eso no importa ahora. Tienes que ayudarme a colocarlo en la cama.

El joven asintió. Entre los dos izaron a Zacarías y lo tumbaron en el lecho. Mientras Santiago le limpiaba la herida, Miriam corrió con presteza al armario donde su padre guardaba sus hierbas. Rebuscó entre sus saquillos hasta que encontró uno que contenía flores de caléndula, otro lleno de hojas de olmo y un tercero en el que quedaba un poco de flor de una planta llamada uva de gato. Lo mezcló todo en un mortero y, añadiendo alguna cosa más, no tardó en elaborar una cataplasma de color amarillento que no olía demasiado bien.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó Santiago al verla aplicar el ungüento a las lesiones de Zacarías.

—Esta mezcla cicatrizará la herida y reducirá la inflamación.

El muchacho la miró, inquieto.

—¿Es... brujería?

—Esto no tiene nada que ver con la brujería. Sólo son plantas. Cualquiera puede recogerlas en el bosque y cocerlas a fuego lento. ¿Qué tiene eso de mágico?

Zacarías abrió los ojos lentamente y arrugó la nariz.

—Uf... caléndula —dijo, al reconocer el olor.

—¿Estás bien, padre? ¿Qué ha pasado?

—Cornelius entró... no, más bien se materializó de la nada. Pareció bastante sorprendido al encontrarme aquí.

—Es porque pensaba que estabas en la fiesta, como todo el mundo —dijo Miriam con gesto grave.

—Me golpeó, y caí hacia atrás.

—Parece que te diste en la cabeza con el canto de la mesa.

—¿Pero cómo llegó hasta aquí?

—Hay un pasadizo secreto en alguna parte —explicó Miriam—. De este modo, Cornelius entra y sale sin que nadie lo vea. Por lo visto, tenía mucho interés en entrar aquí, tal vez para recuperar algo que se dejó olvidado, antes de que nosotros lo encontrásemos. Lo intentó la primera noche y ha vuelto a probar suerte hoy, pensando que la torre estaría vacía.

—Creo... que se ha llevado un libro.

—Lo suponía.

—Miriam... tenemos que averiguar qué volumen ha cogido. Tal vez eso...

—Ni hablar, padre —lo detuvo Miriam, con firmeza—. Necesitas descansar. Me quedaré contigo esta noche y, cuando te recuperes, buscaré ese pasadizo y tú

investigarás sobre ese libro que se ha llevado. Y esta vez cerrarás la puerta con cerrojo, como te dije que hicieras.

Se volvió entonces hacia Santiago.

—Ya has visto algo de lo que pasa aquí —le dijo—. Te contaré el resto, pero debes prometer que no se lo dirás a nadie. Todavía no tenemos todas las respuestas que hemos venido a buscar.

‡ ‡ ‡

Miriam pasó la noche en la torre, pero no durmió demasiado bien. Volvió a soñar con la mujer de la Mandrágora, que no pronunció más palabras que el nombre de la extraordinaria planta. Cuando se levantó al día siguiente, cansada y ojerosa, se encontró con que su padre parecía ya recuperado. Sus heridas habían cicatrizado y, si bien cojeaba un poco como consecuencia de su aparatosa caída, al menos podía levantarse.

—Este lugar no es seguro —dijo ella, mirándolo con preocupación—. ¿Qué vas a hacer si vuelve Cornelius?

—Atrancaré la puerta por la noche, no te preocupes. Aunque no lo creas, sé cuidarme solo. Y ahora, ¿quieres echarme una mano con esto?

Miriam lo ayudó a examinar la cámara de los libros de nigromancia, y Zacarías pronto descubrió cuál era el que faltaba.

—El *Animae Defunctorum* —dijo, muy serio—. Lo estuve hojeando el otro día. Es un tratado sobre la inmortalidad del alma.

—¿Y qué tiene eso de amenazador? —preguntó Miriam, mientras pasaba las páginas de un libro de demonología que incluía dibujos de monstruos ciertamente amenazadores.

—Creo recordar que incluía algunos ritos de magia negra para invocar a los espíritus de los muertos. Y deja ese libro, no es para jovencitas.

—¿Eso es lo que está haciendo Cornelius? —preguntó Miriam, sin hacerle caso—. ¿Invocar fantasmas?

—Me parece que ya sé qué está pasando. Verás, los rituales de los que te hablo sólo los he visto en el *Animae*, pero debían de encontrarse en más tratados.

—Y esos tratados tampoco están aquí —comprendió Miriam.

—Exacto. Esto es lo que creo: Cornelius está trabajando en secreto en alguna parte, y se llevó consigo todos los libros que necesitaba. Todos menos uno. No sé si lo olvidó aquí o simplemente lo dejó porque no era importante para sus experimentos. Pero sí sé por qué ha vuelto por él ahora.

—¿En serio? —Miriam apartó la vista del catálogo de demonios y lo miró con curiosidad.

Zacarías asintió.

—Si mal no recuerdo, al final del *Animae* se incluía una descripción de los rituales necesarios para devolver las almas invocadas a su lugar de origen.

—Es decir... que Cornelius está preparando un gran conjuro y nosotros teníamos el contrahechizo en ese tratado, y por eso se ha arriesgado a volver por él. ¿Es eso?

—Exacto. Imagino que no sabía que su torre iba a ser ocupada por otra persona. Pero se enteró de nuestra llegada, y esa misma noche regresó a buscar lo que se había dejado atrás. No sé si sabía o no que habíamos encontrado su biblioteca secreta. El caso es que volvió a intentarlo anoche, suponiendo que estábamos todos en el baile.

—Y se lo ha llevado —murmuró Miriam a media voz.

—Creo que está preparando algo importante y muy, muy peligroso —afirmó Zacarías con energía, mientras depositaba tres volúmenes sobre la mesa, delante de Miriam—. Y, sea lo que sea, debemos impedir que lo lleve a cabo. Pero estoy seguro de que el ritual de liberación de espíritus debe de mencionarse en algún otro libro más. Tú busca en los *Libros de Morgana*, a ver si encuentras alguna referencia. Yo miraré en las *Necronómicas*. Intuyo que nos enfrentamos a algo muy serio.

En aquel mismo momento, la reina Leonora entró en la habitación y los miró con extrema gravedad. Miriam dio un respingo y ocultó el tratado de demonología bajo un ejemplar de la *Historia Francorum*, mientras se apoyaba sobre los *Libros de Morgana* para que la reina no viese el título.

—Estoy muy disgustada con vos, maese Zacarius —dijo la señora del castillo, muy seria—. Me habéis decepcionado.

—¿De... de veras? —tartamudeó el erudito, muy nervioso.

Miriam también estaba preocupada. Temía que Santiago los hubiese delatado; y, aunque ellos no eran magos, el simple hecho de ser sorprendidos entre tantos tratados de nigromancia podía bastar para que los condenaran a la hoguera por brujos. ¿Qué otra cosa, si no, podía ser tan importante como para hacer que la reina subiese afanosamente todos los escalones de la ruinosa torre para hablar con ellos?

—El sabio Nemesius ha confeccionado una carta *estral* para la reina Viviana —dijo entonces la reina—. Exijo saber por qué yo no tengo nada semejante.

—¿Una qué? —se le escapó a Miriam.

—Una carta *estral* —repitió la reina con energía—. Con las posiciones de las estrellas en el momento de mi nacimiento.

—Una... ¿carta astral? —preguntó Zacarías, algo confuso.

—Eso he dicho. Quiero una carta de esas; poneos a trabajar en ello inmediatamente.

—Pero, majestad, ahora mismo estoy...

—He dicho *inmediatamente* —replicó la reina—. Deseo mostrarle mi carta *estral* a la reina Viviana antes de que regrese a su reino. Aquí tenéis todos los detalles sobre el día en que nací —añadió, tendiéndole un documento cuidadosamente doblado.

—Como deseéis, majestad —capituló Zacarías.

La reina le dirigió una mirada penetrante, como si estuviera esperando algo. El erudito captó la indirecta.

—¡Ah! Hem... *Per ardua ad astra*, majestad: «a las estrellas se llega por caminos difíciles».

La reina pareció satisfecha. Iba a marcharse, pero se detuvo un momento en la puerta.

—Ah, y... aseguraos, maese Zacarius, de que mis estrellas son más favorables que las de Viviana.

Zacarías puso tal cara de desconcierto que Miriam no pudo contener la risa. La reina la miró con severidad.

—Y tú, ¿qué haces aquí? La dama Brígida te está buscando. La justa está a punto de empezar.

—¿La qué? —soltó Miriam, horrorizada.



Una justa accidentada



iriam detestaba las justas.

No comprendía por qué los nobles, tanto caballeros como damas, les concedían tanta importancia. A su modo de ver, era absurdo que dos hombres se enfrentasen de esa manera, lanza en ristre, jugándose la vida simplemente por deporte.

Pero ahora, como doncella de la princesa Ángela, se veía obligada a quedarse sentada en la tribuna, con las demás damas, hasta que las justas terminasen al atardecer. Además, preocupada como estaba por el misterio de Cornelius y su magia negra, no se sentía capaz de fingir que aquello le interesaba lo más mínimo.

Vio desfilar a diversos caballeros, y observó, aburrida e impaciente, los enfrentamientos de unos y otros. Junto a ella, la princesa y sus compañeras parecían estar pasárselo en grande. No había caballero que no acudiese a saludarlas con gentileza, y muchos ofrecían sus victorias a Ángela con la esperanza de que ella les concediese el honor de entregarles una prenda. Miriam observó con interés sus coqueteos con unos y otros, y tuvo que reconocer, con admiración, que para cuando acabase la justa, Ángela habría logrado encender los corazones de todos los caballeros sin comprometerse en absoluto con ninguno de ellos.

—¡Mira, Ángela! —dijo entonces Valeria—. Ya sale tu hermano.

Miriam sintió que el corazón le daba un vuelco, y estiró el cuello para mirar.

El príncipe Marco había hecho su aparición, montado sobre su nuevo caballo. Llevaba una armadura con adornos dorados, y su escudo mostraba la divisa de los caballeros del linaje del rey Héctor: tres grifos rojos rampantes sobre fondo dorado.

—¿Verdad que hoy está especialmente atractivo? —suspiró Isabela.

—Pero si no se le ve la cara con el yelmo puesto —replicó Miriam con desdén.

Las tres la taladraron con la mirada, aunque no se dignaron dirigirle la palabra.

Sin embargo, y por mucho que le pesase, Miriam no podía apartar la mirada de Marco. Lo vio enfrentarse a sus amigos, Darío y Rodrigo, y salir vencedor en ambas ocasiones. En otras circunstancias, habría sentido lástima por Rodrigo cuando,

después de su derrota, se acercó al estrado para saludar a Ángela, y esta volvió la cabeza hacia otro lado, como si no lo hubiera visto. Pero no pudo evitar alegrarse por la victoria de Marco.

El príncipe derrotó luego a una serie de jóvenes caballeros que habían acudido al castillo con motivo de la fiesta. Logró cuatro victorias, dos empates y ninguna derrota.

Miriam distinguió a Santiago un poco más allá. No llevaba armadura, y tampoco se había separado de su querido laúd. La joven se preguntó por qué no justaba. Si era noble, ¿por qué no intentaba comportarse como un caballero más?

Volvió a mirar a Marco y descubrió entonces que un caballero desconocido se había colocado en el otro extremo de la plaza, dispuesto a enfrentarse al príncipe. Su conducta levantó murmullos entre la multitud. Se suponía que Marco sólo debía justar contra caballeros noveles como él, y su nuevo contrincante era, a todas luces, adulto. Miriam se sintió inquieta y miró al rey Héctor, pero este parecía muy ocupado en conversar con el rey Simón.

Con el corazón encogido, Miriam centró su atención en Marco.

El príncipe clavó las espuelas en los flancos de su caballo y salió al galope, con la lanza en ristre. Su contrincante lo imitó.

Miriam sintió que los caballos galopaban al ritmo de su corazón. Cuando los dos estaban a punto de chocar, no pudo evitar cerrar los ojos.

Los gritos de la multitud la obligaron a abrirlos de nuevo. Descubrió entonces que ambos habían roto sus lanzas, pero ninguno de los dos había resultado herido. Cuando Marco se dirigía al extremo de la plaza para iniciar un segundo encuentro, su adversario lo detuvo y lo saludó con cortesía. Después se quitó el yelmo, descubriendo los rasgos del duque Alexandro de Alta Roca. Las damas suspiraron.

Miriam miró a su alrededor y descubrió que Santiago se había ido.

El duque se inclinó brevemente ante el príncipe y se retiró de la justa. Los nobles lo ovacionaron.

Miriam no entendía mucho de aquellos temas, de modo que escuchó lo que decía la gente para poder enterarse de lo que había sucedido. Comprendió entonces que el duque no se había enfrentado en serio al príncipe, sino que simplemente habían hecho lo que los caballeros llamaban «romper lanzas», que era una forma de saludo. Con su actitud, el duque había dejado en muy buen lugar al príncipe, puesto que le había dado la oportunidad de mostrar su valía en público ante un caballero experimentado.

La mirada de Marco se volvió entonces hacia el estrado, y el corazón de Miriam latió más deprisa.

—Atenta, Isabela —susurró Ángela—. ¡Va a venir a ofrecerte sus victorias!

Miriam suspiró imperceptiblemente cuando el príncipe dirigió su caballo hacia el lugar donde estaban ellas y se imaginó, por un glorioso instante, que Marco

confesaba en público que había justado sólo por ella, por la hija de un plebeyo. Pero se obligó a sí misma a volver a la realidad y contemplar, resignada, cómo el príncipe ofrecía su esfuerzo caballeresco a Isabela de Rosia, que mostraba una amplia sonrisa y ya le tendía la mano para que la besase.

Sin embargo, se quedó con la mano en el aire, porque el príncipe pasó de largo y, ante la consternación de las doncellas, se detuvo un poco más allá, frente a la princesa Rosalía, que acababa de asomarse al palco.

—Mi señora —dijo Marco, inclinándose ante ella—, vuestra radiante belleza ha sido para mí una brillante estrella que me ha guiado hasta la victoria. Os suplico que vuestros luminosos rayos consientan rozar mi oscuro y triste corazón, arrancándolo de las profundas tinieblas en las que se halla sin vuestro favor. Os ruego aceptéis que os ofrezca mi esfuerzo de hoy, y perdonéis mi atrevimiento al solicitaros que me admitáis como vuestro caballero.

Miriam contempló la escena con una mezcla de celos, tristeza y regocijo. Parecía evidente que el príncipe estaba fascinado por la hija del rey Simón, para desesperación de Isabela y de Ángela. A pesar de lamentar no encontrarse en el lugar de la afortunada, Miriam no podía evitar alegrarse de la decepción de aquellas engreídas.

Rosalía tendió la mano hacia Marco, sin una palabra, y este la besó.

—¡Esa bruja! —estalló Ángela, en un susurro encolerizado.

—Oh, ¿por qué tenía que venir precisamente ahora? —se lamentó Isabela—. ¡Teniendo tan cerca a una princesa, Marco no se conformará con la hija de un conde!

—El tonto de mi hermano se encapricha con cualquier cosa —dijo Ángela, desdeñosa—. No es la primera vez que ocurre, ya encontraremos la manera de hacerle cambiar de opinión. Lo que me preocupa es el motivo por el cual está aquí Rosalía. Tal vez mi padre haya decidido establecer una alianza sólida con el rey Simón y...

De pronto, Ángela se calló y se volvió hacia Miriam.

—Y tú, ¿qué miras?

—Me limito a asistir con asombro a vuestras astutas intrigas —repuso Miriam con calma—. No dudo que vuestro hermano estará encantado de que le ahorréis el esfuerzo de pensar por sí mismo.

—¿¡Cómo te atreves!?! —bramó la princesa, levantándose de un salto.

—¡Alteza! —intervino la dama Brígida, acercándose a toda prisa—. ¿Qué ocurre? La princesa abrió la boca para contestar, pero miró a Miriam y se lo pensó mejor.

—Nada, ama —dijo finalmente.

La sonrisa de Miriam se ensanchó. Si los reyes tenían un verdadero interés en unir al príncipe Marco y la princesa Rosalía, no les gustaría enterarse de que Ángela y sus amigas planeaban estropear sus proyectos. Y Miriam lo sabía.

—Como digas una sola palabra... —le advirtió Isabela entre dientes, cuando el ama se alejó.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Valeria—. ¿Quién es ese caballero?

Todos centraron su atención en el caballero que acababa de entrar en la plaza. Llevaba una armadura que antaño había sido dorada, pero ahora parecía vieja y algo mohosa. Sin embargo, su porte era extraordinariamente altivo e imperioso. Sobre su escudo se distinguía claramente la figura de un león dorado.

Todos los asistentes a la justa parecían tan desconcertados como las doncellas. Por lo visto, nadie conocía al misterioso caballero.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Isabela, preocupada.

Nadie contestó, pero todos estaban pendientes del desconocido, que se había colocado en un extremo de la plaza, frente al príncipe Marco. Miriam dedujo que quería romper lanzas con él. «Supongo que es lógico», se dijo, «si acaba de llegar y quiere saludar al homenajead». Pero se dio cuenta de que Marco parecía un tanto inseguro. Sin embargo, lo vio situarse en posición y colocar la lanza en ristre.

Los dos caballeros picaron espuelas al mismo tiempo, y sus caballos salieron disparados. Miriam contuvo el aliento.

—Oh, no —dijo de pronto Ángela—. ¡Va a pelear en serio!

En ese mismo momento se produjo el choque, y fue brutal. La lanza del caballero desconocido golpeó el peto del príncipe con inusitada violencia, derribándolo del caballo y lanzándolo al suelo con estrépito.

Miriam gritó y se levantó de un salto. El público también.

El oponente de Marco hizo volver grupas a su caballo y se preparó para cargar de nuevo contra el príncipe caído. Las damas chillaron aterrorizadas, y los hombres lanzaron gritos de indignación.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —aullaba el rey Héctor, mientras bajaba a toda prisa del palco.

Varios caballeros se colocaron entre Marco y el desconocido para proteger al muchacho, que no se movía. Aquello no detuvo al jinete, que picó espuelas y se lanzó a la carga.

Pero entonces, súbitamente, tiró de las riendas e hizo frenar en seco a su caballo. Miró a su alrededor, como si no supiera muy bien dónde se encontraba. El yelmo impedía ver la expresión de su rostro, aunque, a juzgar por su actitud, parecía claramente desconcertado.

Miriam no aguantó más. Empujando a Valeria, que protestó, bajó del palco a toda velocidad.

Los caballeros que protegían al príncipe inconsciente avanzaron hacia el caballero desconocido, que retrocedió un tanto, sacudió la cabeza y salió huyendo. León, el capitán de la guardia del castillo, lanzó un grito amenazador, picó espuelas y salió

tras él seguido de varios caballeros, que pronto se alejaron hacia el bosque, en persecución del caballero misterioso.

—¡He oído hablar de él! —dijo alguien—. ¡Es el Caballero del León Dorado! Dijeron que había muerto durante la Cruzada...

Miriam alcanzó al príncipe y se arrodilló junto a él. Le subió la visera del yelmo y lo miró con ansiedad.

—¿Alteza? —susurró.

Marco abrió lentamente los ojos. Miriam suspiró, aliviada.

—¿Qué... ha pasado?

—No os mováis, alteza —respondió ella, con un nudo en la garganta—. Creo que os habéis herido en la cabeza.

Una multitud se había congregado en torno al cuerpo del príncipe.

—¡Dejadme pasar! —se oyó la voz de Nemesius—. ¡*Cedant arma togae*, «que las armas se retiren ante la toga»!

Miriam cruzó una mirada con Marco y se volvió hacia Nemesius, pero alguien la cogió del hombro y la separó del príncipe.

—¡Santiago! —exclamó, furiosa—. ¡Suéltame!

—Sígueme —dijo él, muy serio—. Tenemos que averiguar quién es ese caballero.

—¡Pero Marco está herido! —protestó Miriam, intentando regresar junto al príncipe—. Tengo que...

—Yo me ocuparé —dijo entonces Zacarías, avanzando hacia ella—. Ya sabes, *omnis turba mala, medicorum pessima*.

—«Toda multitud es mala, pero la peor es una multitud de médicos» —tradujo Santiago, sonriente—. Maese Zacarius, empezáis a hablar como Nemesius.

—No es verdad —repuso Zacarías, molesto—. Marchaos y tratad de encontrar a ese caballero asesino. Pero tened cuidado.

Aunque Miriam vaciló, Santiago tiró de ella y se la llevó de allí. Momentos después, los dos se alejaban del castillo a lomos de un caballo que Santiago conducía, siguiendo las huellas del caballero misterioso. Se encontraron por el camino con el grupo dirigido por León, que volvía al castillo.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Santiago, tirando de las riendas de su caballo.

León sacudió la *cabeza*.

—Lo hemos perdido en el bosque. ¡Maldita sea! ¿Cómo está el príncipe?

—Consciente —respondió Santiago—. No sé nada más.

León estaba demasiado preocupado como para preguntarse a dónde se dirigían Miriam y Santiago. Los dos jóvenes se separaron de los caballeros y siguieron su camino. Se adentraron en el bosque a pie, llevando al caballo de la rienda. Mientras avanzaban, los dos miraban a su alrededor, en busca del fugitivo.

—¿Qué haremos si lo encontramos? —susurró Miriam.

—Enfrentarnos a él.

—Pero ¿cómo? —replicó ella, conteniendo su enfado—. ¡Si ni siquiera llevas armas! ¿O es que piensas pegarle en la cabeza con el laúd?

—Buena observación —reconoció Santiago, algo avergonzado.

—Como caballero no vales gran cosa, ¿sabes?

—Habló la doncella perfecta —respondió él, malhumorado.

—Yo no nací noble —replicó ella, picada—. Tú, sí.

—Hay una gran diferencia entre ser el primogénito y ser un segundón —casi gritó él—. Si fueses una dama, lo sabrías, aunque me parece que todas las mujeres entendéis de estas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro: el hijo mayor es el que hereda todas las posesiones, ¿de acuerdo? Por eso las damas sólo se fijan en los primogénitos.

—¡Eso no es cierto! Ya te dije que si las chicas no te hacen caso es porque eres un bufón.

—¡No soy un bufón! ¡Yo no tengo la culpa de que me educaran para otra cosa!

—Entonces te has equivocado de sitio. Deberías haberte quedado en el convento.

—Sí, debería haberlo hecho —replicó Santiago—. Pero ¿sabes qué pasa cuando los dos hermanos mayores de uno mueren en una guerra? Pues que tu padre se acuerda de pronto del hijo debilucho que destinó a la Iglesia, del hijo que nunca contó para él, y te saca de la escuela catedralicia para que seas, de pronto, un buen caballero que gobierne sus tierras tras su muerte. Y poco importa que jamás hayas aprendido a justar o a manejar una espada; tienes que hacerlo y punto, y tus opiniones al respecto cuentan más bien poco.

No añadió nada más, pero Miriam notó que temblaba de rabia.

—Yo... lo siento, Santiago —dijo, avergonzada—. No quería herirte. ¿Santiago? —repitió, al ver que él no contestaba—. Háblame.

Santiago se llevó un dedo a los labios indicando silencio y le señaló un matorral que se movía un poco más allá. Los dos se quedaron quietos, con el corazón palpitándoles con fuerza. El arbusto se movió de nuevo. Santiago tiró de Miriam hasta ocultarse con ella tras un árbol.

Entonces, de entre los arbustos salió un pequeño ciervo. Santiago sonrió.

—Vaya susto nos ha dado, ¿eh?

Miriam no lo escuchaba. Seguía mirando al ciervo, que avanzaba hacia ellos sin temor.

—Quiere decirnos algo —susurró.

—Miriam, es sólo un ciervo.

El ciervo llegó junto a ellos y miró fijamente a Miriam. A los ojos.

—Los ciervos no se comportan así —aseguró Miriam.

Caminó hacia el animal, que no se movió.

—Estamos aquí —le dijo con suavidad—. ¿Qué es lo que quieres?

El ciervo dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Lo ves? —dijo Santiago.

Miriam no le hizo caso. Lentamente, echó a andar tras el ciervo.

—¡Miriam, no es momento para jugar!

El ciervo se detuvo un poco más allá y se volvió para mirarlos... como si quisiera asegurarse de que lo seguían, pensó Miriam con un estremecimiento. De manera que fue en pos del animal, sin escuchar a Santiago, que avanzaba tras ella refunfuñando.

Al cabo de un rato, el ciervo se detuvo de nuevo y volvió la cabeza hacia un lado, como señalándoles algo. Miriam miró, y vio la figura del Caballero del León Dorado vagando a caballo entre los árboles.

—Gracias —susurró la chica, colocando la mano sobre la cabeza del ciervo.

—Es muy manso —comentó Santiago, sorprendido.

Alargó la mano para acariciarlo, pero el ciervo retrocedió, asustado, y se alejó hacia lo más profundo del bosque.

—¿Qué demonios...? —empezó Santiago; entonces vio a lo lejos al Caballero del León Dorado, y miró a Miriam con cierto temor—. ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no he hecho nada —replicó ella—. Y baja la voz: puede oírte.

Los dos se acercaron en silencio y se asomaron tras unos matorrales, con precaución.

El misterioso caballero parecía realmente desconcertado. No había bajado del caballo todavía, pero avanzaba al paso por el bosque, como si no estuviera seguro de dónde se encontraba. De pronto volvió la cabeza hacia el lugar donde se ocultaban los dos jóvenes, y Miriam no pudo reprimir una exclamación. El caballero reparó en ellos e hizo avanzar su caballo unos pasos. Santiago se colocó ante su compañera, en ademán protector.

Entonces, el Caballero del León Dorado negó con la cabeza y alzó la mano, como si se estuviera despidiendo.

Y cayó estrepitosamente del caballo, que relinchó, asustado, y se alejó de él.

Miriam y Santiago corrieron hacia el caballero, al ver que no se movía.

—Ayúdame a quitarle el yelmo —dijo Miriam—. Tenemos que ver si sigue vivo.

Santiago tiró del yelmo, pero fue necesaria la colaboración de los dos para poder separarlo del resto de la armadura.

—Ya está —dijo Miriam, satisfecha—. Ahora...

Pero calló, horrorizada. También Santiago se había quedado sin habla.

No había ningún caballero. La armadura no era más que una cáscara vacía.



Caballeros espectrales



e digo que la armadura se movía sola! —casi gritó Miriam, muy nerviosa—. ¡Parecía cosa de brujería!

—Y sin duda lo era, Miriam, pero cálmate ya —respondió Zacarías, mientras pasaba las páginas de uno de los grimorios—. No sé cómo han podido encantar una armadura para que se mueva como un ser humano, pero lo descubriré.

—¿Y por qué no se lo decimos al rey? —propuso Santiago, que estaba cómodamente sentado sobre la mesa.

—No, eso es inconcebible —replicó Zacarías, algo perplejo—. Los asuntos sobrenaturales deben tratarse con sumo cuidado. No creo que el rey esté preparado para luchar contra algo como lo que nos enfrentamos.

—¿Por qué no? Tiene mucha experiencia en la lucha contra la brujería. No se ha visto un brujo en este reino desde hace muchos años.

—¿En serio? —replicó Miriam—. ¿Y qué me dices de Cornelius? Siento decepcionarte, Santiago, pero la mayor parte de los que se dedican a cazar brujas jamás han visto una de cerca. Te sorprendería saber la cantidad de gente inocente que ha muerto en la hoguera.

—Por no hablar del hecho de que hay muchas clases de brujería —añadió Zacarías—. No todos los magos son nigromantes. Hay personas que utilizan la magia para hacer el bien.

—Me cuesta creerlo —disintió Santiago, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir... ¿no se supone que la magia proviene del diablo?

—¿Ves? Eso demuestra lo poco que sabes —respondió Zacarías amablemente—. Hay muchas clases de magia, y es necesario estar bien informado antes de embarcarse en una caza de brujas.

—Por ejemplo —añadió Miriam—, imagínate que ahora mismo entra el rey y nos ve con todos estos libros de nigromancia. ¿Qué crees que pensaría? Pero lo cierto es que, aunque mi padre sepa mucho sobre el tema, ni él ni yo somos brujos. ¿Verdad

que no, padre?

—Eh... —vaciló Zacarías—. Mejor será que nos centremos en el problema que ahora nos ocupa. Cornelius nos lleva mucha ventaja.

—¿Queréis decir que Cornelius está detrás de lo de la armadura andante? —preguntó Santiago—. ¿No se suponía que se dedicaba a invocar espíritus o algo así?

—¡Un momento! —exclamó Miriam, recordando algo de repente—. En la justa... alguien dijo que el Caballero del León Dorado había muerto durante la Cruzada.

—Sí, eso pasa a menudo —respondió Santiago—. Muchos caballeros desaparecen durante cierto tiempo y se les da por muertos, pero algunos no lo están y...

—¿Y si este lo estuviera? —interrumpió Miriam—. Quiere decir...

—¡Un caballero espectral! —exclamó Zacarías, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Los dos jóvenes lo miraron como si se hubiese vuelto loco.

—Eh... padre... —vaciló Miriam—. ¿Qué es un caballero espectral?

—Es un caballero fallecido cuyo espíritu es invocado y obligado a regresar al mundo para seguir peleando. Al carecer de cuerpo, el alma conjurada se introduce en la armadura que solía llevar en vida, y de esta manera logra interactuar con los vivos, que de lo contrario no lo verían ni oirían.

—Es decir, que un caballero espectral es una armadura ambulante —sintetizó Miriam.

—Pero ¿por qué querría alguien revivir viejas glorias? —preguntó Santiago—. ¿Qué es lo que busca?

—Es evidente —respondió Miriam—. Envió al Caballero del León Dorado a matar al príncipe. Todos lo vimos.

—Sí, pero, entonces, ¿por qué no lo hizo? Marco se llevó un buen golpe, pero se recuperará, ¿y sabes por qué? Porque el caballero cambió de idea y se fue. Podría haberlo matado en aquel momento, pero no lo hizo. ¿No lo viste? Oh, claro, no pudiste verlo —añadió con cierto sarcasmo—, estabas encima de Marco...

—¡Yo no estaba encima de Marco! —se enfadó Miriam—. ¿Pero quién te has creído que eres? El hecho de que tu padre sea el dueño de un torreón y un puñado de casas no te hace superior a mí.

—Pero sí me hace inferior a Marco, ¿verdad? Siento decirte esto, pero... ya deberías haberte dado cuenta de que él ni siquiera sabe que existes.

—¡Eso no es verdad! —estalló Miriam.

—¡Basta ya! —intervino Zacarías—. Santiago tiene razón: el Caballero del León Dorado cambió de opinión y se fue.

—¿Y por qué es eso tan importante?

—Porque los Caballeros espectrales están esclavizados a la persona que los ha

invocado. Sólo oyen su voz, y sólo obedecen sus órdenes. Y, si la misión de este caballero en concreto era matar al príncipe, no me explico por qué se detuvo sin acabar con su cometido.

—Parecía confuso —recordó Santiago—. Como si no comprendiese del todo qué estaba haciendo él allí. Y cuando lo vimos en el bosque, nos hizo una seña. Como si se despidiese.

—Probablemente, su alma regresó al lugar del que procedía, dejando la armadura vacía de nuevo. Tal vez, de alguna manera, Cornelius perdió el control sobre el Caballero del León Dorado y este volvió a pensar por sí mismo. Por eso abandonó la justa.

—¿Y por qué Cornelius no pudo controlar al Caballero del León Dorado?

—Me parece que todavía está experimentando. No es sencillo despertar a un caballero espectral. Probablemente necesita algo más de práctica. Pero, cuando domine la técnica...

Zacarías no terminó la frase.

—Los campos de batalla están llenos de restos de caballeros fallecidos —dijo Santiago a media voz—. ¿Queréis decir que Cornelius podría formar un ejército de armaduras vacías que, sin embargo, luchan igual que cualquier caballero vivo?

—Igual, no. Mejor —puntualizó Zacarías—. Tened en cuenta que no se puede matar a un espíritu. Sería un ejército invencible.

Hubo un largo silencio.

—Bien —dijo Miriam finalmente—, lo hemos logrado. Por fin hemos descubierto cuáles son los planes de Cornelius. Pero ¿por qué será que eso no me hace sentir mejor?

—No conozco ninguna manera de pararlos —añadió Zacarías—. Tal vez existía un contraconjuro en el *Animae Defunctorum*, pero Cornelius se lo ha llevado, y no sé dónde puedo encontrar otro ejemplar. Creo recordar que se mencionaba el tema en el *Liber Tenebrarum*...

Sacó un grueso volumen de la estantería de los libros de nigromancia y lo dejó caer sobre la mesa. Los chicos esperaron mientras Zacarías pasaba las páginas.

—Ajá, aquí está... Lo que os decía: caballeros espectrales, fantasmas de guerreros muertos en combate que son invocados por un nigromante muy poderoso y están sometidos a su voluntad, actuando en el mundo de los vivos a través de sus armaduras... Hum... muy interesante...

—¿Qué? —preguntó Miriam, impaciente.

—Aquí dice que el ejército de los caballeros espectrales necesitaría un capitán. Un capitán vivo. Pero Cornelius, por lo que yo sé, no ha sido entrenado como caballero. ¿Cómo piensa guiarlos?

—Tal vez estemos sacando las cosas de quicio —dijo Santiago—. Tal vez no

busque formar un ejército, sino que se conforma con un solo caballero espectral...

—O tal vez tenga un aliado en el castillo —dijo Miriam—. Un caballero. Alguien que odie al rey Héctor, o al príncipe Marco. Como... ¡como el conde de Castel Forte!

Les contó en pocas palabras la conversación que habían mantenido el rey Héctor y el conde Gregor de Castel Forte.

—Bien —dijo finalmente Zacarías, pensativo—. Podría ser, pero no podemos estar completamente seguros. Veamos qué más dice el *Liber Tenebrarum*...

Siguió pasando las páginas con cuidado. Miriam y Santiago se acercaron a él con curiosidad y aguardaron, expectantes.

—No puedo creerlo —soltó Zacarías al cabo de un rato—. ¡Será canalla!

—¿Qué? —preguntó Miriam, espiando el *Liber Tenebrarum* por encima de su hombro—. ¡No! —exclamó ella también, horrorizada.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber Santiago, inquieto.

Zacarías le mostró el libro abierto.

—Ese miserable ha arrancado varias páginas del *Liber* —dijo, con gesto torvo—. Le haré pagar por este crimen.

Santiago echó un vistazo a Miriam, que, muy afectada, acariciaba las cubiertas del volumen como si quisiese consolarlo.

—Me estáis asustando —dijo, inseguro.

—Esto no es lo peor. —Zacarías le tendió el *Liber Tenebrarum*—. Estas son las páginas donde se mencionaba el contrahechizo que detendría a los caballeros espectrales. Estaba claro que Cornelius no quería dejar ningún cabo suelto.

—Eso significa que estamos como al principio —gruñó Santiago—. No os ofendáis, maese Zacarius, pero creo que esos libros no nos servirán de mucho. Mejor será que vigilemos el lugar donde Miriam vio a Cornelius, por si sale otra vez y averiguamos cómo se entra en ese pasadizo.

—Es muy peligroso —se opuso Zacarías—. Buscad el pasadizo si queréis; pero, si lo encontráis, no os internéis por él. Recordad que estamos hablando de un nigromante muy poderoso, de alguien que ha logrado invocar a un caballero espectral.

—Lo tendremos en cuenta —asintió Miriam.

—Bien, pues yo seguiré consultando mis libros —replicó Zacarías, mirando a Santiago algo ofendido—. Y ahora, a trabajar. No tenemos mucho tiempo y, cuanto antes empecemos, mejor. El comienzo es la mitad de todo: *Inápere dimidium est*...

—Padre —protestó Miriam—, guarda tus latinajos para Nemesius.

Momentos después, ella y Santiago estaban examinando la chimenea del salón hasta donde Miriam había seguido a Cornelius.

—¿Estás segura de que lo viste por aquí? —preguntó Santiago al cabo de un rato.

Habían palpado cada centímetro de pared y manipulado cada saliente, pero, si

había allí algún tipo de pasaje secreto, estaba muy bien escondido.

—Tal vez esté dentro de la chimenea —comentó Miriam, y se arrodilló para asomarse a su interior.

Estaba examinando las paredes de la chimenea cuando la sobresaltó una voz conocida.

—¡Estás aquí, Santiago! Te hemos estado buscando.

En aquel momento, una nube de hollín cayó sobre Miriam, que lanzó una exclamación ahogada. Se incorporó, entre toses y jadeos, y se golpeó la cabeza contra la parte superior de la chimenea. Cuando, frotándose la cabeza, logró ponerse de pie, deseó que se la tragara la tierra.

Ante ella se hallaba el príncipe Marco, con un brazo en cabestrillo y un vendaje en la cabeza, pero con buen aspecto en general. Y ella había sido sorprendida en una situación bastante poco airosa, despeinada y sucia de hollín.

Sin embargo, lo peor de todo fue que Marco no la miró ni una sola vez. Le dijo a Santiago que tenía que hablar con él, y los dos quedaron para un rato después. Miriam, sin atreverse a mirar al príncipe, escuchó, sin embargo, todas y cada una de sus palabras. Y, cuando Marco se marchó, ella sintió que una parte de su corazón se iba con él.

—Estás enamorada —dijo Santiago.

—No es verdad.

—Claro que sí. Y sufres porque él piensa en otra persona. Créeme; sé de qué estoy hablando.

—¿De verdad? —replicó ella, irritada—. Lo dudo. No te tomas nada en serio. ¿Cómo vas a saber lo que es el amor?

Se volvió para marcharse, pero Santiago la retuvo por el brazo y la miró a los ojos.

—Sé de qué estoy hablando —repitió.

Y Miriam lo comprendió.

Pero eso no le hizo sentir mejor. Furiosa, se apartó de él y corrió a su cuarto.

Obviamente. Santiago no podía estar hablando en serio. No era más que otra de sus bromas.

Miriam hervía de indignación. Estaba claro que el joven trovador seguía tratando de incomodarla, de dejarla en ridículo. Y, aunque no era así... ¿qué era lo que pretendía? ¿Jugar con ella para luego ir a rondar a otra muchacha?

«Haré como que no he oído nada», decidió por fin. «Tengo cosas más importantes que hacer que prestar atención a las bromas de un bufón».

Como, por ejemplo, tratar de resolver el misterio de Cornelius.

Resolvió ir a visitar a su padre en la torre para ver si había averiguado algo nuevo; en el pasillo se encontró con la princesa y sus doncellas. Ángela e Isabela

trataban de consolar a Valeria, quien, por lo visto, había roto con Darío. Miriam prosiguió su camino hacia la torre sin detenerse, preguntándose por qué Valeria armaba tanto escándalo por una relación que sólo había durado dos días. «Son tan caprichosas», pensó. «No saben lo que es el amor. Si yo tuviese la suerte de ser correspondida, no me rendiría tan fácilmente».

Al girar una esquina tropezó con alguien. Iba a murmurar una excusa, pero las palabras murieron en sus labios.

Era el príncipe Marco.

Desesperada, buscó algo inteligente que decir, pero no se le ocurría nada. Por suerte, fue Marco quien habló.

—Tú eres la hija del sabio —dijo.

—S-sí, alteza, así es.

—Y sabes muchas cosas, ¿verdad? Quiero decir que has estudiado.

—Un poco —respondió Miriam con precaución; todavía no sabía qué opinaba el príncipe sobre las doncellas «leídas», como había dicho el rey.

—¿Crees que podrías enseñarme?

Miriam se quedó con la boca abierta. La cerró inmediatamente al ver que Marco fruncía el ceño.

—Quiero saber cosas —explicó Marco—. Ya sabes, algo más aparte de... de... justas, caballos, espadas, armaduras... No quiero ser un... vanidoso ignorante —añadió, como si repitiera algo que había oído en alguna parte.

—Alteza, yo no creo que vos seáis...

—¿Puedes enseñarme o no?

Miriam vaciló.

—¿Os referís a materias como gramática, retórica, historia, medicina, teología...?

—Medicina y teología, no —replicó Marco rápidamente—. Quiero hablar mejor, y saber algo de latín y de historia, y no parecer estúpido por no saber quién fue Cicerón. ¿Puedes ayudarme?

Miriam sonrió ampliamente. Aquello parecía un sueño hecho realidad.

—Por supuesto, alteza —respondió.

Subió a la torre feliz y ligera como una nube de verano. «Santiago estaba equivocado», pensó. «¡Marco sabe que existo!». Incluso podía ser, dijo una vocecita en su mente, que las clases fueran sólo una excusa para acercarse a ella...

Zacarías no había averiguado nada nuevo, de modo que Miriam cogió de su biblioteca algunos manuales que necesitaba para aquella tarde y salió de la habitación.

A la vuelta pasó por la habitación donde creían que estaba la entrada al pasadizo secreto y encontró a Santiago allí todavía, examinando por enésima vez cada centímetro de pared. Miriam dejó los libros sobre una mesa para ayudarle.

—Por lo que has contado —dijo él al cabo de un rato—, estoy casi convencido de que la entrada secreta está junto a la chimenea. Pero no entiendo por qué no la hemos encontrado. ¿Tú qué opinas, Miriam?

—¿Eh? —dijo ella, como si cayese de las nubes.

—El pasadizo... bah, es igual, olvídalo. Está claro que no puedes pensar en otra cosa que no sean esas clases con Marco —añadió, echando un rápido vistazo a los libros.

—¡No estoy...! ¡Un momento! ¿Y tú cómo sabes eso?

—Mira, me alegro por ti —dijo Santiago, sin responder a la pregunta—, pero no te hagas ilusiones: Marco está interesado en ser un poco menos bruto de lo que es porque Rosalía le rechazó esta mañana, después de la justa.

—¿Que Rosalía...? —Miriam no pudo completar la frase; el rostro se le iluminó.

—Por lo visto, ella se dio cuenta de que nuestro príncipe no ha leído mucho que digamos, y tiene una conversación que dista mucho de ser interesante. Por eso Marco te ha pedido que le des clases; y debe de estar muy enamorado para tomarse tan en serio lo que ella le ha dicho. Así que no te lo tomes a mal, pero él... bueno, no está interesado en ti.

—No te creo —replicó Miriam, airada—. Dices eso porque estás celoso.

Santiago retrocedió un paso y le dirigió una mirada herida.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Miriam no contestó. Recogió sus libros y salió de la sala sin una palabra. Después se alejó escaleras abajo en dirección a la sala en la que había quedado con Marco.

Las Guardianas del Bosque



l príncipe la hizo esperar un buen rato, pero finalmente apareció (el corazón de Miriam se puso a dar brincos como loco). La chica lo recibió con una sonrisa.

—¿Qué has preparado? —preguntó Marco, devolviéndole la sonrisa (el corazón de Miriam se derritió como si fuese de mantequilla).

—Oh... algo de gramática latina, para empezar —respondió ella—. Y las crónicas de Casiodoro, para repasar la historia. Si quedara tiempo, podríamos ver algo de Virgilio, Horacio o Aristóteles.

—Me parece bien. No me gusta mucho leer, pero haré un esfuerzo.

Marco se sentó junto a ella (el corazón de Miriam se estremeció de emoción) y echó un vistazo a los libros.

—¿Cuánto tardaré en poder hablar como un hombre instruido?

—Pues... eso depende de con cuánta dedicación estudiéis, alteza. En unos meses...

—¿Meses? —cortó Marco, frunciendo el ceño—. Sólo tengo dos días.

—¿Dos días? —repitió Miriam, sin comprender—. ¿Por qué?

—Porque, dentro de dos días, Rosalía se irá —explicó Marco (el corazón de Miriam fue súbitamente atravesado por un puñal invisible)—. Y tengo que demostrarle que no soy ningún «vanidoso ignorante». Sé que, si su padre le dice que se tiene que casar conmigo, ella no podrá negarse. Pero, aun así, quiero que me respete, quiero demostrarle que no soy un estúpido. Por eso necesito que me des clases, aunque esto debe ser un secreto entre nosotros dos. No quiero ni pensar en lo que diría la gente, y en especial Rosalía, si supiera que estoy recibiendo enseñanzas de una mujer. ¿No estás de acuerdo...? —se detuvo un momento y la miró—. ¿Cuál era tu nombre?

El corazón de Miriam se rompió en mil pedazos.

Aquella noche, pretextando una jaqueca, Miriam no bajó a cenar. Se acostó temprano, metió la cabeza bajo las sábanas y se puso a llorar suavemente. Al final,

agotada, se durmió.

Se despertó a medianoche, con el corazón palpitándole con fuerza. Había vuelto a soñar con la mujer de la Mandrágora. Se levantó, temblando, y se asomó a la ventana para tranquilizarse. El desengaño que había sufrido aquella tarde todavía le destrozaba el corazón. Suspiró, pensando en Marco, mientras la luna llena brillaba en el cielo nocturno.

«Luna llena», pensó, recordando lo que había leído en los tratados de botánica. «La noche ideal para recolectar Mandrágora».

Mandrágora. Filtros de amor.

Alzó la cabeza, con un nuevo brillo de decisión en su mirada. Si aquella era la única manera de lograr que Marco se enamorase de ella...

Rápidamente se vistió con sus viejas ropas, se echó la capa sobre los hombros y salió de la habitación.

Recorrió en silencio los pasillos desiertos del castillo. No sabía si Cornelius rondaba por allí aquella noche, y tampoco le importaba. Ahora estaba segura de que Santiago tenía razón cuando le había dicho que Marco ni siquiera sabía que existía. Y, en aquellos momentos, eso era lo único en lo que podía pensar. «Pero se acabará», se dijo. «Prepararé un filtro de amor con la raíz de la Mandrágora, y Marco se enamorará de mí».

Salió al patio y se detuvo un momento junto a la puerta, decepcionada. El puente levadizo estaba alzado. No podía salir del castillo.

—Debería haber pensado en eso —murmuró para sí misma.

—¿En qué? —dijo una voz a sus espaldas, sobresaltándola—. ¿En que el malvado Cornelius puede estar vagando por los pasadizos del castillo?

—¿Santiago! —susurró, irritada—. ¿Qué haces aquí?

—Vigilaba la supuesta entrada del pasadizo —respondió Santiago—. Ya sabes, la misión en la cual teóricamente ibas a ayudarme. ¿Se puede saber dónde vas?

—Intentaba salir del castillo. Pero pensaba estar de vuelta al amanecer.

Santiago la miró fijamente.

—Miriam, a veces haces cosas muy raras, ¿lo sabías?

—¿Puedes ayudarme a salir de aquí sin que me vean?

—En realidad no debo hacerlo —refunfuñó él—. Pero confío en ti. Sé que, aunque a veces me insultas y te comportas como una niña, no eres mala persona.

—Vaya, muchas gracias —protestó ella.

Santiago dudó un momento.

—Sígueme —dijo finalmente.

Atravesaron el patio del castillo sin muchos problemas. En época de paz, la vigilancia era bastante relajada. La guio hasta un desagüe que atravesaba la muralla en la parte posterior del castillo. Una reja impedía el paso.

—El hueco es pequeño, pero se puede pasar —explicó Santiago mientras tiraba de los barrotes—. Y la reja está suelta, aunque el rey no lo sabe.

Al pronunciar estas palabras, tiró con más fuerza y parte de la reja se desprendió de la pared.

—¿Y no deberíamos decírselo?

—¿Bromeas? —sonrió Santiago—. ¿Y perder nuestra única vía de escape al exterior?

Miriam sonrió.

—Gracias por todo. —Vaciló un momento y añadió—: Siento lo que te he dicho esta mañana. Tú... tenías razón. A Marco le interesa la princesa Rosalía, y no yo. Estaba claro; le dijo cosas muy bonitas en la justa.

Santiago rio por lo bajo.

—¿Quieres que te cuente algo divertido? Rosalía no quedó muy contenta con Marco después del baile; además, sé que Ángela estuvo hablando con ella, e imagino que le contaría muchas cosas desagradables de su hermano. Así que al día siguiente Marco me pidió consejo sobre cómo cortejar a la bella hija del rey Simón. Y le di algunas ideas sobre lo que debía decirle.

Miriam lo miró con asombro.

—¿Quieres decir... que todo aquello sobre la estrella que le guiaba...?

Santiago sonrió.

—Era parte de un poema que yo compuse hace tiempo —reconoció con sencillez—. Gracias a ello, Rosalía cambió de opinión con respecto a Marco, pero no tardó en darse cuenta de que todo había sido un espejismo. Cuando nuestro querido príncipe vino a pedirme ayuda otra vez... —se calló de pronto.

—Tú le hablaste de mí —murmuró Miriam—. A pesar de...

Impulsivamente, lo abrazó.

—Gracias, Santiago. Eres un buen amigo.

—Un amigo —repitió él, separándose de ella suavemente.

Miriam sonrió otra vez y desapareció por el hueco que había dejado la reja desplazada.

—Ten cuidado —oyó que le decía Santiago.

Miriam no contestó.

Sabía que no tenía mucho tiempo, de modo que corrió hacia el bosque sin detenerse y sin mirar atrás. Tenía una cierta idea de dónde podía encontrar la Mandrágora, aunque no se hacía demasiadas ilusiones; apenas conocía aquel bosque, y ni siquiera sabía si crecían Mandrágoras en él.

Recorrió la espesura bajo la clara luz de la luna, aún moviéndose como si estuviese en un sueño. A lo lejos aulló un lobo, pero no tuvo miedo. Sabía, de alguna manera, que estaba donde debía estar, sentía como si el bosque la hubiera llamado, y

en aquellos momentos ese sentimiento prevalecía incluso por encima de su deseo de elaborar un filtro de amor para Marco.

Era un pensamiento extraño y turbador. Trató de apartarlo de su mente y concentrarse en la Mandrágora. Había hallado en los tratados alguna pista sobre dónde encontrarla, pero sabía que no iba a ser sencillo.

El lobo aulló de nuevo. En esta ocasión, Miriam se detuvo y alzó la mirada.

Y la vio.

Era una figura oscura y encapuchada que avanzaba hacia ella desde las sombras. Miriam retrocedió unos pasos, pero no huyó. Conteniendo el aliento, esperó a que el desconocido se retirase la capucha del rostro.

La luz de la luna iluminó los rasgos de una mujer.

—Bienvenida —dijo—. Te esperábamos.

Miriam retrocedió un paso más.

—¿Quién eres?

—Somos las Guardianas del Bosque —dijo otra voz—. Las hijas de la madre Tierra. Las cuidadoras de la floresta y sus habitantes.

Miriam miró a su alrededor. Más mujeres avanzaban hacia ella desde las sombras.

—¿Las Guardianas del Bosque? He oído hablar de vosotras. Conocéis a mi padre.

—Conocemos a tu padre —dijo una tercera mujer—. Y conocimos a tu madre. Por eso sabíamos que tarde o temprano vendrías a nosotras.

—No lo entiendo. Yo sólo he venido a recolectar Mandrágoras.

Las mujeres callaron.

—¿No hay Mandrágoras en este bosque? —preguntó ella, inquieta.

—Sí —asintió la primeraGuardiana—. Pero es una planta muy venenosa. ¿Lo sabías?

—Una planta muy venenosa —repitió Miriam—, que también posee virtudes curativas.

Las Guardianas no dijeron nada. Lentamente, dieron media vuelta y comenzaron a alejarse todas en la misma dirección. Intrigada, Miriam las siguió.

Camaron por los parajes más oscuros y salvajes antes de llegar al corazón del bosque. Entonces, las Guardianas se hicieron a un lado. Miriam avanzó, con precaución, y se quedó sin aliento.

En una húmeda hondonada crecía una docena de plantas bajas, de hojas oscuras y frutos rojizos, parecidos a manzanas pequeñas. La luz de la luna brillaba sobre ellas y les confería cierta aureola mística, sobrenatural.

—La Mandrágora —dijo una de las Guardianas del Bosque— posee grandes poderes. Puede matar a un hombre, pero también curarlo. Puede engendrar amor, pero también odio y muerte. No lo olvides.

Miriam asintió. Avanzó hasta una de las plantas y se dispuso a sacarla de la tierra,

pero la Guardianana la detuvo.

—¡Espera! ¿Conoces el ritual?

—Sí, pero no creí que fuera necesario...

—Aparta —interrumpió ella con cierta dureza.

Miriam no se atrevió a contradecirla. Se retiró un poco. La mujer colocó sus manos sobre la planta, sin llegar a tocarla.

—Madre Tierra, te pedimos permiso para coger esta planta que habita en ti. Prometemos no emplearla para hacer el mal. Juramos devolverte el favor y darte algo a cambio. Madre Tierra, escucha a las Guardianas del Bosque. Haz callar a la Mandrágora.

Las manos de la mujer aferraron entonces el tallo con suma delicadeza. Con un fuerte tirón, arrancó la planta de la tierra.

Y, súbitamente, algo invisible golpeó a Miriam y la hizo retroceder. Con un grito de dolor, se tapó los oídos y cerró los ojos, pero no antes de llegar a ver que la raíz de la Mandrágora se retorció en manos de la Guardianana del Bosque... Entonces, de pronto, la mujer dijo algo en un idioma que Miriam no entendió... y se hizo de nuevo el silencio, y la Mandrágora dejó de moverse.

La mujer la introdujo en un saquito y se la tendió a Miriam.

—Toma —dijo—. Es tuya. Úsala bien.

Miriam vaciló antes de cogerla. Cuando la tuvo en sus manos, no se atrevió a sacarla del saco para mirarla con más detenimiento. Al comprobar, aliviada, que ya no se movía, la introdujo en su propio morral y se aseguró de que quedaba bien cerrado.

—Muchas gracias por todo —les dijo a las mujeres—. Me llamo Miriam.

—Yo soy Malva —respondió la que había extraído la Mandrágora del suelo—. Ahora debes irte, muchacha. Pronto amanecerá.

Miriam asintió. Las Guardianas del Bosque la acompañaron hasta los límites de la floresta. Cuando Miriam divisó por fin el castillo en lontananza, se volvió para despedirse.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó.

—Desde luego —respondió Malva—. Cuando te aceptes a ti misma, acudirás a nosotras para ocupar el lugar que te corresponde.

Miriam la miró con desconfianza.

—¿Qué quieres decir?

—Eres una de nosotras. Pero ya lo sabías, ¿verdad?

—No. —Miriam retrocedió un par de pasos—. No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes —dijo Malva—. Tu madre era una de nosotras, y tú has heredado sus mismos poderes. Su nombre era Belladona.

—No es verdad. Mi madre no se llamaba así. Ese es el nombre de una planta muy

venenosa...

—... que, como la Mandrágora, también posee poderes curativos. Y en cuanto a ti... puede que tu nombre cristiano sea Miriam, pero tienes un nombre secreto, un nombre que, sin duda, has oído a Belladona pronunciar en tus sueños.

—No. —Miriam retrocedió un paso, con aprensión—. Eso no es cierto. Mi madre está muerta.

—Tu madre vive en ti —replicó Malva—. Tu madre te ha traído hasta nosotras. Porque eres una de nosotras, pero también eres especial.

—¡No!

—Sí. Posees los poderes de las Guardianas del Bosque, pero conoces los secretos de la ciencia y el saber que está escrito en los libros. Si aceptas lo que eres, tal vez haya una oportunidad para este reino. Si no lo haces, el mal se apoderará de estas tierras.

—No quiero seguir escuchándote.

Miriam dio media vuelta para marcharse, pero Malva añadió:

—Lo sabes. Siempre lo has sabido. Eres una de nosotras. Eres una bruja. Y tu verdadero nombre es Mandrágora.

Miriam echó a correr hacia el castillo. El aire gélido de la madrugada hería sus pulmones, pero aquel dolor no era nada comparado con el que las palabras de Malva habían provocado en su corazón.

«Tu verdadero nombre es Mandrágora».

«Lo sabes. Siempre lo has sabido. Eres una de nosotras. Eres una bruja».

«Eres una bruja».

«Bruja».



Al final del túnel



iriam desarrolló con cuidado la Mandrágora y la estudió a la temblorosa luz de la vela, conteniendo el aliento.

Era una planta más bien fea. Su raíz era gorda y pardusca, y se bifurcaba, formando algo parecido a la figura de un robusto hombrecillo. Pero no era más que una impresión. La raíz de la Mandrágora no era un homúnculo, ni se movía, y mucho menos chillaba, porque carecía de boca. «Pero yo la he visto moverse», pensó Miriam, sobrecogida. «Y la he oído chillar». ¿O tal vez no había sido más que una ilusión provocada por la magia de las Guardianas del Bosque? Tal vez nunca lo sabría.

«Eres una bruja...».

Miriam sacudió la cabeza. No era una bruja. No quería ser una bruja. Bastante malo era ya ser una chica tan rara y haber leído tantos libros. La gente no la aceptaba por ser diferente... ¿Qué pasaría si, además, se enterasen de que era una bruja? Desconfiarían de ella. La odiarían. La perseguirían. Y, si la capturaban, la quemarían en la hoguera.

«Y mi padre lo sabía», pensó. «Por eso ha tenido siempre tanto interés en que estudie botánica y conozca todos los nombres y propiedades de las plantas».

Y también la había instruido en algunos rudimentos de magia blanca.

No era nada importante, y Zacarías le había asegurado que estudiaban la magia blanca desde un punto de vista estrictamente científico, pero ahora Miriam sabía que no era así.

«De modo que ya habían planeado mi futuro», pensó, con rabia. «¡Y yo que creía que haber estudiado y viajado tanto me permitiría elegir mi propio destino! Pero está visto que no es así. Tanto mi padre como las Guardianas del Bosque tenían ya planes para mí».

Sacudió la cabeza con rabia y reprimió las lágrimas. Recordó entonces las palabras de Santiago: «Y poco importa que jamás hayas aprendido a justar o a manejar una espada; tienes que hacerlo y punto, y tus opiniones al respecto cuentan

más bien poco». No, Miriam no quería ser lo que otras personas querían que fuera. Quería tener la posibilidad de elegir. «Al menos, a Santiago lo obligan a ser un caballero», pensó con amargura. «A mí pretenden obligarme a ser una bruja. Pero no voy a permitirlo».

Se enjugó las lágrimas y se puso de pie, decidida. No iba a ser una bruja. Y tampoco una erudita, como su padre. Sería una doncella.

Tal vez una princesa.

Cogió la Mandrágora, pero, cuando la tuvo en sus manos, titubeó. ¿Un filtro de amor? Las brujas hacían esas cosas. Las princesas no, aunque a veces las utilizaran. Sonriendo, recordó la desgraciada historia del valiente Tristán y la bella Iseo, que se habían enamorado a causa de un filtro de amor. Respirando hondo, volvió a envolver la planta en el paño y sepultó el paquete en el fondo de uno de los cajones de la cómoda, decidida a no utilizarlo, por el momento. Se miró al espejo. «Soy una doncella», se dijo, muy decidida. «No una bruja».

Se lavó la cara para limpiarse las lágrimas y comenzó a peinarse y a maquillarse como le había enseñado María. Acabó un poco antes del amanecer, y entonces recordó que había un salón de costura que estaba orientado al este. Como no tenía sueño, y Ángela y sus doncellas no solían madrugar, Miriam pensó que podía quedarse allí un rato, intentando aprender a bordar.

Asintió con un enérgico cabeceo y un brillo de decisión en la mirada. Sería una doncella, una doncella refinada, hermosa y delicada. De este modo, el príncipe Marco se fijaría en ella.

Cogió su bastidor y salió de la habitación en silencio. Pasó cerca del cuarto donde había estado montando guardia Santiago, y se asomó para ver si lo veía, pero el muchacho ya se había marchado. Miriam dio media vuelta para proseguir su camino, cuando oyó un extraño sonido tras ella. Instintivamente, se pegó a la pared y se ocultó entre las sombras. Y entonces vio cómo se abría un enorme agujero en la pared de la chimenea y una alta figura salía por él. Contuvo el aliento y se retrajo todavía más en su rincón, inquieta. ¡Cornelius había vuelto al castillo! ¿Qué estaba buscando esta vez? Miriam estaba pensando cómo detenerlo, cuando la figura pasó ante la ventana, y la muchacha se quedó muda de asombro.

No era Cornelius.

Era el duque Alejandro de Alta Roca.

Miriam inspiró, sorprendida, y el duque se detuvo y miró a su alrededor con suspicacia. Ella contuvo la respiración. Por fin, el duque siguió su camino y salió de la habitación, en dirección al pasillo. La puerta del pasadizo se cerró suavemente tras él.

Cuando se hubo alejado, Miriam se relajó un poco y entró en la habitación. El corazón le latía alocadamente. ¡De modo que el aliado de Cornelius, el capitán que

iba a guiar a los caballeros espectrales a la batalla, era el duque de Alta Roca! Mientras examinaba la pared de donde había visto salir al duque, recuperó de su memoria lo que Santiago, con evidente resentimiento, había dicho de aquel caballero: que sólo le interesaba la guerra, «y, si no hay una guerra, se la inventa», había añadido. ¡Todo encajaba! El duque Alexandro de Alta Roca era el guerrero perfecto, pero el rey Héctor había firmado la paz con el rey Simón, y no había ninguna guerra a la vista. Sin duda, alguien violento y belicoso como el duque de Alta Roca podía llegar a pensar que el rey Héctor era un soberano cobarde y pusilánime, que prefería la paz a la lucha propia de caballeros.

En ese momento, Miriam descubrió un saliente junto a la ventana, tapado por una gruesa cortina, y en el que no había reparado antes. Al haber visto la sombra de Cornelius junto a la chimenea, había dado por sentado que el pasadizo secreto debía de partir de allí. Emocionada, oprimió el saliente con todas sus fuerzas. Al principio no ocurrió nada, de modo que empujó con más brío. Y entonces se oyó aquel extraño sonido, que era como si algo se deslizase por el suelo, y un pedazo de pared se corrió a un lado, revelando la entrada a un túnel que se perdía en la oscuridad.

Entusiasmada por su descubrimiento, Miriam se dispuso a internarse por él, pero se detuvo en la entrada. «Soy una doncella bien criada», se dijo. «¿Qué harían Ángela o Isabela en mi lugar?». Evidentemente, si algún peligro amenazaba al castillo, sin duda había que contárselo al rey. Decidida, volvió a cerrar la puerta secreta y salió de la habitación, para dirigirse a los aposentos reales. Sabía que era muy temprano, y no tenía intención de despertar al rey, pero esperaría en algún saloncito a que el monarca la recibiese. «Sí», se dijo, «eso es lo que tengo que hacer».

Entonces, al doblar una esquina, tropezó con alguien.

—Disculpad —murmuró.

—Disculpadme vos a mí —respondió la bien modulada voz del conde de Rosia.

Los dos dieron un paso atrás y se miraron.

—¡Ah! La bella doncella instruida —la reconoció el conde; la saludó con una reverencia—. Es un placer contemplar vuestra hermosura tan de mañana; este encuentro sin duda me ha alegrado el día.

Si no hubiese estado tan preocupada, a Miriam le habrían encantado los cortesanes modales del elegante conde de Rosia. Alzó la mirada hacia el noble y entonces se le ocurrió una idea.

—Disculpad, mi señor —empezó—. Temo que un gran peligro amenace el castillo; iba a avisar al rey, pero tal vez él no vea con buenos ojos que perturbe su descanso. Vos sois su hermano; si intercedieseis por mí...

—¿Un gran peligro? Explicádmelo.

—Tengo constancia de que el sabio Cornelius está más cerca de lo que todo el mundo cree, y está aliado con un caballero de la corte para derrocar al rey.

—¿Pero cómo podrían hacer tal cosa? —preguntó el conde, frunciendo el ceño.

—Magia negra, mi señor.

El agradable rostro del conde de Rosia era ahora de piedra.

—Mostrádmelo —dijo solamente.

Momentos después, Miriam le enseñaba el pasadizo secreto. El conde de Rosia había sacado su espada y se asomaba al interior con precaución.

—¿Y decís que visteis al aliado de ese nigromante salir por aquí?

—Sí, mi señor. Y lo vi con claridad: era el duque de Alta Roca.

El conde le dirigió una mirada penetrante.

—El duque Alejandro de Alta Roca es el caballero más noble de cuantos sirven al rey Héctor.

—Lo sé, mi señor, y no es mi intención acusarle sin pruebas; pero, si nos aventuramos por ese pasadizo, sin duda llegaremos a...

—Yo lo haré —cortó el conde—. Podría ser peligroso.

Miriam comprendió que no estaba en situación de protestar. Había viajado mucho, y había corrido riesgos en numerosas ocasiones, pero en la corte los caballeros protegían a las damas y, por muy habituada al peligro que pudiera estar, para alguien como el conde de Rosia, ella no dejaba de ser una doncella.

—Como deseéis, mi señor —respondió finalmente.

Se vio obligada a contemplar con impotencia cómo el caballero se adentraba en el túnel, completamente solo.

Lo esperó durante un buen rato, pero el conde no regresó. Cuando Miriam oyó las voces de los criados, que empezaban a levantarse al rayar el alba, se inquietó. «Tal vez necesite ayuda», pensó, indecisa. Entró en el pasadizo, sólo para ver si lo veía regresar, y descubrió que había dos túneles, uno a la derecha, que subía, y otro a la izquierda, descendente. Entonces comprendió que el túnel ascendente llevaba a la torre donde vivía su padre, y el otro... ¿el otro debía de ir al escondite secreto de Cornelius! ¿Cuál de los dos caminos había seguido el conde? Si había ido a la torre, probablemente pensaría que Miriam estaba equivocada, y que el nigromante que amenazaba al rey era maese Zacarius... «No lo creo», pensó de pronto. «Hace ya un buen rato que se marchó. Si hubiese llegado a la torre, o bien ya estaría de vuelta o bien habría corrido a acusar a mi padre ante el rey, y a estas alturas todo el castillo lo sabría. Por tanto, ha debido de ir a la izquierda».

Miriam no se lo pensó más. Con cautela, se aventuró por: el oscuro corredor en busca del conde de Rosia.

Avanzó y avanzó por el pasadizo en sombras, tanteando la húmeda pared de piedra para no tropezar en la oscuridad. El descenso se le estaba haciendo ya eterno, cuando vio una luz al final del túnel y se acercó con precaución.

El pasadizo desembocaba en un sótano débilmente iluminado por un par de

candelabros. Miriam se pegó a la pared y se asomó un poco, y tuvo que llevarse la mano a los labios para reprimir una exclamación de asombro.

Aquello era, ciertamente, el estudio de Cornelius; podía sentir el olor que flotaba en el ambiente, producto de las docenas de experimentos arcanos llevados a cabo y que habían requerido una gran variedad de sustancias mágicas de todo tipo, algunas de las cuales se amontonaban todavía en diferentes tarros y saquillos desparramados por los estantes. Sin embargo, la mayor parte de las baldas estaban vacías, y en toda la estancia reinaba un confuso desorden, como si alguien hubiese abandonado el lugar precipitadamente. Miriam descubrió que dos de los cuatro estantes de la librería del fondo todavía estaban llenos de libros, como si su propietario hubiera comenzado a llevárselos todos y lo hubiesen sorprendido en mitad de la mudanza, sin haber terminado de vaciar los armarios.

Miró a su alrededor con precaución y no vio a nadie. Descubrió unas escaleras un poco más allá, y al acercarse con cuidado vio que llevaban a una portezuela que daba, sin duda, al exterior, a juzgar por la luz que se filtraba por los resquicios. Algo más envalentonada, se dirigió a la librería para examinar los volúmenes, esperando encontrar alguno que le sirviera para impedir que Cornelius llevara a cabo sus planes. «¡Padre tenía razón!», pensó, sorprendida. «¡Todos estos libros hablan de cómo invocar los espíritus de los muertos!». Buscó el *Animae defunctorum*, pero no lo encontró, y supuso que Cornelius ya se lo había llevado consigo. Sus ojos se detuvieron en un fajo de pergaminos que estaban comprimidos entre el *Iter averno* y el *Libro de Lázaro*. Con dedos temblorosos, lo sacó de la estantería y lo examinó a la luz de la vela. El corazón le latió más deprisa. ¡Sí! ¡Aquellas eran las páginas que faltaban del *Liber Tenebrarum*! Se dispuso a leerlas con más detenimiento, pero la puerta se abrió de súbito y la luz solar inundó la estancia.

Miriam apenas tuvo tiempo de guardarse el manuscrito en las amplias mangas de su vestido. Retrocedió unos pasos, dispuesta a salir corriendo, pero la figura del conde de Rosia, con la espada desnuda en la mano, se recortó contra la luz.

—¿Quién está ahí? —tronó el conde.

—Soy yo, mi señor —respondió Miriam, aliviada—. Tardabais, y pensé que...

—Este no es lugar para una dama como vos —replicó el conde, entrando en la habitación—. Debéis salir de aquí inmediatamente. Teníais razón: ese hombre practica la magia negra.

—¿Adónde... adónde ha ido?

—Huyó en cuanto me vio aparecer. Lo he perseguido, pero me ha burlado en el bosque. De todas formas, parece que ya no se sentía seguro aquí, porque estaba recogiendo todas sus cosas para marcharse.

Miriam suspiró, preocupada. Sospechaba que tal vez Cornelius había decidido abandonar el castillo porque ya sabía cómo invocar a los caballeros espectrales.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

El conde de Rosia sacudió la cabeza.

—Yo soy sólo un caballero —respondió—. Lucharé contra los demonios si es necesario, porque sé que Dios está de mi lado, pero prefiero sin duda enfrentarme a adversarios de carne y hueso que empuñen una espada. Vos no debéis preocuparos más por este asunto: yo lo hablaré con el rey, y lo resolveremos a la manera de los caballeros.

Miriam quiso preguntar a qué se refería, pero se dio cuenta de pronto de que estaba muy cansada, y recordó que apenas había dormido en toda la noche. Mientras regresaba con el conde de Rosia a través del pasadizo, con las páginas del *Liber Tenebrarum* ocultas en la manga de su vestido, se sintió aliviada por primera vez en muchos días. Ahora que sabían quién era el aliado de Cornelius, el rey y el conde se encargarían de detenerlo y, sin un capitán vivo que liderase su ejército de espectros, el nigromante ya no sería una amenaza.

Cuando estuvo otra vez a solas, Miriam dio unos pasos en dirección a la torre, pero se detuvo, vacilante. Todavía recordaba con todo detalle lo que había sucedido en el bosque aquella noche, y no se sentía con fuerzas para enfrentarse a su padre y exigirle una explicación acerca de lo que las Guardianas le habían contado. Necesitaba descansar y dormir. Después lo vería todo con mayor claridad, y entonces iría a ver a su padre, le llevaría las páginas del *Liber* y hablarían largo y tendido sobre el asunto de la brujería... Y dejaría muy claro que no pensaba seguir los pasos de su madre, si es que había sido realmente una bruja.

Se encaminó hacia su habitación y no tardó en encontrarse con una preocupada María, que la estaba buscando. Miriam le dijo que se había levantado muy temprano porque había pasado muy mala noche. Le explicó que sentía una fuerte jaqueca y que no se encontraba bien, y le pidió que se asegurase de que nadie la molestaba. Cuando María se fue, dejándola sola, se echó sobre la cama, todavía vestida, y se quedó completamente dormida, aferrando las páginas del *Liber Tenebrarum* entre las manos.

Por primera vez en muchos días durmió de un tirón, sin que extraños sueños vinieran a turbar su descanso.

Se despertó algunas horas más tarde, cuando el sol estaba ya muy alto, y se preguntó si la dama Brígida habría creído la historia de su dolor de *cabeza*. Mientras se vestía, aguzó el oído para ver si captaba las risas de las doncellas en los aposentos de Ángela, o el sonido de los pasos apresurados del ama por el pasillo. Pero en el castillo reinaba un extraño silencio, y no le pareció buena señal.

Terminó de arreglarse y salió al pasillo, pero no vio a nadie. Se dirigía a la torre cuando tropezó con María.

—¡Mi señora! —susurró ella—. ¿Os encontráis ya mejor?

—Sí —respondió ella—. Necesitaba descansar. ¿Dónde está todo el mundo?

El rostro de la criada se ensombreció.

—Claro, vos no sabéis... —murmuró.

Algo en su tono de voz hizo que el corazón de Miriam se olvidara por un instante de latir.

—¿Qué es lo que no sé, María?

—El duelo. El combate a muerte.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Durante el almuerzo, el conde de Rosia desafió públicamente al duque de Alta Roca a un combate singular que acaba de...

—¡Miriam! —la voz del ama interrumpió a María, que desvió la mirada, incómoda.

Miriam se volvió hacia la dama Brígida.

—Celebro ver que ya te encuentras mejor —dijo el ama—. El duque de Alta Roca ha manifestado su deseo de hablar contigo.

Miriam sintió que el miedo le atenazaba las entrañas. Si el duque de Alta Roca seguía vivo, entonces el conde de Rosia...

—No puede ser... —susurró, muy pálida—. Ama, me temo que no puedo...

Pero el ama frunció el ceño y le dijo que sería una auténtica desconsideración por su parte no dirigirse al duque en aquellos momentos, dadas las circunstancias. De modo que Miriam respiró hondo y se encaminó a la pequeña sala donde la esperaba el duque.

Por el camino derramó unas lágrimas silenciosas por el conde de Rosia, maldiciéndose una y mil veces por no haber acudido a su padre en lugar de involucrar al noble en aquel tenebroso asunto. Al mismo tiempo, trató de convencerse a sí misma de que no corría ningún peligro al entrevistarse con el duque de Alta Roca a solas; aunque no veía qué motivos podía tener él para querer reunirse con ella, pues el noble tampoco tenía modo de saber que había sido Miriam quien lo había delatado ante el conde de Rosia. Y el hecho de que ella fuera hija del nuevo sabio de la corte no significaba nada. Cornelius no podía saber que Zacarías andaba tras sus pasos. ¿O sí?

Temblando a su pesar, Miriam entró en la sala. Esperaba ver la alta y membruda figura del duque Alexandro de Alta Roca, pero lo que vio fue la silueta de un muchacho delgado y no muy alto, vestido de negro, que miraba al exterior a través del ventanal, de espaldas a ella. Cuando el joven se volvió, pálido y circunspecto, Miriam exclamó, sin poder evitarlo:

—¡Santiago! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está el duque de Alta Roca?

El muchacho no contestó enseguida. Le dirigió una mirada seria, demasiado seria para tratarse de él, y Miriam supo de inmediato que algo marchaba terriblemente mal.

—El duque Alexandro de Alta Roca —susurró Santiago por fin— ha fallecido

esta misma mañana en un combate singular contra el conde de Rosia. Y yo, como su único hijo varón, he heredado su título y sus tierras. Ahora, yo soy el duque de Alta Roca.



Jugo de acónito y raíz de Mandrágora



a verdad golpeó a Miriam como una maza, y las implicaciones de lo que Santiago decía la hicieron estremecer.

—No puede ser. ¿El conde de Rosia ha vencido en el combate? ¿Y tú eres hijo del duque de Alta Roca? ¡No puedo creerlo!

—Me conmueven tus manifestaciones de apoyo y condolencia —replicó Santiago sarcásticamente.

Miriam lo miró, y comprendió por fin que hablaba en serio.

—Yo... lo siento, no pretendía ser desconsiderada —susurró—. Lo siento muchísimo. No imaginaba que el duque fuese tu padre. Parecía que... bueno, que no te caía bien.

—Nunca me he llevado bien con él —admitió Santiago—, pero eso no significa que deseara su muerte.

—¿Por qué no me dijiste quién era tu padre?

—Nunca me lo preguntaste —respondió Santiago—. No sé por qué razón, tú siempre diste por hecho que yo era un noble menor. Y, aunque una parte de mí quería decirte que por mis venas corre sangre casi tan noble como la de Marco, en el fondo...

No terminó la frase.

—En el fondo querías que yo me fijase sólo en ti, y no en tu linaje —murmuró Miriam—. Ahora lo entiendo. Lo siento mucho, Santiago. ¡Oh, no sabes cuánto lo siento!

Miriam no pudo contenerse y salió corriendo de la habitación. Mientras subía las escaleras que llevaban a la torre, no podía evitar pensar que el padre de Santiago había muerto por su culpa. Si ella no lo hubiese denunciado al conde de Rosia...

¡Pero el duque era el aliado de Cornelius! ¿Lo sabía Santiago? ¡Claro que no!, se dijo, furiosa consigo misma por haber dudado de él. Ahora comprendía que, desde el mismo día de su llegada al castillo, Santiago había sido la única persona que le había ofrecido su amistad más sincera... y también algo más, algo que ella, cegada por su

obsesión por Marco, no había sabido apreciar.

Y ahora no sólo era la responsable de la muerte del duque, sino que, además, se vería obligada a contarle a Santiago que su padre había sido un traidor. «¡No puedo decírselo!», chilló mentalmente. «¡No puedo hacerle más daño!». Pero, por otro lado, ¿sería justo para su amigo que pasase el resto de su vida ignorando por qué había muerto su padre, y el papel que ella había jugado en ese asunto?

Entró como una tromba en el estudio de Zacarías.

—¡Padre!

El erudito levantó la vista de la carta astral que estaba elaborando y enseguida vio que su hija estaba muy afectada.

—Miriam, ¿qué te pasa? —pudo decir, algo perplejo, dejando lo que estaba haciendo—. ¿Qué tienes? Cuéntamelo todo.

Y Miriam habló. Le habló de Marco y de Santiago, le habló de su expedición al bosque y de lo que Malva le había dicho sobre las brujas y sobre su madre. Le contó después cómo había visto al duque salir del pasadizo, y cómo se lo había dicho al conde de Rosia. Le habló del escondite secreto de Cornelius, y de las páginas del *Liber Tenebrarum*, y de lo que había sucedido después.

—El conde dijo que lo solucionaría como un caballero. ¡Yo no sabía lo que iba a hacer, padre, de verdad! Desafió al duque, se enfrentaron en un combate y ahora el duque de Alta Roca está muerto, ¡y yo no sabía que era el padre de Santiago!

—¿No lo sabías?

—¿Tú, sí?

Zacarías asintió lentamente, y Miriam se sintió todavía más avergonzada.

—Un joven notable —dijo Zacarías—. En tu favor diré que, ciertamente, no se comportaba con la arrogancia típica de un caballero de alto linaje. Pero sois amigos. Pensé que lo conocías bien.

Miriam suspiró, sintiéndose muy miserable.

—Debiste haberme contado a mí lo que habías descubierto —añadió Zacarías—. Los caballeros no atienden a razones, simplemente actúan. Y, por muy cultivado que sea el conde de Rosia, no deja de ser un caballero.

—No pensé que las cosas sucederían así. Pensé que se lo diría al rey, y que habría un juicio... ¡oh, padre! Tienes razón. No debí decirle al conde que el duque de Alta Roca era el aliado de Cornelius.

Un sonido a su espalda la sobresaltó. Miriam y su padre se volvieron rápidamente hacia la puerta, y a Miriam se le encogió el corazón.

Allí estaba Santiago, todavía pálido y vestido de luto. Acababa de llegar, pero, por la expresión de su rostro, parecía claro que había escuchado las últimas palabras.

—¡Santiago! Déjame explicarte...

—He subido a despedirme —cortó el muchacho, con voz inexpresiva—. Me

marcho esta misma tarde.

—¿Que te vas? Pero ¿por qué?

—Porque ahora soy el responsable de las propiedades de mi familia —respondió, muy serio—. Debo volver a mi tierra. Mi educación en la corte real ha terminado.

Pareció que iba a añadir algo más, pero debió de pensárselo mejor, porque se despidió con una inclinación de cabeza, dio media vuelta y se fue.

—¡Espera, Santiago!

Miriam quiso ir tras él, pero su padre la retuvo.

—Déjalo. Necesita estar solo.

—¿Por qué no aprenderé a mantener la boca cerrada? —se lamentó ella—. ¡No quería que se enterara así! Ahora me odiará todavía más.

Zacarías le dirigió una mirada penetrante.

—¿Crees que él sabía que su padre...?

Miriam lo miró, horrorizada.

—¡No digas eso! No creo que Santiago nos haya estado engañando. Él no haría eso.

Pero entonces recordó que la noche del baile se había encontrado con Santiago en la habitación de donde partía el pasadizo secreto; y también lo había visto rondando por el castillo la noche anterior, cuando fue al bosque a buscar la Mandrágora.

Sacudió la cabeza, alejando aquellos pensamientos.

—Él no haría eso —repitió, con convicción—. No creo que el duque le contase sus planes para derrocar al rey. Santiago no sabía que su padre era un traidor, estoy segura. No se llevaba bien con él.

—¿Por qué no?

Miriam se lo explicó.

—Las tierras del duque de Alta Roca son las más ricas y extensas de todo este reino —reflexionó Zacarías—. Ahora empiezo a comprender al muchacho. Sin duda era una gran responsabilidad, una responsabilidad con la que no había contado. Al primogénito se le educa para gobernar, pero nunca se cuenta con los segundones hasta que sucede algo así. Santiago estaba confuso con respecto a su papel en la corte.

—Es lo que pasa cuando tus padres hacen planes sobre ti sin consultarte —comentó Miriam ferozmente.

Zacarías le dirigió una mirada compungida.

—Pensaba contártelo.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que me quemaran en la hoguera?

—No digas tonterías, Miriam, no te van a quemar por bruja.

—Pero eso es lo que soy, ¿verdad?

Zacarías la miró a los ojos antes de responder:

—Sí.

—¿Y eso es lo que era... mi madre?

—Sí.

Miriam abrió la boca para preguntar más, pero no se le ocurrió nada que decir. Las Guardianas del Bosque no le habían contado muchas cosas, pero sí las suficientes.

De pronto ya no quiso seguir hablando del tema. Le tendió a su padre los pergaminos.

—Toma, son las páginas que faltaban del *Liber Tenebrarum*. Aunque ya no las necesitas —añadió—, porque, ahora que Cornelius se ha quedado sin capitán, no podrá realizar el conjuro de los caballeros espectrales, ¿no es así?

—Técnicamente, sí que podría, pero no creo que se arriesgue a invocar a los caballeros espectrales sin tener un capitán que les dé órdenes. De todos modos, estudiaré esto que me has traído.

—Bien —dijo Miriam, abatida—. Yo voy a buscar a Santiago. Intentaré hablar con él antes de que se vaya.

Abrió la puerta para marcharse, pero se topó con uno de los criados del rey.

—¿Maese Zacarius está aquí?

—Sí —dijo Zacarías desde el fondo de la habitación—. Puedes decirle a su majestad que la carta astral está casi lista... sólo me queda desentrañar el significado de la posición de Saturno en la cuarta casa en relación con...

—Disculpad, maese Zacarius, pero su majestad el rey desea hablar con vos en privado. Con vos y con vuestra hija —añadió, mirando a Miriam.

Padre e hija cruzaron una mirada llena de incertidumbre.

Momentos después estaban en los aposentos del rey. Se inclinaron ante él, pero el monarca les dirigió una hosca mirada.

—Maese Zacarius —dijo—, supongo que ya conocéis la noticia. Hemos perdido al duque de Alta Roca, y su hijo, un muchacho imberbe que apenas sabe blandir una espada, está ahora al cargo del ducado más poderoso de mi reino. Lamentable.

Miriam sintió que le ardían las mejillas. Deseaba con toda su alma salir en defensa de Santiago, decirle al rey que, aunque el chico no se las arreglase bien con las armas, era mucho más inteligente que todos sus caballeros juntos. Pero se contuvo, porque no quería causar más problemas.

—Gracias a Dios —añadió el rey—, ahora vivimos tiempos de paz. Mañana por la mañana, el rey Simón y los suyos se marcharán a su reino y, por fortuna, todo este desagradable asunto no ha interferido en nuestras buenas relaciones.

Miriam miró de reojo al rey, que se paseaba arriba y abajo por la estancia, preguntándose adónde quería ir a parar.

—De todas formas —concluyó el rey—, estoy muy disgustado. Primero un caballero desconocido ataca a mi hijo en la justa; después, el conde de Rosia desafía

al duque de Alta Roca a un combate a muerte; y cuando le pido explicaciones me dice que alguien está jugando con magia negra en mi propio castillo, y que el duque era su aliado. ¡Y me dice que Cornelius es un nigromante! ¡Ridículo! Hace meses que no se lo ve por la corte y, además, conozco bien a ese hombre, es inofensivo como un ratón.

—Respecto a eso... —empezó Zacarías, pero el rey lo atravesó con una mirada furiosa, y el erudito optó por callar.

—Tú, jovencita —dijo, mirando de pronto a Miriam con una expresión que no presagiaba nada bueno—, le mostraste al conde un pasadizo que ni siquiera yo sabía que existía. Bien, he recorrido ese pasadizo por mí mismo, y he visto que comunica ese... ese laboratorio inmundo lleno de libros prohibidos con vuestra torre, maese Zacarius... y desemboca muy cerca de la entrada de vuestra habitación.

El rey se detuvo en su nervioso pasear y los miró fijamente.

—Todo indica que habéis osado practicar magia negra en mi reino... ¡en mi castillo!

Miriam palideció, abatida; sus peores temores comenzaban a hacerse realidad.

—¿Qué? —exclamó Zacarías—. ¡Pero...! Con todos mis respetos, majestad, ¡eso es absurdo!

—¡Maese Zacarius, no me llevéis la contraria! —vociferó el rey—. ¡Todos hemos visto esos libros malditos, y también hemos visto el pasadizo que va desde ese sótano hasta la torre!

—¡Cornelius utilizaba ese pasadizo! ¡De esa manera llegó sin ser visto a mi habitación para atacarme la otra noche!

Los bigotes del rey Héctor temblaron de furia.

—¡Esto es intolerable!

Para calmarse, se sirvió un vaso de vino de una jarra que tenía junto a la mesita y lo apuró de un trago.

—¡Y os lo advierto, maese Zacarius! —añadió, señalando a su erudito amenazadoramente—. ¡Cómo no mostréis más respeto...!

Miriam y su padre jamás llegaron a saber qué sucedería si no respetaban al rey en lo sucesivo, porque en aquel mismo momento el monarca se quedó inmóvil, sufrió un extraño temblor, puso los ojos en blanco y cayó pesadamente al suelo.

Los dos se quedaron quietos, sin entender muy bien lo que había pasado.

—¡Majestad! —exclamó luego Miriam, y ella y su padre se abalanzaron sobre él.

—Parece que lo han envenenado —dijo Zacarías, frunciendo el ceño, mientras intentaba encontrarle el pulso.

Miriam recogió la copa del suelo y olisqueó los restos del vino. Palideció.

—¡Padre, es un veneno a base de acónito, la planta más tóxica que existe!

—¡El rey vive todavía! —jadeó Zacarías—. ¿Sabes cómo podemos curarlo?

—Hay que provocarle el vómito —respondió Miriam, con decisión—. ¡Voy a buscar lo necesario! Tú fricciona su cuerpo para que no se enfríe. ¡Vuelvo enseguida! Miriam salió corriendo de la habitación.

Momentos más tarde, regresaba a los aposentos del rey con algo entre las manos.

—¿Qué has traído? —preguntó Zacarías, muy nervioso—. ¿Aceite, agua salada...?

—Algo mucho mejor —respondió ella.

Se arrodilló junto a ellos y le mostró a su padre un frasquito con un líquido oscuro. Cuando lo destapó, un olor penetrante y desagradable inundó la habitación. Zacarías husmeó en el aire, inquieto.

—¿Qué es esto? No me gusta.

—Aparta un poco.

Algo reticente, Zacarías se apartó. Entonces recordó dónde había percibido antes un olor semejante.

—¡Mandrágora! —dijo, horrorizado—. ¡Espera, Miriam, detente! No sabes lo que haces. Esa planta es muy venenosa.

—Sí, sé que es una planta venenosa, pero también tiene otras propiedades. Confía en mí, padre. Por favor.

Zacarías respiró hondo, tratando de controlarse. Miriam acercó la botellita a los labios del rey Héctor.

—Madre Tierra —susurró—, escucha mi voz y responde a mi llamada. Tú que derramas tus dones sobre todas las hijas del bosque, extrae el mal del cuerpo de este hombre. Tú que nos das la magia y el poder de tus entrañas, cura a este hombre a través de la pócima que han elaborado mis manos con las dádivas que he recogido de ti. Te lo ruego, Madre Tierra, escucha a tu hija... Mandrágora.

Las palabras brotaban de su corazón y no de su cabeza. Jamás había leído ni escuchado aquel conjuro, pero, de alguna manera, intuía que era aquello lo que debía decir. Sintiendo que algo cálido y vivo despertaba en su interior, vertió el contenido de la redoma en la boca del rey.

De pronto se oyó una exclamación ahogada y un grito de rabia:

—¡Padre!

Miriam y Zacarías se volvieron rápidamente. El príncipe Marco estaba en la puerta, contemplándolos con horror.

—Alteza... —empezó Zacarías, pero el príncipe, con un grito, se abalanzó sobre ellos y los apartó a la fuerza del cuerpo de su padre. Cuando se inclinó junto a él y vio el estado en que se encontraba, se volvió hacia el sabio y su hija y descubrió la botellita vacía en manos de Miriam.

—¡Tú! —gritó, furioso—. ¡Has envenenado a mi padre!

—¡No! ¡Estábamos intentando salvarlo!

Pero Marco no atendía a razones. Desenvainó su espada, y sin duda habría atacado a Miriam de no ser por la oportuna llegada de la reina y de Nemesius, el sabio del rey Simón.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó la reina, ceñuda; entonces vio a su esposo caído y, con un grito, corrió hacia él.

—¡Lo han envenenado! —exclamó Nemesius, consternado.

Los siguientes momentos fueron confusos. La reina lloraba; el príncipe, aún con la espada en la mano, miraba furioso a Miriam y a Zacarías; el sabio y su hija estaban quietos, sin saber cómo reaccionar.

El rey sufrió una extraña convulsión. Rápidamente, Miriam y Zacarías colocaron una jofaina ante él. Tras otro espasmo, el rey se arqueó sobre la jofaina y vomitó.

Nadie dijo nada durante un rato. Luego, la reina exclamó:

—¡El rey está vivo!

Se produjo una cierta confusión mientras todos asimilaban lo ocurrido. Por fin, los criados se llevaron al rey hasta su dormitorio. Parecía que se estaba recuperando, aunque seguía pálido, sudoroso y con temblores. La reina Leonora se volvió entonces hacia Miriam y Zacarías, con un rostro de piedra.

—Marco, llama a la guardia —dijo—. Maese Zacarius y su hija han intentado envenenar al rey.

El príncipe asintió, y dio media vuelta para marcharse.

—¿Qué? —pudo decir Miriam cuando se repuso de la sorpresa—. ¡Pero si le hemos salvado la vida!

—¿De veras? —intervino Nemesius, arrebatándole la botellita de las manos—. ¿Y qué es esto?

Olisqueó los restos de la sustancia que había contenido la redoma y sus ojos se estrecharon.

—¡Mandrágora! Vaya, vaya, parece que yo tenía razón cuando imaginé que no erais de fiar. Como dice el refrán, *omnia tempus revelat*, «el tiempo lo descubre todo».

—¡No... no es lo que parece! —pudo decir Miriam—. ¡Lo han envenenado con acónito! ¡Nosotros le hemos salvado la vida! ¡Alteza! —gritó a Marco, que ya se iba—. ¡Tenéis que creerme!

El príncipe se detuvo un momento en la puerta.

—He visto con mis propios ojos cómo le dabas tu asqueroso brebaje a mi padre. ¡Y he oído tus conjuros demoníacos, bruja!

Miriam quiso decir algo, pero Marco volvió a darle la espalda y salió de la habitación.

—Mi hija dice la verdad —repuso Zacarías, muy digno—. No tenéis más que examinar el contenido de la copa de vino que se ha servido el rey mientras nosotros

estábamos aquí, y que ha sido lo que ha provocado este lamentable suceso. Recordad, *In vino peritas*, «la verdad está en el vino».

—Ese dicho se refiere a que los borrachos nunca mienten —manifestó Nemesius, con un cierto brillo de triunfo en la mirada—. Habéis perdido, maese Zacarius.

—¿Pero qué...? —estalló Miriam—. ¿Qué tiene que ver la retórica con la verdad?

Parecía que Nemesius se disponía a responder con una larga disertación sobre la elocuencia cuando Marco regresó acompañado de tres caballeros más, entre los que se hallaba León, el capitán de la guardia.

—¡Os digo que cometéis un error! —chillaba Miriam cuando se los llevaban a rastras al calabozo.

De donde, probablemente, no saldría hasta que fueran a conducirla a la hoguera, se dijo la chica con cierta amargura.



Prisioneros



—Pero ¿quién habrá intentado envenenar al rey? —dijo Zacarías, frunciendo el ceño.

—Me da exactamente igual —replicó Miriam—. Deberíamos haberlo dejado morir.

—O tal vez deberías haber tratado de salvarle con medios más convencionales. ¡Polvo de raíz de Mandrágora! Corriste un gran riesgo, ¿lo sabías?

—Sí, debería haberlo dejado morir —repitió Miriam, malhumorada.

Los dos estaban encerrados en un húmedo calabozo en los sótanos del castillo. Llevaban allí toda la noche y, después de haber pasado varios días alojada en su cómoda habitación del ala oeste, a Miriam no le parecía precisamente un buen cambio.

—Me extrañaría que Cornelius se hubiese arriesgado a llegar hasta los mismísimos aposentos del rey para envenenar su vino —prosiguió Zacarías, dándole vueltas al asunto.

—¿Por qué no? Parece que conoce los pasadizos secretos del castillo mejor que el propio rey, ¿no? O tal vez el duque de Alta Roca tuvo tiempo de envenenar el vino del rey antes de que el conde de Rosia lo matara en el combate...

—Miriam —dijo de pronto la voz de Santiago.

Miriam miró hacia la puerta de la celda y vio el rostro de su amigo al otro lado del ventanuco enrejado. Se maldijo a sí misma por tener la lengua tan larga.

—Me has oído, ¿verdad? —preguntó, resignada, acercándose a la puerta—. Otra vez.

Miriam inclinó la cabeza, algo avergonzada.

—Te he oído. Todavía sospechas de mi padre.

—No sé qué pensar. Pero alguien ha envenenado al rey, y ahora nosotros cargamos con la culpa.

—Me han dicho que has usado Mandrágora. La planta de las brujas.

Miriam se estremeció.

—Sí.

—Eres una bruja, ¿verdad?

—Sí. Soy una bruja, igual que tú eres el duque de Alta Roca. Yo no lo decidí. No estaba preparada. Y me enteré ayer mismo.

—Fuiste a recoger la Mandrágora al bosque la otra noche, ¿no es cierto? Cuando te ayudé a salir del castillo.

—Sí. Pero no la quería para envenenar a nadie. Quería... —vaciló un momento; le daba vergüenza confesarlo, pero sabía que tenía que hacerlo—. Quería preparar un filtro de amor.

Los ojos de Santiago relucieron con un brillo extraño.

—¿Y lo hiciste?

—No. Y tampoco envenené al rey, al contrario: la poción que le di era un contraveneno.

—Te creo.

—¿De verdad? —Miriam lo miró, esperanzada, pero la expresión de él seguía siendo de piedra.

—Os he oído hablar. Si hubieseis envenenado al rey, no estaríais preguntándoos quién echó el veneno en su copa.

—Tal vez nos equivocáramos con tu padre —murmuró Miriam—. Pero yo lo vi salir del pasadizo, ¿entiendes?

—Pero mi padre no pudo envenenar al rey. Está muerto.

Miriam respiró hondo. Captaba un gran dolor contenido en la voz serena de Santiago.

—Tal vez fuese el conde de Castel Forte. Sabemos que...

—Cuidado, Miriam —le advirtió Santiago—. Ya has hecho mucho daño con tus sospechas.

Se separó de la puerta.

—¡Espera! —lo llamó Miriam—. ¿Te vas? ¡No puedes dejarnos aquí! Nos van a quemar por brujos.

—¿Y no es eso lo que sois?

—¡Ah, vamos, Santiago, tú has visto lo que hacemos! Has estado con nosotros. ¡Puede que yo sea una bruja, pero apenas sé usar mi poder! ¡Le salvamos la vida al rey! ¡Hemos frustrado los planes de Cornelius!

—¿De veras crees eso? —preguntó Santiago, súbitamente entristecido.

Fue como si le echaran un jarro de agua fría por la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Acaban de avisar de que un ejército desconocido ha invadido nuestro reino. No llevan bandera ni una divisa unificada. Son caballeros que vienen de diferentes lugares para reunirse como si respondiesen a algún tipo de llamada. Parece una

especie de cruzada.

—Pero... pero eso no significa...

—Son hostiles —interrumpió Santiago—. Arrasan todo lo que encuentran a su paso y se dirigen hacia aquí. El príncipe Marco ha convocado a todos sus caballeros para luchar contra ellos. Él y el conde de Rosia serán nuestros capitanes mientras el rey sigue convaleciente.

»Vamos a la guerra.

Miriam sintió que se quedaba sin respiración.

—No puede ser... Santiago, ¿tú también vas?

El muchacho inclinó la cabeza.

—Es mi deber —dijo.

—¡Pero si tú no sabes...! —empezó Miriam, pero Santiago le dirigió una dura mirada, y ella calló.

—Muchacho —intervino Zacarías, avanzando desde el fondo de la celda—, si ese ejército del que hablas son las huestes de los caballeros espectrales, no tendréis nada que hacer. Déjanos salir. Tenemos el contraconjuro que podría detenerlos.

—Ya es demasiado tarde, maese Zacarius —replicó Santiago, muy serio—. Yo no puedo liberaros. Y, aunque pudiera, ya es hora de que asuma mi responsabilidad y actúe como un caballero. Si es mi destino morir luchando por mi rey, que así sea.

Se apartó, sin previo aviso, y echó a andar corredor abajo. Miriam se abalanzó sobre los barrotes.

—¡Santiago, no! —gritó.

Pero él no la escuchó. Siguió caminando pasillo abajo, y Miriam sintió que el corazón se le partía en dos.

—Demasiado tarde —se repitió a sí misma.

No estaba pensando en los caballeros espectrales, sino en Santiago. Demasiado tarde descubría a la persona que había detrás del bufón, al amigo que se escondía tras el noble, al chico que ocultaba la máscara del trovador.

Demasiado tarde. «He estado ciega», pensó. «Y ahora lo he perdido».

Con un suspiro, se retiró al fondo de la celda y se dejó caer junto a su padre.

—Si soy una bruja —le espetó—, ¿por qué no puedo salir de aquí?

—Porque eres una bruja, no un fantasma —replicó él—. No puedes atravesar las paredes.

Las horas pasaron lentamente. En la oscuridad del calabozo, Miriam no podía saber si era de día o de noche, pero tenía la impresión de que llevaban allí mucho tiempo. El carcelero que les llevaba la comida les dijo que el misterioso ejército invasor avanzaba deprisa, y los caballeros del reino habían tenido que reunirse rápidamente para combatirlo; ese era el motivo por el cual todo el mundo parecía haberse olvidado de los brujos que habían intentado envenenar al rey, quien se iba

recuperando poco a poco del trance.

—Pero, en cuanto el príncipe Marco haya expulsado a ese ejército, arderéis en la hoguera —los amenazó el carcelero.

—Entonces creo que nos quedaremos aquí mucho, mucho tiempo —dijo Miriam lúgubrementemente.

El carcelero rio con sequedad y los dejó solos otra vez. Miriam reanudó su nervioso pasear por la celda.

—No aguanto más —se quejó—. No soporto ver cómo Santiago parte hacia la batalla y yo tengo que quedarme esperando a que regrese.

Zacarías rio por lo bajo.

—Decididamente, no habrías sido una buena doncella. Porque eso es lo que hacen las doncellas, ¿sabes? Esperar a que regresen los caballeros. En época de guerra, los castillos están llenos de damas, pero se ven muy pocos caballeros.

—Lo sé. Pero te recuerdo que fuiste tú quien se empeñó en que me comportara como una doncella de alta cuna.

—Yo, no; la reina Leonora. Yo sabía que tú no estabas hecha para esta vida, Miriam. Has viajado mucho. Sabes que el mundo no se acaba en las murallas de un castillo.

Miriam suspiró, sintiéndose muy desdichada, preguntándose de nuevo cuál era su lugar en el mundo y por qué no había nacido hombre.

Tal vez pasaron varias horas antes de que recibiesen una nueva visita. Cuando la puerta del calabozo se abrió de nuevo, Miriam y su padre alzaron la cabeza, algo sorprendidos. Hacía muy poco que el carcelero había traído las escudillas de sopa de la comida.

—¿Quién es? —preguntó Miriam.

El carcelero traía un candil. Tras él apareció una figura envuelta en una capa, que se deslizó por el interior del calabozo recogiendo cuidadosamente el bajo de su falda para que no arrastrase por el sucio suelo. La mujer se quedó en la puerta de la celda, sin atreverse a entrar. Se retiró entonces la capucha, y la débil luz de la llama iluminó sus rasgos.

Era la dama Brígida.

—¡Mi señora! —exclamó Miriam, poniéndose en pie—. ¿Qué hacéis vos aquí?

—El sacerdote me ha dicho que, si confesáis vuestro crimen, vuestra alma tendrá una oportunidad de alcanzar la salvación —dijo ella con cierta severidad, entrando por fin en la celda—. He venido a intentar convenceros de que declaréis que adoráis a Satanás y reneguéis públicamente de él.

—Nosotros no adoramos a Satanás —replicó Miriam, casi con cansancio.

La dama Brígida montó en cólera.

—¡Embustera! ¿Cómo te atreves a negar lo evidente?

Avanzó hacia ella con los ojos echando chispas, pero tropezó con el borde de su vestido y cayó sobre Miriam, que la sostuvo.

—Será esta noche —susurró el ama al oído de la joven—. Estad preparados.

—¿Cómo? —se le escapó a Miriam.

—¡He dicho que no me toques, bruja! —dijo Brígida en voz alta, separándose de ella con brusquedad—. ¡No quiero tener tratos con vosotros!

Algo confusa, Miriam la vio abandonar la celda. Después, el carcelero cerró la puerta de golpe, y Zacarías y su hija volvieron a quedarse solos.

Cuando se aseguró de que el carcelero se había alejado, Miriam contó a su padre lo que el ama le había dicho. Ahora que lo pensaba con frialdad, se daba cuenta de que una mujer como la dama Brígida jamás tropezaría con su propio vestido, ni siquiera en un calabozo húmedo y oscuro. Sabía que el ama había intentado advertirles de alguna cosa, pero no terminaba de entender el significado de aquellas palabras susurradas apresuradamente. Tampoco Zacarías pudo ofrecer otra cosa que conjeturas. De todos modos, los dos acordaron seguir las instrucciones de Brígida, y fingieron dormir cada vez que el carcelero hacía la ronda, pero se quedaron despiertos, esperando. Cuando oyeron los ronquidos del carcelero desde el otro extremo del corredor, supieron que había caído la noche sobre el castillo, y se prepararon para actuar.

No tardaron en escuchar unos pasos cautos y sigilosos que avanzaban por el pasadizo, y algo tapó la luz que se filtraba por la ventanilla enrejada de la puerta.

—¡Señora! —susurró una voz femenina.

Miriam se acercó a la puerta.

—¿María? ¿Eres tú?

—Me envía la dama Brígida —cuchicheó la criada—. Deprisa, no tenemos mucho tiempo.

Se oyó el ruido de la llave al ser introducida en la cerradura. Miriam, asombrada de su buena suerte, ayudó a su padre a levantarse. La puerta se abrió, y los dos salieron al exterior.

—¿No se despertará el carcelero?

—Confiad en mí, mi señora —replicó ella.

Siguieron a María por los pasillos del sótano, y pasaron por delante del carcelero, que dormía a pierna suelta, sin que notara su presencia. Al abrigo de la noche, María los guio de nuevo hasta el patio. Miriam inspiró profundamente la fresca brisa nocturna.

—Debo dejaros —dijo la criada—. El ama dijo que, a partir de aquí, sabría seguir solos.

Les entregó un zurrón con víveres y diversos objetos de utilidad. Después depositó una nota en la mano de Miriam.

—Buena suerte —dijo, y desapareció de nuevo en la oscuridad del castillo.

Miriam se apresuró a leer, bajo la luz de una de las antorchas del patio, la nota escrita con la esmerada caligrafía de la dama Brígida.

«El rey cree que se enfrenta a un ejército de hombres, pero los campesinos están aterrorizados; habían de armaduras vacías movidas por el diablo, de demonios y de magia negra. He sabido, Miriam, que tú y tu padre podéis salvar nuestro reino. El propio duque de Alta Roca me ha pedido que os ayude a salir del castillo. Sé que le aprecias de corazón y que sabrás devolverle el favor de alguna manera.

Corremos un peligro mayor de lo que el rey quiere reconocer. En esta ocasión, y por una vez, he de pedirte que no actúes como una doncella, sino como un caballero valiente.

BRÍGIDA DE GERSEA».

Miriam sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, no sólo por el manifiesto cariño que acababa de descubrir en el ama, sino también porque ahora sabía que Santiago no la había abandonado, y que, por lo que la dama decía en su carta, había sido él quien la había convencido para que los ayudase a escapar.

Guardó la carta con cuidado y se deslizó, tras Zacarías, pegada a los muros de la torre del homenaje, silenciosa como un fantasma y con una nueva llama de esperanza en el corazón.

No tuvieron muchos problemas a la hora de atravesar el patio, dado que la mayoría de los hombres de armas habían partido a detener la amenaza que se cernía sobre el reino. Salieron del recinto por el desagüe que Santiago le había enseñado a Miriam la noche en que ella fue al bosque a recolectar Mandrágoras. Y huyeron del castillo del rey Héctor amparándose en la oscuridad y deseando que no los sorprendiera el amanecer antes de alcanzar el bosque.

Se detuvieron en cuanto llegaron a los primeros árboles. Zacarías volvió la vista atrás para contemplar la sombra del castillo.

—¡Todos mis libros! —suspiró—. Nunca podremos regresar a buscarlos.

—No es momento de pensar en eso —le espetó Miriam, aunque ella también lo lamentaba—. Cornelius ha puesto en marcha un ejército de armaduras ambulantes. ¿Qué hacemos?

—Si los caballeros espectrales se han puesto en movimiento, no me cabe duda de que se dirigen hacia aquí. He estudiado el contrahechizo del *Liber Tenebrarum*. No sirve para devolver a los espectros al más allá. Por lo visto, sólo aquel que los ha invocado puede liberarlos.

—¡Cornelius! Pero ¿cómo vamos a encontrarlo? Ha abandonado su laboratorio en los sótanos del castillo. Puede estar en cualquier parte.

—No lo sé, Miriam, pero no andará muy lejos.

—Entonces, lo que pone en las páginas del *Liber*... ¿no sirve para nada?

—Hay un conjuro de protección. Es evidente que el objetivo último de los espectrales es tomar el castillo y matar al rey Héctor. Las fuerzas del príncipe Marco no podrán derrotarlos, así que imagino que tarde o temprano retrocederán para defender el castillo. Sin embargo, ni espadas, ni lanzas, ni flechas ni mazas detendrán a los caballeros espectrales. Debemos alzar una barrera mística de protección en torno al castillo. Eso les impedirá pasar y nos dará tiempo para pensar en algo mientras encontramos a Cornelius.

—¿Me estás hablando de rodear el castillo entero con una muralla sobrenatural? ¿Y cómo vamos a hacer eso tú y yo?

—Necesitaremos ayuda —dijo Zacarías solamente.

Miriam calló un momento.

—Comprendo —dijo entonces, asintiendo.

—Las Guardianas del Bosque poseen un poder empático e intuitivo, conectado con las fuerzas telúricas —explicó Zacarías—, pero la mayoría de ellas ni siquiera saben leer. Debes reunirías y enseñarles cómo ejecutar el conjuro. Ellas te ayudarán también a encontrar en el bosque los ingredientes que necesitas.

Miriam abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor y asintió de nuevo.

—¿Y tú, qué harás?

—Yo voy al pueblo, a hacer unas cuantas preguntas. Tal vez alguien haya visto a Cornelius; eso simplificaría mucho las cosas. Y ahora escucha atentamente: te voy a explicar paso a paso lo que dice en estas páginas; tienes que aprender cómo realizar el conjuro, y deberás arreglártelas para que las Guardianas del Bosque lo entiendan también. No tenemos mucho tiempo.



La prohibición



Las primeras luces de la aurora iluminaron un paisaje sobrecogedor. Desde la línea del horizonte avanzaban cientos de caballeros, y los rayos del sol naciente apenas lograban arrancar algún tímido brillo de sus armaduras mohosas y oxidadas. Nadie los había visto detenerse ni siquiera un momento para comer o dormir. Ni los arroyos, ni los bosques, ni la oscuridad de la noche habían sido obstáculo para ellos. Simplemente seguían adelante, sin hablar entre ellos, como si obedecieran a algún tipo de señal inaudible para oídos humanos. Unos iban a pie y otros a caballo, pero todos parecían avanzar al mismo ritmo y compás.

—Jamás había visto un ejército tan disciplinado —oyó Santiago que comentaba uno de los más veteranos caballeros del rey—. Y, sin embargo, cada uno de ellos parece venido de un confín distinto del mundo.

—Disciplinados o no, acabaremos con ellos —declaró Marco.

Desenvainó su espada, pero no pudo reprimir una mueca de dolor. Todavía no se había recuperado de su caída en la justa.

Santiago no dijo nada. Podría haberles contado lo que Miriam y su padre habían averiguado sobre aquellos caballeros misteriosos, pero ¿habría solucionado algo? Lo dudaba.

Miró a su alrededor. Cerca de un centenar de caballeros venidos de todas las partes del reino componían el ejército del rey Héctor. Santiago no creía que aquello fuera suficiente para detener la amenaza que se aproximaba. Habían esperado encontrarse con ellos mucho más lejos, junto a las montañas, pero los caballeros espectrales viajaban deprisa, y el ejército del rey Héctor se había topado con ellos demasiado cerca del corazón del reino. Santiago sabía que algunos caballeros murmuraban que aquello no era humanamente posible, y que sin duda sus enemigos habían hecho un pacto con el diablo. El joven duque de Alta Roca sabía la verdad, y sabía que Marco conocía estos rumores. Pero el príncipe había sido educado para defender su reino y luchar como un caballero. A su lado estaban Darío, el conde de

Rosia y León, el capitán de la guardia del castillo, como hombres de confianza. Por alguna razón, el conde de Rosia había enviado a su hijo Rodrigo a la retaguardia, para guiar a los hombres de a pie. El conde de Castel Forte tampoco se hallaba entre ellos. Había regresado a sus tierras poco después de la justa. Santiago no pudo evitar otear el horizonte, buscándolo entre los caballeros espectrales. Pero no lo encontró. De hecho, ahora que estaban cada vez más cerca, se dio cuenta de que todos los caballeros enemigos, sin excepción, parecían fríos autómatas sin vida ni voluntad.

El príncipe Marco miró al conde de Rosia; este llevaba puesto el yelmo, de modo que no se le podía ver el rostro, pero a Santiago le pareció que vacilaba un poco a la hora de desenvainar su espada. No era el único. Muchos caballeros habían captado ya algo siniestro en el ejército enemigo.

El príncipe gritó y espoleó a su caballo, que se lanzó hacia adelante. Sus compañeros le secundaron, y Santiago con ellos.

Y todos los caballeros del rey Héctor arremetieron contra las tropas espectrales.

‡ ‡ ‡

Miriam corría por el bosque gritando el nombre de Malva, pero nadie respondía a su llamada. Aquel lugar parecía completamente diferente de día, tan luminoso y soleado que nadie habría dicho que era la morada de un grupo de brujas. ¿Cómo iba a encontrar a las Guardianas del Bosque, ocultas durante tanto tiempo de la mirada de todos los que las odiaban y temían?

Trató de llegar al claro donde crecían las Mandrágoras, pero no fue capaz de encontrarlo. Por fin, después de dar muchas vueltas, se dejó caer bajo la sombra de un árbol, agotada y abatida.

En aquellos momentos, Santiago estaba luchando contra un ejército prácticamente invencible. Y ella no podía hacer nada para ayudarlo.

Entonces tuvo una súbita inspiración. Guiada más por la intuición que por la lógica, se arrodilló sobre la hierba, en el centro del claro, colocó las palmas de las manos sobre el suelo y cerró los ojos.

Notó que la tierra palpitaba bajo sus manos, la sintió viva y cálida como una madre, y supo lo que debía hacer.

—Hermanas —dijo en voz baja—, hijas de la Tierra, Guardianas del Bosque, escuchad mi ruego. Hermanas, que la Madre guíe mi voz hasta vosotras para que oigáis mi súplica. Hermanas, acudid a mi llamada. Mandrágora os necesita.

Repitió estas palabras varias veces, mientras oía que los pájaros echaban a volar en distintas direcciones, y sentía a su alrededor los movimientos de criaturas como conejos o cervatillos alejándose de ella, como si fuesen a llevar su recado a las Guardianas del Bosque. «No son más que imaginaciones tuyas», dijo en su interior la irritante vocecita de la lógica. Pero cerró los ojos con más fuerza y siguió

transmitiendo sus deseos al bosque.

‡ ‡ ‡

Los dos ejércitos se encontraron con furiosa violencia. Por un momento, no se oyó más que el entrechocar de las espadas y los gritos de guerra. Santiago no pudo evitar darse cuenta de que los caballeros espectrales no gritaban, y que sólo los guerreros del rey Héctor parecían tener voz en aquella batalla. Sin duda muchos de los caballeros vivos lo notaron también, y aunque algunos ignoraron deliberadamente que no se enfrentaban a un enemigo corriente, otros dejaron de gritar y golpearon con menos convicción. Santiago se batió contra un caballero en cuya armadura herrumbrosa se distinguía a duras penas la divisa de un águila real. El muchacho nunca había sido especialmente bueno con la espada, pero trató de recordar todo lo que León le había enseñado durante su adiestramiento. Empuñó el arma con ambas manos y golpeó con todas sus fuerzas. El caballero espectral detuvo su estocada y la devolvió con tanta energía que la espada de Santiago estuvo a punto de salir volando por los aires. El chico hizo retroceder un poco a su caballo para cargar de nuevo contra el caballero, pero se dio cuenta de que el animal estaba inusualmente nervioso. Lo obligó a arremeter contra su enemigo. Las dos espadas chocaron de nuevo. Santiago oyó entonces un grito de horror a su lado, y vio que uno de los caballeros del rey Héctor había arrancado el yelmo de su enemigo de un mandoble, y había descubierto que no tenía cabeza. Pese a todo, el caballero espectral seguía combatiendo, y la imagen de la coraza sin cabeza que luchaba todavía era tan terrible como grotesca. El caballero espectral no tardó en derrotar a su aterrado contrincante, que ya no tenía fuerzas para sostener la espada.

Santiago tiró de las riendas para volver a acometer a su contrario, pero su caballo tenía otros planes. Con un relincho histérico, se encabritó y se alzó de manos. Santiago, cogido por sorpresa, cayó al suelo y perdió el sentido.

‡ ‡ ‡

Miriam abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor. Varias mujeres la rodeaban, mirándola en silencio. Esperaron a que ella se pusiese de pie, y entonces una de ellas habló.

—Bienvenida, Mandrágora.

—Bienhallada, Malva —repuso ella con gravedad.

—Te esperábamos —intervino otra voz.

Miriam se volvió hacia la mujer que había hablado. Era una anciana, y avanzaba hacia ella con sorprendente agilidad.

—Me llamo Ruda —dijo la mujer—. Y tú, Mandrágora, nos has llamado con la

voz del bosque. Dinos, ¿eres una de nosotras?

Miriam vaciló un momento.

—Creo que sí —dijo finalmente—, pero necesito aprender más para saber quién o qué soy.

—Hablas con prudencia y sabiduría —aprobó Ruda—. Dos virtudes que son de mucha utilidad en estos malos tiempos. Una sombra oscura se dirige hacia el bosque. ¿Has venido para hablarnos de ello?

—Son los caballeros espectrales —explicó Miriam—, espíritus de guerreros muertos en combate que han sido llamados de nuevo a la batalla. Su objetivo es el castillo del rey Héctor.

Ruda movió la *cabeza*.

—No nos preocupa el rey Héctor —dijo—. Esta tierra ha tenido muchos reyes y muchos castillos. Cuando Héctor no esté, otro vendrá. Eso no es importante.

Miriam no replicó.

—El bosque sí es importante —añadió Ruda, y las otras Guardianas asintieron con solemnidad—. Para llegar al castillo, ese ejército de fantasmas pasará por nuestro bosque, y ya nos han llegado noticias de ellos. La tierra gime bajo su paso, porque arrasan cuanto encuentran en su camino.

—No son más que la extensión de otra voluntad cuyo único objetivo es destruir —murmuró Miriam—. ¿Me ayudaréis a detenerlos?

Las Guardianas del Bosque miraron a Ruda. La anciana tardó un poco en responder:

—¿Qué debemos hacer?

‡ ‡ ‡

Zacarías encontró la ciudad sumida en el caos. Los rumores sobre un imparable ejército que se acercaba se habían convertido en un clamor, y la gente acumulaba provisiones y se encerraba en sótanos ocultos, atrancaba la puerta de su casa o huía hacia el bosque o hacia el castillo. Cada vez más preocupado, y con la sensación de que se le acababa el tiempo, Zacarías siguió recorriendo la ciudad en busca de alguien que pudiese darle una pista sobre el nigromante que estaba atacando el reino.

‡ ‡ ‡

Santiago abrió los ojos lentamente. Sintió que le costaba respirar. Se dio cuenta entonces de que le había caído algo encima, y lo apartó con esfuerzo.

Era uno de los caballeros del rey, muerto. Santiago se incorporó un poco y miró a su alrededor con precaución.

La batalla estaba tocando a su fin. Los caballeros espectrales seguían avanzando

hacia el centro del reino, imparables e imperturbables. Sus contrarios estaban muertos o heridos, o bien huían como alma que lleva el diablo. Santiago echó un vistazo a los vencedores y pudo comprender por qué. Los caballeros espectrales continuaban combatiendo, pese a que muchos de ellos habían perdido el yelmo, o distintas partes de la armadura. A los vivos les era ya imposible ignorar el hecho de que sus enemigos eran armaduras huecas que se movían por arte de magia... o por intervención del diablo.

Santiago inspiró profundamente. Sin duda aquella caída del caballo lo había salvado, sobre todo porque luego otro caballero había caído sobre él y lo había ocultado a los ojos de sus enemigos... si es que tenían algo parecido a ojos en alguna parte.

El ejército del rey Héctor había perdido espectacularmente. Santiago se alegraba de no haberlo visto. Se preguntó de pronto qué habría sido de sus amigos Marco, Darío y Rodrigo, y se le encogió el corazón.

Recogió su espada del suelo y recorrió despacio el campo de batalla.

—¡Mi señor! —se oyó una voz—. ¡Estáis vivo! Pensábamos que habíais caído.

Santiago se volvió y vio a León, que se le acercaba cojeando.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás?

El rostro de León se ensombreció.

—Luchamos contra demonios, señor, demonios sin cuerpo que han poseído las armaduras de los caballeros de bien. Nuestras espadas no los hieren, y a nuestros caballos les aterra su mera presencia. Esto es cosa del diablo, sin duda obra de aquellos brujos que vivían bajo nuestro techo y...

—¿Dónde están los demás? —repitió Santiago con impaciencia.

—Muchos han huido, otros han caído. El príncipe Marco ha reunido a los que quedaban y han regresado al castillo para defenderlo cuando lleguen esos demonios.

—¿Quieres decir que se han replegado? ¡Pero no lograrán vencerlos!

—Esperan reunir refuerzos en la villa; además, el príncipe quería pedir consejo al capellán. Si esto es obra del diablo, sin duda un sacerdote sabrá cómo detener a esas criaturas.

Santiago, que había estudiado para sacerdote, podría haberle dicho que lo dudaba mucho, pero prefirió callarse sus opiniones al respecto.

—Además —añadió León—, el príncipe piensa también que, si los brujos han convocado a estos demonios, tal vez con su muerte logremos derrotarlos.

—¿¡Qué!?! —se le escapó a Santiago.

León lo miró, perplejo, y el chico se obligó a sí mismo a serenarse. Probablemente se preocupaba por nada, se dijo. Seguramente, Miriam y su padre ya habían escapado del calabozo. La dama Brígida le había asegurado que los ayudaría a huir del castillo. Aunque... ¿y si no lo habían conseguido?

Santiago navegaba en un mar de sentimientos contradictorios. Sentía que no podía perdonar a Miriam por haber sido la causante indirecta de la muerte de su padre, pero, por otro lado, sabía que la muchacha era inocente de lo que se le acusaba y que, desde su llegada al castillo, tanto ella como su padre habían trabajado para impedir que los caballeros espectrales se alzasen de sus tumbas.

«Pero no lo han conseguido», pensó. «Y ahora vamos a morir todos».

¿Habría cambiado algo de habérselo contado todo al rey, como había pretendido Santiago al principio? Probablemente, no. «Y lo habrían envenenado de todas formas», se dijo.

Ignoraba si Miriam y Zacarías habían averiguado quién estaba detrás de todo aquello, pero parecía claro que la chica había cometido un error, y que el duque Alexandro de Alta Roca no había sido el aliado de Cornelius. ¿Quién, entonces?

Se le ocurrió una idea. No había visto al capitán de los caballeros espectrales, pero tal vez estuviera en la retaguardia. Si los seguía, quizá pudiera sorprenderlo y derrotarlo, y en tal caso...

—¡León! —exclamó—. Tengo que volver al castillo. ¿Dónde hay un caballo?

‡ ‡ ‡

El príncipe Marco irrumpió en el patio del castillo, todavía espoleando furiosamente a su caballo. Se detuvo a la entrada de la torre del homenaje, tirando con fuerza de las riendas.

Los reyes salieron del interior de la torre. El rey todavía estaba pálido y se apoyaba en el hombro de la reina para caminar, pero parecía recuperarse. Los dos miraron a su hijo esperando noticias, y vieron la verdad en el rostro de Marco.

—Ah, no —dijo el rey—. ¡No voy a permitir que unos caballeros desconocidos saqueen mi reino! ¡Que alguien traiga mi armadura, mi espada y mi caballo!

—¡Querido, no estás en condiciones de...! —empezó la reina.

—¡Padre! —la interrumpió Marco—. ¡No sabes a qué nos enfrentamos! ¡Son demonios! Nada puede matarlos. Siguen combatiendo y se dirigen hacia aquí. Han caído muchos: el duque de Alta Roca, el conde de Rosia, Rodrigo...

—¿El conde de Rosia y Rodrigo? —exclamó la reina—. ¿Los dos? ¡Qué tragedia para la pobre Isabela!

—Madre, escúchame —interrumpió Marco—. Esto es grave. Esos demonios se dirigen hacia aquí. ¿Dónde están los brujos?

El rostro del rey se ensombreció.

—Han escapado. Nadie sabe cómo.

Marco frunció el ceño y miró a su padre con seriedad.

—Defenderemos el castillo con nuestras vidas —decidió.

Los caballeros espectrales avanzaban imparablemente a través de las tierras del rey

Héctor, destrozando todo lo que hallaban a su paso. Muchos habían perdido sus caballos en la lucha y avanzaban a pie, porque los animales, una vez libres de sus fantasmales jinetes, habían huido completamente aterrorizados. Pero esto no había detenido a los espectrales. Una vez hubiesen conquistado el castillo y derrocado al rey, su líder se haría con el poder en el reino, un poder tomado por la fuerza que habría de mantener a la fuerza, sumiendo al país en una era de miedo y oscuridad.

Los caballeros espectrales no sabían nada de todo esto. Su capitán les había señalado el castillo que debían ocupar, y eso harían, porque no podían hacer otra cosa que obedecer a aquel que los había invocado.

De modo que avanzaban, acercándose al castillo cada vez más.

Nada podía detenerlos.

Nada...

Pero, de pronto, los primeros chocaron contra una especie de barrera invisible. Los que iban a pie, sin apenas percatarse de ello, siguieron caminando, aunque no lograron avanzar ni un solo paso. Los caballos sí lograron pasar, aunque sus jinetes, retenidos por aquella fuerza misteriosa, cayeron de sus monturas. Los siguientes fueron ya conscientes de que algo les impedía penetrar en el bosque, y se detuvieron, esperando instrucciones.

Varias figuras femeninas emergieron de entre los árboles. Se habían colocado en una hilera en torno a la linde del bosque, muy separadas unas de otras, mientras murmuraban unas palabras creadas mucho tiempo atrás para dar forma a la magia más antigua y poderosa. Una brisa sobrenatural agitaba sus ropas pardas. Sus rostros parecían concentrados en escuchar algo que, probablemente, sólo ellas oían. Sus brazos estaban alzados, en una clara señal de advertencia, impidiendo el paso a los caballeros espectrales.

—El bosque es sagrado —declaró Ruda en voz alta—. La vida es sagrada.

—Volved a vuestro lugar, criaturas fantasmales —añadió Malva.

Los ojos de la joven llamada Mandrágora llameaban cuando pronunció las últimas palabras de la prohibición:

—No cruzaréis por aquí.

La última orden del capitán



Santiago cabalgaba como una exhalación. Sabía que los caballeros espectrales le llevaban mucha ventaja, pero esperaba poder alcanzarlos antes de que llegaran al bosque. No era difícil seguirles el rastro: campos, graneros y casas habían caído bajo los cascos de sus caballos y el filo de sus espadas.

El joven duque de Alta Roca estaba preguntándose qué pensaba hacer el príncipe Marco para detenerlos, cuando se tropezó de improviso con la retaguardia del ejército enemigo. Hizo frenar en seco a su caballo y reuló precipitadamente. Por fortuna, los caballeros espectrales no notaron su presencia. Santiago se ocultó tras unos árboles, sorprendido. No había esperado encontrarse con ellos tan pronto, porque suponía que no se detendrían hasta llegar al castillo. Sin embargo, allí estaban, inmóviles como estatuas. ¿Qué era lo que había interrumpido su marcha?

Dispuesto a averiguarlo, hizo avanzar a su caballo con precaución. No tardó en darse cuenta de que los caballeros se habían quedado parados en los límites del bosque. Pero ¿por qué? Les había seguido el rastro durante todo el día, y a aquellas alturas ya sabía que ningún bosque, por profundo y frondoso que fuese, podría impedirles el paso. Vislumbró una escena extraña en la primera línea enemiga: algunos caballeros caminaban sin moverse del sitio, como si trataran de avanzar y fuesen retenidos por una fuerza invisible. La mayoría, sin embargo, se habían quedado completamente quietos, con sus yelmos vacíos vueltos hacia la linde del bosque, como si estuvieran esperando algo.

Todos menos uno.

Santiago vio entonces a un caballero que, subido en lo alto de una loma, miraba a su alrededor, intentando abarcar con la vista hasta dónde se extendía su ejército. Su armadura era tan vieja como las de los caballeros espectrales. Santiago comprendió que debajo se ocultaba un hombre de carne y hueso, un hombre vivo rodeado de fantasmas.

El capitán.

Comenzó a palparle el corazón con más fuerza. Recordó que Zacarías había dicho que los caballeros espectrales necesitaban un capitán de carne y hueso que los guiase hacia su objetivo. Tal vez Santiago no fuera un gran caballero, y desde luego no era rival para los espectrales, pero sí podía tratar de vencer a su capitán... a pesar de que el conde de Castel Forte —en el caso de que, como sospechaba, fuera él quien se ocultaba bajo aquella armadura— era un hábil y experimentado guerrero. Pero existía una posibilidad...

Santiago espoleó a su caballo y se dirigió hacia la loma, avanzando entre los caballeros espectrales, que no le prestaban la menor atención.

‡ ‡ ‡

Un caballero desconocido irrumpió en las calles de la ciudad, y todos se apartaron a su paso y corrieron a esconderse. Su armadura había conocido tiempos mejores. Su caballo parecía absolutamente aterrorizado, como si no soportara el contacto con su jinete; pero el caballero llevaba las riendas con mano de hierro, y guiaba a su montura con una fuerza que parecía sobrehumana, de modo que el animal no se atrevía a contradecirlo.

Pero lo que había llevado a los ciudadanos a huir despavoridos era mucho más evidente y menos sutil que el terror del caballo: al caballero le faltaban varias piezas de la armadura, y cualquiera podía ver con claridad que no había nada debajo.

Zacarías también lo vio. Primero pensó que los caballeros espectrales ya habían alcanzado la ciudad; después se dio cuenta de que aquel en concreto parecía estar solo, porque ningún otro lo seguía. Tuvo una corazonada, y fue tras él.

‡ ‡ ‡

Santiago miró a su alrededor, desconcertado. Había perdido de vista al capitán.

Fue consciente entonces de que estaba rodeado de enemigos y, aunque no parecían percatarse de su presencia, sabía que en cualquier momento podían reaccionar y volverse contra él. Al fin y al cabo, ignoraba qué los había hecho detenerse y quedarse quietos y rígidos como estatuas; pero, fuera lo que fuese, también podía producir en ellos el efecto inverso.

Hincó los talones en los flancos de su caballo y escapó a toda velocidad hacia el bosque, cabalgando entre los caballeros espectrales y rezando porque el capitán no lo descubriese y ordenase a sus hombres que cargasen contra él.

Llegó finalmente al límite del bosque. Y se detuvo, sorprendido.

La imagen de aquellas mujeres de pie, con los brazos alzados, impidiendo el paso a los caballeros espectrales, era sobrecogedora, al igual que su letanía, repetida una y otra vez con fe inquebrantable:

—El bosque es sagrado...

—La vida es sagrada...

—¡Volved a vuestro lugar, criaturas fantasmales!

—¡¡No cruzaréis por aquí!!

—¡Miriam! —exclamó Santiago, al verla entre aquellas misteriosas mujeres.

Bajó del caballo y corrió hacia ella. Si allí existía una barrera invisible, a él no le impidió el paso.

—¡Santiago! —susurró Miriam al verle; el chico se dio cuenta de que estaba pálida y parecía muy cansada—. ¡Estás bien!

Se sentía tremendamente aliviada al verle. Reprimió el impulso de lanzarse a sus brazos, y no lo hizo no sólo por vergüenza, sino porque era necesario que mantuviese su posición en la barrera. Santiago se hizo cargo de la situación y no quiso perder el tiempo.

—¡He visto al capitán, Miriam! Está muy cerca. Le he perdido de vista, pero creo que podría volver a...

—No hay tiempo —cortó ella—. No podremos detenerlos para siempre; además, tarde o temprano, el capitán se dará cuenta de que él sí puede traspasar la barrera mística, y nosotras no somos inmunes al filo de una espada. Trae a las tropas del rey. ¡Si lucháis protegidos por nuestra magia, tendréis una oportunidad!

Santiago quiso protestar, pero no se le ocurrió nada que decir. Era cierto que nunca había confiado en la magia, pero aquellas mujeres habían detenido a los espectrales, y gracias a ellas existía ahora una posibilidad de salvar el reino.

—Sé que te he hecho daño y que no confías en mí —prosiguió Miriam—, pero te pido que lo hagas ahora, por la gente a la que quieres. Esta es nuestra última oportunidad.

Santiago asintió sin una palabra, hincó los talones en los flancos de su caballo y salió disparado hacia el castillo.

‡ ‡ ‡

Zacarías siguió al caballero espectral hasta las afueras de la ciudad. Cuando vio al caballo atado al exterior de una vieja y ruinoso casa que parecía abandonada, supo que había acertado. Se acercó con precaución y oyó una voz que parecía emitida desde lo más profundo de una caverna de metal:

—¿Cuáles son mis instrucciones?

—¡Esto es inaceptable! —estalló otra voz—. ¡Pongo bajo su mando a todo un ejército de espectros y él se asusta de un puñado de brujas!

Zacarías conocía aquella segunda voz. Hacía muchos años que no la escuchaba, pero no la había olvidado. Se asomó con precaución a un ventanuco de la cabaña para poder espiar desde allí, y vio a un hombre pálido y esquelético, de barba gris, que

escudriñaba algo que había en el suelo y emitía un ligero resplandor. Parecía muy enfadado, y apenas prestaba atención al caballero espectral que se encontraba tras él.

—¿Cuáles son mis instrucciones? —repitió el caballero; hablaba como si no tuviese capacidad para pensar por sí mismo, como si simplemente recitara palabras que otro le había obligado a aprender.

El hombre de la barba gris se volvió hacia él.

—Dile a tu capitán —le dijo, muy despacio— que carguen contra la barrera. Una y otra vez. Las brujas se cansarán, porque están vivas, pero los caballeros espectrales no. Cuando las brujas desfallezcan, la barrera cederá, y podréis pasar. ¿Ha quedado claro? Cargad contra la barrera. Una y otra vez.

—Cargad contra la barrera —repitió el caballero, con un tono impersonal y monocorde; probablemente no había comprendido las instrucciones del hombre, pero se las repetiría a su capitán, palabra por palabra—. Una y otra vez. Cargad contra la barrera... Una y otra vez.

—Eso es —asintió su interlocutor, satisfecho.

Zacarías esperó a que el caballero espectral volviera a salir y se ocultó para no ser visto. Lo vio subir a su aterrorizado caballo, que no parecía nada satisfecho con la idea de volver a llevar a su amo a cuestras, y aguardó a que ambos se alejasen. Entonces entró en la casa.

Su único ocupante, el hombre pálido de la barba gris, se volvió hacia él al oírlo entrar.

—¿Quién...? ¡Tú! —exclamó al reconocerlo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Hola, Cornelius —respondió Zacarías con una sonrisa.

‡ ‡ ‡

Santiago se encontró con el príncipe Marco y sus caballeros de camino hacia el castillo.

—¡Santiago, estás vivo! —exclamó el príncipe, con una amplia sonrisa de alivio—. Dijeron que habías caído.

—No hay tiempo para explicaciones, alteza —replicó el muchacho—. Vengo del bosque. Los caballeros se han detenido.

—¿Que se han detenido? —intervino el rey Héctor; no lo habían convencido de que se quedara en el castillo, y ahora se mantenía a duras penas sobre su caballo, convaleciente todavía.

Santiago sabía que, si les hablaba de las Guardianas del Bosque, perderían un tiempo precioso discutiendo sobre si toda la magia procedía del diablo o, por el contrario, podían confiar en un grupo de brujas que decían utilizar la magia blanca.

—Es el momento de atacar —simplificó—. Esos caballeros fantasmales tienen un capitán que los guía, un hombre de carne y hueso, y no son nada sin él. Si lo

encontramos y lo derrotamos, nuestros enemigos caerán con él.

—Contad conmigo y con mis hombres —dijo entonces una voz grave.

Santiago reparó en un grupo de caballeros que acababa de llegar. Llevaban las divisas de Castel Forte. Su líder se levantó la visera del yelmo, y todos pudieron ver que se trataba del conde Gregor en persona.

—Celebro que hayáis podido acudir tan rápidamente —dijo el príncipe.

—Suelo acudir en ayuda de quien me la solicita —repuso el conde, mirando fijamente al rey Héctor, que desvió la vista.

Algo perplejo, Santiago se volvió para mirar al conde de Castel Forte. Lo cierto era que no había esperado encontrarlo allí. Suponía que estaba con el ejército enemigo, oculto bajo una armadura vieja y herrumbrosa...

«Si no es él», se dijo, perplejo, «¿quién guía a los caballeros espectrales?».

‡ ‡ ‡

—¡Viejo decrepito! —se burló Cornelius—. ¿Has venido a detenerme?

—Debo reconocer, mi escurridizo amigo, que me ha costado mucho encontrarte —repuso Zacarías—. Lo cierto es que te perdí la pista la noche que entraste en mi habitación para darme una paliza.

—Sólo entré para recuperar algo que me pertenecía —replicó Cornelius, de mal humor—. Y ahora, haz el favor de marcharte. Tengo un reino que conquistar.

Zacarías reparó entonces en los signos cabalísticos trazados sobre el suelo, en torno a un brillante pentáculo humeante, y supo lo que debía hacer. Se lanzó contra Cornelius, esperando cogerlo por sorpresa, y chocó contra algo que lo hizo caer al suelo. Pero el obstáculo con el que había topado no era el nigromante. Sacudió la cabeza para despejarse y trató de levantarse. Cornelius se volvió hacia él, con un brillo siniestro en la mirada.

—No puedes tocarme —le dijo—. ¿O es que creías que tus brujas son las únicas que saben cómo levantar una protección mística?

Zacarías no pudo decir nada. Cornelius añadió:

—Y tampoco puedes moverte.

Y entonces Zacarías se dio cuenta, con horror, de que estaba completamente paralizado.

‡ ‡ ‡

Lo que quedaba del ejército del rey Héctor se lanzó al ataque de nuevo.

Al principio, los caballeros espectrales no se movieron. Envalentonados, el rey Héctor y sus caballeros destrozaban cuantas armaduras encontraron a su paso. Pero entonces, de pronto, y como obedeciendo a una misteriosa señal, todos los caballeros

espectrales volvieron a la lucha.

Mientras el rey guiaba a sus hombres contra los fantasmas guerreros, Santiago, Marco y Darío recorrían el campo de batalla en busca del capitán. Pronto, Santiago se dio cuenta de que aquello iba a ser más difícil de lo que parecía. Camuflado bajo una armadura vieja, el líder de los espectrales podía ser cualquiera de ellos. Cada vez que un golpe hacía volar un yelmo oxidado, Santiago tenía la esperanza de ver aparecer debajo una cabeza. Pero siempre se trataba de armaduras huecas.

Entre tanto, muchos de los hombres del rey Héctor se habían dado cuenta de que había una línea invisible que sus enemigos no podían cruzar. No fueron pocos los que descubrieron a las mujeres con los brazos alzados en el límite del bosque. Pero, por fortuna, su instinto guerrero les dijo que ellas eran aliadas, y que la misteriosa fuerza invisible que retenía a los espectrales era una bendición que pronto aprendieron a utilizar en favor suyo.

—¡No cruzaréis por aquí! —repetían las Guardianas.

Pero los caballeros espectrales seguían empujando la barrera mística, sin detenerse ni un instante, cumpliendo las órdenes recibidas, sin voluntad propia.

Ninguno de los caballeros del rey Héctor se dio cuenta de que la magia de las Guardianas comenzaba a fallar.

A diferencia de los espectrales, ellas estaban vivas y podían cansarse.

Mientras, Santiago había alcanzado la retaguardia del ejército enemigo. Entonces se dio cuenta de que estaba solo. Marco y Darío se habían quedado atrás, peleando contra sus contrincantes.

Por fortuna, los caballeros espectrales sólo caminaban hacia delante, y jamás se volvían para mirar lo que había tras ellos. Santiago estaba a salvo, por el momento.

Entonces vio, a lo lejos, una figura que se acercaba, tambaleante. Lo reconoció. Era el conde de Rosia. Lo vio vacilar y caer al suelo, y supo que estaba herido.

Ignorando la batalla que se desarrollaba a sus espaldas, Santiago corrió hacia él. Lo había perdido de vista en la primera batalla, y todos habían dado por sentado que había caído en la lucha. Se inclinó junto a él para comprobar la gravedad de sus heridas.

—¡Señor! ¿Os encontráis bien?

—San... tiago —murmuró él.

El chico lo miró, atónito. Aquella voz...

Rápidamente, le retiró el yelmo para ver su rostro.

No era el conde de Rosia.

Era su hijo, Rodrigo.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Qué haces vestido con la armadura de tu padre, Rodrigo?

—Yo... Él me pidió... que fingiese... ser él...

Rodrigo no pudo decir más. Se desmayó. Santiago cargó con él y avanzó hacia el

bosque. Darío vino a su encuentro. Había perdido su caballo, y llevaba la espada desnuda en la mano.

—¡Rodrigo está herido! —exclamó Santiago—. ¿Puedes ponerlo a salvo?

Darío no hizo preguntas. Nunca las hacía, se dijo Santiago con una sonrisa. Se quedó un momento quieto, mirando cómo su corpulento compañero se llevaba a Rodrigo, y entonces asintió y se metió de lleno en la batalla.

Ya sabía cómo encontrar al capitán. Y sabía a quién hallaría bajo la armadura.

‡ ‡ ‡

—Era el conde de Rosia, ¿verdad? —dijo Zacarías, intentando deshacerse del conjuro que lo mantenía inmóvil—. El hermano del rey. Nunca soportó ser un segundón.

—Nunca soportó ser un bastardo —rectificó Cornelius, examinando el interior del pentáculo como si pudiese ver algo que sólo se mostraba para él—. ¿No lo sabías? No es hijo legítimo. Una lástima, porque es mucho más inteligente que el rey Héctor, y no dudo que será mucho mejor gobernante que él.

—Inteligente, culto y refinado —comentó Zacarías—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Por eso ha estudiado tanto; para hacer olvidar al mundo que es ilegítimo.

—Tal vez se habría conformado con casar a alguno de sus hijos con uno de los príncipes —asintió Cornelius—. Pero el rey empezó a hacer planes de alianza con el rey Simón, y por otro lado, la caprichosa princesa Ángela no podía conformarse con Rodrigo, no, ella quería un príncipe...

—El hermano del rey... sus objetivos eran el monarca y su hijo, el príncipe, porque si ellos caían, el trono pasaría a ser suyo... ¡pero Marco no murió en la justa, ni el rey murió envenenado!

—Eso se puede arreglar —replicó Cornelius amablemente—. Muere mucha gente en una guerra, ¿no?

Zacarías no lo escuchaba. Seguía colocando piezas del rompecabezas.

—Y el duque de Alta Roca sospechaba que el conde de Rosia preparaba una traición, ¿no es cierto? ¿Lo espiaba?

—El duque siguió al conde a través del pasadizo. Y tu hija lo vio salir.

—¡Y fue a decírselo al auténtico traidor! Y, cuando el conde le dijo a Miriam que iba a explorar el pasadizo, ¡en realidad fue a avisarte a ti de que te habían descubierto! Por eso retó después al duque a un combate singular; debía quitárselo de en medio antes de que lo acusara ante el rey...

—Lo cierto es que el conde no habría podido derrotar al duque sin un poco de ayuda por mi parte...

—¿Otro de tus venenos administrados por el encantador hermano del rey?

—Unas gotas de extracto de boj en el vino, y el duque notó, mientras combatía,

ciertos calambres abdominales que no contribuyeron precisamente a su concentración en la batalla.

—¿Y tú, Cornelius? —preguntó Zacarías—. ¿Te estás concentrando en tu magia?

Cornelius se volvió súbitamente hacia él. Zacarías se levantó de un salto, libre del hechizo, y lo empujó lejos del pentáculo.

—Primera norma del buen nigromante —le dijo—, nunca hagas varias cosas a la vez.

Cornelius se incorporó a duras penas y, con un aullido de rabia, se lanzó contra él, dejando desatendido el pentáculo cabalístico y, por tanto, privando de energía mágica a los caballeros espectrales que luchaban cerca del bosque. Zacarías corrió hacia los signos arcanos para tratar de desbaratarlos.

—¡Aparta de mi pentáculo! —chilló Cornelius, empujando a Zacarías contra la pared. El erudito se dio un golpe en la cabeza que lo aturdió por un momento. El nigromante volvió a centrar su atención en los símbolos que había dibujado en el suelo.

En el bosque, los caballeros espectrales, que se habían detenido un instante, se pusieron de nuevo en movimiento, sorprendiendo a los del rey Héctor, que ya lanzaban gritos de victoria.

Pero Santiago lo había visto a lo lejos.

Un caballero con una armadura oxidada y mohosa que, sin embargo, se había movido cuando los demás permanecían quietos. Con los ojos puestos en él, avanzó a través de la batalla, procurando pasar por detrás de los caballeros fantasmas, para no llamar su atención. Había encontrado al caballero que buscaba, y esta vez no pensaba perderlo de vista.

Avanzó entre los fantasmas acorazados hasta que llegó junto a quien creía que era su capitán. Este se volvió hacia él, lo cual no hizo más que confirmar sus sospechas.

—¡Conde Ricardo de Rosia! —lo llamó—. ¡Os desafío!

—Muy listo —dijo la voz del conde de Rosia tras el yelmo—. ¿Cómo lo has sabido?

—Habéis enviado a vuestro hijo a la batalla en vuestro lugar, disfrazado con vuestra armadura. Y apostaría a que también matasteis a mi padre a traición —añadió, rechinando los dientes con rabia—. Lo vi vacilar cuando peleó contra vos. Estoy seguro de que no se encontraba bien.

El conde de Rosia se quitó el yelmo para mirarlo con indiferencia y esbozó una sonrisa desagradable. Los ojos de Santiago se llenaron de lágrimas de odio e impotencia.

—¡Asesino! —chilló—. ¡Te haré pagar la muerte de mi padre! ¡En guardia!

Se lanzó hacia él, espada por delante, pero el conde se apartó con una hábil finta.

—¿Qué haces? —gritó Santiago, lleno de rabia—. ¡Pelea!

—¿De veras piensas que un individuo tan rastrero y traidor como yo va a enfrentarse contigo en una pelea leal? —replicó el conde con una fría sonrisa; se volvió hacia los espectrales y dijo—: Matadlo.

Siete yelmos vacíos se volvieron, al mismo tiempo, hacia Santiago.

Un poco más lejos, en la linde del bosque, las Guardianas tenían problemas.

—¡¡Aguantad!! —chilló Miriam—. ¡¡El bosque es sagrado!! ¡¡La vida es sagrada!!

—¡¡No cruzaréis por aquí!! —respondieron las Guardianas.

Pero sus voces sonaron débiles y temblorosas. Una de las mujeres gimió y cayó al suelo, desvanecida de agotamiento.

La barrera se rompió.

Los caballeros espectrales cruzaron el límite del bosque como una tromba. Las Guardianas gritaron y corrieron a refugiarse en la espesura.

—¡Sí! —aulló Cornelius; acababa de ver a través de su pentáculo que la barrera mística había caído; sus ojos relucieron con un brillo siniestro—. ¡Atacad!

Zacarías arremetió contra Cornelius, y ambos cayeron y rodaron por el suelo. El nigromante logró alcanzar una silla para golpear con ella la cabeza de su adversario, pero Zacarías se apartó a tiempo.

Los caballeros espectrales se detuvieron de nuevo. Con un grito, Santiago embistió al conde de Rosia, que apenas pudo alzar su arma, sorprendido. Las espadas de los dos chocaron.

El conde de Rosia no era un gran luchador, pero sí tenía mucha más experiencia que Santiago. La pelea no duró demasiado. El conde hizo una finta y atacó por donde menos lo esperaba Santiago, que interpuso su espada entre su cuerpo y el arma de su oponente en el último momento. La espada voló por los aires. Santiago retrocedió, pero tropezó y cayó al suelo. El conde de Rosia alzó su arma sobre él para matarlo.

Cornelius se arrastró como pudo hasta el pentáculo. Zacarías lo agarró de un pie para evitar que se acercara, pero el nigromante rozó los símbolos con la punta de los dedos y susurró:

—¡Atacad!

La magia de Cornelius volvió a infundir energía a los guerreros fantasmales que se habían quedado quietos.

En el campo de batalla, los caballeros espectrales se movieron de nuevo. El chirrido de las juntas de sus armaduras distrajo momentáneamente al conde de Rosia, y Santiago aprovechó para arremeter contra él. El impulso los hizo caer a ambos a tierra. Santiago sujetó al conde contra el suelo, pero enseguida se dio cuenta de que no era necesario. El noble se había golpeado la cabeza contra una piedra y había perdido el sentido, ya que no llevaba puesto el yelmo. Santiago no pudo alegrarse de su victoria, porque todos los caballeros espectrales se volvieron para mirarlo, y el

chico sintió un estremecimiento.

Cornelius dio un puntapié en la cara a Zacarías, que lo soltó con un gemido. Se asomó de nuevo al pentáculo y no le gustó lo que vio.

—¡Elegid a otro capitán! —ordenó.

—¿Otro capitán? —murmuró Zacarías, aturdido—. ¿Has perdido a tu capitán vivo?

—Ya no lo necesito. El conde les señaló el objetivo. Ahora, el muerto más reciente ocupará su puesto, y se limitará a cumplir las últimas órdenes que recibió. Y ahora, quieto ahí —añadió, volviéndose de nuevo hacia Zacarías—. Me ocuparé de ti más tarde.

El erudito se vio de nuevo atado por el conjuro de Cornelius.

Santiago se volvió hacia todos lados, indeciso. Los caballeros espectrales estaban quietos, pero en esta ocasión no se trataba de falta de energía. Santiago los notaba perfectamente capaces de continuar atacando si lo deseaban. Sin embargo, aunque la magia de Cornelius seguía allí, otorgándoles la capacidad de movimiento, los espectrales necesitaban órdenes más concretas, necesitaban a alguien que los dirigiese en la batalla. Y un caballero sólo obedecía a otro caballero.

Por eso ahora sencillamente esperaban...

De pronto, los caballeros se apartaron a un lado para dejar paso a alguien, otro caballero que avanzó hacia él. Su armadura parecía estar en perfectas condiciones, y Santiago habría pensado que se trataba de un hombre vivo, de no ser porque conocía demasiado bien aquellas armas y la divisa que mostraban. Reprimió una exclamación de asombro y terror.

El caballero era el difunto duque Alexandro de Alta Roca.

Su padre.

Santiago no fue capaz de reaccionar, ni siquiera cuando el caballero espectral que había sido su padre alzó la espada sobre él para matarlo y cumplir así la última orden que había recibido del conde de Rosia.

Santiago no tenía fuerzas para seguir luchando. Cerró los ojos y esperó.

Pero el golpe no se produjo.

Percibió entonces un movimiento ante él y oyó el susurro de una falda. Abrió los ojos con cautela.

Miriam estaba allí, interponiéndose entre él y la espada del fantasmal duque. Había alzado una mano y miraba al caballero fijamente.

—Es tu hijo —le dijo—. El único hijo varón que te queda.

El duque no descargó la espada, pero tampoco la bajó.

—Tus hijos mayores luchan hoy a tu lado —prosiguió Miriam—, encerrados en sus viejas armaduras. Tus hijos mayores, que murieron en la batalla, y a quienes la magia negra no deja descansar en paz. ¿Deseas ese destino para Santiago?

El fantasma del duque vaciló, pero bajó la espada.

—La vida es sagrada —dijo Miriam—. Vuelve al lugar de donde viniste. No cruzarás por aquí.

El duque pareció dudar. Los yelmos vacíos de todos los caballeros espectrales se volvieron hacia él. Ahora, el espíritu del duque de Alta Roca era su capitán en la batalla, y todos seguirían sus instrucciones. En principio no había motivos para pensar que el fantasma del duque fuera a desobedecer las últimas órdenes del conde de Rosia, pero el duque había fallecido hacía poco y aún podía recordar quién había sido en vida... Miriam contuvo el aliento.

Entonces, lentamente, el caballero soltó la espada.

Todos los caballeros espectrales, imitando a su nuevo capitán, dejaron caer sus armas a la vez.

—¿Qué hacéis? —gritó Cornelius—. ¡No! ¡Volved al ataque!

Iba a colocar las manos sobre el pentáculo, cuando algo muy pesado cayó sobre su espalda y lo derribó. Era Zacarías; Cornelius intentó librarse de él, sin resultado.

—¿Lo ves? —le dijo el erudito amablemente—. Te dije que no se debe tener la magia en dos asuntos a la vez.

Cornelius gruñó algo ininteligible.

—Y ahora —le dijo Zacarías—, vas a enviar a esos fantasmas a su lugar de origen. Termina lo que has empezado, o, en otras palabras, *perge quod coespiste*.

El fantasmal duque de Alta Roca alzó la visera de su yelmo, y Miriam y Santiago pudieron ver que la armadura estaba vacía.

—Hijo mío... —dijo el fantasma con voz ronca y extrañamente metálica; eran las palabras de un ser consciente, no de un autómatas sin voluntad, y Santiago se estremeció—. Has luchado bien. Estoy orgulloso de ti.

Y la armadura cayó al suelo con estrépito. Entonces, súbitamente, todas las armaduras de los caballeros espectrales se desplomaron en el suelo, mientras los fantasmas que las habían ocupado volaban libres...

Miriam y Santiago se pusieron de pie y miraron a su alrededor. Y vieron un inmenso campo de batalla cubierto por una extraña neblina espectral, montones de viejas armaduras amontonadas unas sobre otras, mientras los que quedaban vivos asistían, aterrorizados, a la liberación de cientos de fantasmas de antiguos guerreros que por fin regresaban a su descanso eterno. Los dos jóvenes se abrazaron, temblando.

Habían vencido.



EPÍLOGO

Adiós a la corte



iriam se volvió sólo un momento para contemplar por última vez el castillo del rey Héctor, que se alzaba a lo lejos, sobre una colina. No esperaba volver. Ya había tomado su decisión. Habían pasado muchas cosas últimamente, y necesitaba estar sola y pensar.

Hacía una semana que habían derrotado a los caballeros espectrales en la espectacular batalla que había tenido lugar cerca del bosque, pero, por extraño que pudiera parecer, las cosas no habían cambiado demasiado en la corte. Caballeros y damas habían preferido olvidar rápidamente los extraños acontecimientos de los que habían sido testigos. Después de la traición de su padre, Isabela ya no se mostraba tan prepotente. En cuanto a Rodrigo, confesó al rey que había ayudado a su padre haciéndose pasar por él en la batalla, pero juró que no conocía sus planes ni sabía que él estaba detrás de toda aquella locura. Miriam sabía que decía la verdad; pero, aunque hubiese mentido, el resultado habría sido el mismo, puesto que nadie parecía dispuesto a profundizar en aquel desagradable asunto. El rey se había limitado a perdonar a Rodrigo, desterrar al conde de Rosia y mandar encarcelar a Cornelius. Miriam y Zacarías habían suplicado al soberano que no lo condenase a la hoguera; por muy malvado que fuese, alegó Zacarías, nadie merecía morir de una forma tan horrible.

El rey estaba demasiado débil y cansado como para discutir y, por otro lado, Zacarías lo abrumó con tal cantidad de citas latinas que el monarca no pudo dejar de pensar que, probablemente, tenía razón.

Por fortuna, también había olvidado todo el mundo a las Guardianas del Bosque. Era como si, de común acuerdo, todos hubiesen decidido tácitamente que era mejor no recordar el día en que un ejército de fantasmas armados había tratado de conquistar el reino.

Pese a ello, Miriam había decidido no quedarse con las demás brujas. Necesitaba tiempo para pensar y para conocerse a sí misma y encontrar su lugar en el mundo. Tal vez algún día regresara al bosque donde vivían Ruda, Malva y las demás. Tal vez,

cuando fuese mayor y más sabia, y estuviese preparada para hacer preguntas sobre su identidad... y la de Belladona, su madre.

Santiago había contribuido en gran parte a que Miriam tomase aquella decisión. Había tratado de hablar con él varias veces, pero nunca había sabido qué decirle. Sabía que él, en el fondo, todavía la quería; pero las heridas eran profundas, y tardarían en sanar.

—Me voy —le había dicho por fin la tarde anterior.

—¿A dónde? —había preguntado él.

Miriam había apartado entonces la mirada de sus francos ojos castaños y la había desviado hacia el paisaje que se apreciaba desde la ventana.

—No lo sé —confesó—. Lejos, tal vez. Más allá de aquellos bosques, cruzando aquellas colinas, atravesando ríos y tal vez mares. Más allá de las murallas de este castillo.

Santiago la había mirado un momento, y a ella le había parecido ver un rastro de pena en su mirada. Pero él se limitó a contestar:

—No me sorprende. No naciste para quedarte encerrada en un castillo.

Aquello le dolió más de lo que habría querido admitir. Porque el destino de Santiago, y de aquella que habría de ser su esposa en un futuro, sí se hallaba entre los muros de un castillo.

—No naciste para esta vida —añadió Santiago—. Naciste para ser libre.

Había un cierto cariño y admiración en su voz, era verdad. Pero no había tratado de retenerla.

«¿Me habría gustado que lo hiciera?», se preguntó.

No lo sabía. No sabía si él quería de verdad que se quedara, si simplemente estaba respetando su decisión porque era lo mejor para ella... o si aquel sentimiento que había albergado su corazón se había extinguido definitivamente.

En cualquier caso, Santiago tenía razón. Miriam necesitaba marcharse. Al menos, en aquel momento.

«Tal vez, algún día, volvamos a vernos», se dijo a sí misma, con una sonrisa. «Y espero que hayas podido perdonarme para entonces».

Zacarías se había quedado en la corte del rey Héctor, pero sólo temporalmente, hasta que los reyes encontrasen a un nuevo sabio. Había tratado de convencer a Miriam para que se quedase con él, pero ella le había explicado que necesitaba tiempo para pensar, y le había replicado con sus propias armas: *ínítíum sapientiae cognitio sui ípsis*, «el principio de la sabiduría es conocerse a uno mismo».

Miriam contempló el camino que se abría a sus pies. Ignoraba adónde la conduciría, pero sospechaba que eso era lo menos importante.

Se envolvió en su vieja capa de viaje y echó a andar.

FIN



LAURA GALLEGO GARCÍA [Quart de Poblet (Valencia), 11 de octubre de 1977]. A los once años comenzó a escribir con su amiga Míriam, la que sería su primera novela sin publicar, «Zodiaccía», un mundo diferente (disponible en su página web). Es fundadora de la revista universitaria Náyade, repartida trimestralmente en la Facultad de Filología y fue codirectora de la misma desde 1997 a 2010. En la actualidad realiza su tesis doctoral sobre el libro de caballería Belianís de Grecia de Jerónimo Fernández, publicado en 1579.

Su primera novela publicada fue «*Finis Mundi*». (1999), seguido por títulos como «Mandrágora». (2003), pero obtuvo mayor popularidad con su trilogía «*Crónicas de la Torre*». «*Crónicas de la Torre I: El valle de los lobos*». (2000), «*Crónicas de la Torre II: La maldición del Maestro*». (2002), «*Crónicas de la Torre III: La llamada de los muertos*». (2003) y un ejemplar sobre la vida de uno de los personajes: «*Fenris, el elfo*». (2004). A raíz de esa trilogía surgió un gran interés por su obra, especialmente en internet. Aunque su fama se debe principalmente a las novelas juveniles, ha publicado también obras dirigidas a un público infantil: «*Retorno a la Isla Blanca*». (2001), «*El cartero de los sueños*». (2001). En 2004 comenzó a publicar su segunda trilogía, titulada «*Memorias de Idhún*». «*Memorias de Idhún I: La Resistencia*». (2004), «*Memorias de Idhún II: Tríada*». (2005), «*Memorias de Idhún III: Panteón*». (2006), cosechando su mayor éxito hasta el momento, con más de 750 000 ejemplares vendidos. En 2004, también, se publicó «*La hija de la noche*», una historia corta y fácil de leer, pero a la vez entretenida.

Después de esta exitosa trilogía ha publicado varios libros: «La Emperatriz de los Etéreos». (2007), «*Dos velas para el diablo*». (2008), «*Sara y las goleadoras: Creando Equipo*». (2009), «*Alas negras*». (2009) la continuación de la exitosa novela «*Alas de fuego*». (2004), los otros cinco tomos de la saga «*Sara y las Goleadoras*». «*Las chicas somos guerreras*». (2009), «*Goleadoras en la liga*». (2009), «*El fútbol y el amor son incompatibles*». (2010), «*Las Goleadoras no se rinden*». (2010) y «*El último gol*». (2010). Sus últimas publicaciones son «*Donde los árboles cantan*». (2011) y «*Mago por casualidad*», de esta última está en proceso de escritura la continuación, «*Héroe por casualidad*».

Actualmente se están llevando a cómic las aventuras de Memorias de Idhún.